UNIVERSIDAD CAECE
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDACIÓN WALTER BENJAMIN
Instituto de Comunicación y Cultura Contemporánea

MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN Y CREACIÓN CULTURAL

Argentina 1910:
Otras voces del Centenario

AUTOR:
Viviana Iriart

DIRECTORA:
Alicia Entel

Buenos Aires, 2013

Agradecimientos

A la Dra. Alicia Entel, maestra, por sus orientaciones siempre lúcidas, sus percepciones harto precisas, su infatigable acompañamiento en la investigación y su inconmensurable generosidad.

A la Universidad Caece y muy especialmente a quien fuera su Rector, Prof. Jorge Bosch, por su afectuoso aliento para avanzar en los estudios de posgrado.

Al Instituto Walter Benjamin, por sus puertas siempre abiertas a la alegría, sin desmedro de la rigurosidad académica.

A Ezequiel Canavero del Área de Documentación del Museo Histórico Nacional, por la asistencia y la colaboración brindadas, más allá de las obligaciones institucionales.

Al personal de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca del Congreso, por su predisposición para atender las demandas constantes (que fueron moneda corriente durante esta investigación).

A Héctor Luis Pezzimenti, Director del Centro de Estudio e Investigación de la Tarjeta Postal en la Argentina (CEITPA), por guiar mis pasos en el laberinto de antiguos intercambios del viejo Correo.

A Mariano Rosatto, Mariano Rosatto (h) y Leandro Rosatto de Ayacucho, Provincia de Buenos Aires, por compartir el sorprendente mundo del coleccionismo, más allá de las luces del mercado. También a la Familia Laborde, por su aporte tácito y silencioso.

A Mara Martínez Basante, Maximiliano López y Raúl Adrián Petrosini, por su contribución fotográfica sobre la estatuaria patriótica del Centenario.

A Oscar y Moira Santamarina y a Ricardo Valerga por empequeñecer la distancia entre Buenos Aires y La Pampa.

Al Prof. Henri Claude Bosch, "con quien tanto quería", *In memoriam*.

INDICE DEL CONTENIDO

1. ARGENTINA CELEBRA **4 a 19**

1.1. Una cifra de la euforia como punto de partida 6
1.2. El marco teórico 15
1.3. Metodología 17

2. ESCOBAS, FALDAS, CRÍOS **20 a 43**

2.1. Deslindes 20
2.2. La ciudad de comienzos de siglo 21
2.3. La vivienda 23
2.4. Cuevas negras 25
2.5. Los sucesos 28
2.6. Sin voz 34
2.7. Razones en juego 37

3. ILUMINISTAS Y LIBERTARIOS **44 a 69**

3.1. Inserciones 44
3.2. Las cuentas del pobre 45
3.3. Los sucesos 48
3.4. Tres tendencias 54
3.5. La cultura anarquista 56
3.5.1. La elección de la fecha 57
3.5.2. Los rasgos de la celebración 58
3.5.3. Emblemas identitarios 60
3.5.4. La prensa 65
3.5.5. Los rituales mortuorios 66
3.6. La civilización como Norte 68

4. SIN PAN Y SIN TRIGO **70 a 91**

4.1. Desafíos 70
4.2. Macachín en el Territorio Pampeano 71
4.3. Colonos y chacareros 74
4.4. El año aciago 76
4.5. La Primitiva: la cuestión del crédito 78
4.6. Los sucesos 80
4.7. Los culpables son los rusos 86
4.8. “Y para todos los hombres del mundo…” 89

5. LA CARPA Y EL MÁRMOL **92 a 109**

5.1. Interrogantes 92
5.2. Un Shakespeare- jester 94
5.3. Una figura simmeliana 97
5.4. Los espacios del ocio 98
5.5. Los sucesos 101
5.6. Debates 107

6. EN BUSCA DE LA TRADICIÓN 110 a 136

6.1. El almanaque 110
6.2. Educando al soberano 115
6.2.1. La hora de lectura 119
6.2.2. La inquietud crítica 123
6.3. Luminarias 125
6.4. La memoria del viaje 127
6.5. Voyeurs 131
6.6. La otra ciudad 132

7. EN BUSCA DE LA REPRESENTACIÓN 137 a 151

7.1. El mapa 138
7.2. La publicidad 143
7.3. La tarjeta postal 146
7.4. El souvenir 149
7.5. La ilusión compartida 150

8. CONCLUSIONES 152 a 170

8.1. Ellas 153
8.2. Rebeldes 157
8.3. Ajenos 159
8.4. Indeseables 161
8.5. Ya se oyen los claros clarines 164

FUENTES CONSULTADAS 171 a 184

ANEXOS 185 a 187

Anexo CD-1. Otras voces 185

Anexo CD-2 Exposiciones Internacionales 185
Anexo CD-3 Monumentos 186
Anexo CD-4 Estatuas patrias 186
Anexo CD-5 La vida cotidiana 187
Anexo CD-6 Argentina 1910:
Otras voces del Centenario (versión digitalizada) 187

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Figuras

Figura 1. 1. Fotografía de la Infanta Isabel de Borbón durante las celebraciones del Centenario. 6
Figura 1. 2. Trabajadores rurales en La Pampa, circa 1910. 11
Figura 1. 3. Colonia Avellaneda en Santa Fe de Félix Corte, 1887. 11
Figura 2.1. Portada de Caras y Caretas, Año XII, Nº 565, 21 de julio de 1909. 22
Figura 2.2. Fotografía de la Comisión huelguista del conventillo de Ituzaingó 255. Caras y Caretas, 25/08/1907. 35
Figura 3.1. Publicidad en PBT, 15 de septiembre de 1907. 46
Figura 4.1. Mapa del S.E. Pampeano elaborado por Carlos de Chapeaurouge para el Banco Hipotecario Nacional en 1901. 73
Figura 5.1. Plano de la Intendencia Municipal de la Capital, Proyecto Bouvard para la Ciudad de Buenos Aires, 1909, con intervenciones. 103
Figura 6.1. Circuito Buenos Aires del Centenario, localización en plano. 129
Figura 6.2. Plano del Barrio Parque. 130
Figura 6. 3. Esquema sobre usos del espacio público en 1910 de Adrián Gorelik. 134
Figura 6. 4. Estatuaria de Mayo, localización en plano actual de Buenos Aires. 135
Figura 7.1. Mapa de la República Argentina 1910: Frente. 139
Figura 7.2. Mapa de la República Argentina 1910: Reverso. 140
Figura 7.3. Mapa de Regiones Militares de la Argentina, 1905. 142

Tablas

Tabla 6. 1. Estadística por corte cronológico 1880-1910.
Emplazamiento de arte público en Buenos Aires. 133

1. INTRODUCCIÓN: ARGENTINA CELEBRA

No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie.

Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia.*

En la literatura sobre el Centenario existe un consenso generalizado sobre el objetivo buscado por las elites gobernantes al emprender la realización de las celebraciones de 1910. Buena parte de la bibliografía especializada (Gutman y Reese, Salas, Botana y Gallo, Halperín Donghi, entre otros) coincide en señalar que ese espectáculo verdaderamente fastuoso e impactante, desarrollado particularmente en la ciudad capital del país, estuvo destinado a ofrecer la imagen de una Argentina próspera y floreciente ante las grandes metrópolis del viejo continente.

Contribuyeron a esta visión de "puertas afuera" -y no poco- un buen número de cronistas oficiales extranjeros que por entonces llegaron a Buenos Aires con el cometido de dar testimonio de la hipérbole festiva. Muchos de ellos, como luego veremos, cantaron loas al progreso nacional y contribuyeron -con matices diversos que oscilaban entre la curiosidad y el deslumbramiento- a formular una imagen de la Argentina moderna y promisoria, destinada a ocupar un lugar clave en el continente americano y en el concierto de los Estados civilizados del mundo. Georges Clemenceau, por ejemplo, describía asombrado en *L´Illustration* "el adelanto prodigioso que ha tomado, la capital de un continente" (1986: 26) y Jules Huret en las páginas de *Le Figaro* decía reconocer en esa ciudad cosmopolita algo de Londres, París, Viena y Nueva York, sin experimentar "ninguna de esas sensaciones de exotismo que nos hacen calcular las distancias y precisan en nosotros la noción de lo lejano" (1988: 27).

El propio Darío desde las páginas del diario *La Nación*, no vaciló en parangonar a la Argentina -con forzado artificio modernista- con "la región del Dorado", "el paraíso terrestre", "la tierra del Vellocino de Oro" o "la Atlántida resucitada" (1980: 28). El poeta nicaragüense no fue el único. Los vates locales también hicieron su aporte, como Lugones con su "Oda a los ganados y las mieses" o Gerchunoff con L*os gauchos judíos*.

Las imágenes que han llegado hasta nuestros días también exaltan el rasgo de espectacularidad de la celebración, desde los testimonios fotográficos sobre las Exposiciones Internacionales realizadas en el eje urbano Palermo-Recoleta-Retiro (Cf. Anexo CD-2), hasta los anuarios, álbumes, afiches publicitarios y postales –fruto de una industria cultural que comenzaba a crecer aceleradamente- (Cf. Anexo CD-5). Este conjunto, heterogéneo por cierto, contribuyó a consolidar en el imaginario social la idea de una nación exultantemente rica, que recibía el clamoroso aplauso de "los libres del mundo".

Sobre las fuentes antedichas: crónicas de viajeros, noticias de diarios y una profusión de imágenes alusivas, se apoya la línea de interpretación que acentúa la repercusión externa de los festejos y que ha producido interesantes trabajos de investigación, desde compilaciones valiosas (Leiva [2000]; Gutman y Reese [1999]; Botana y Gallo [1997]) hasta artículos menos extensos y más focalizados pero de igual valía (Halperín Donghi [1999]; Cortés Conde [2000]; Casiraghi de Pryor [2005], entre otros).

Sin dudas, "el año de la euforia argentina" -la inmejorable síntesis es de Salas (2009:7)- sorprendió al mundo. Sin embargo, a nuestro entender -y tal es la hipótesis que sustenta el presente trabajo- la realización de los festejos estuvo dirigida no sólo a suscitar la admiración extranjera y a buscar nuevos mercados internacionales, sino también - y muy especialmente- a desempeñar un importante papel en el ámbito doméstico. A nuestro modo de ver, las celebraciones de 1910 dieron una respuesta satisfactoria a la necesidad de un sector de la oligarquía dirigente que, temiendo próximo su ocaso, reforzó en torno al Centenario un eficaz proceso de hegemonía cultural.

Usamos aquí el concepto de hegemonía en sentido gramsciano, en tanto proceso complejo que opera como una densa trama de fuerzas culturales, políticas y sociales, naturalizando la dominación e invisibilizando su violencia. Más que un sistema formal-abstracto como la ideología, –seguimos aquí a Williams (2000) – se trata de "todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida" (130:131). Dinámica, procesual, dominante por definición aunque jamás de un modo total o exclusivo, la hegemonía admite al mismo tiempo ser resistida o alterada por presiones ajenas, como luego veremos.

A propósito, García Canclini (1984:75) nos advierte: "¿Cuántos libros y tesis se han escrito suponiendo que explicar procesos sociales consiste en ver qué hechos se dejan encolumnar en una lista de 'hegemónicos' y otra de 'subalternos'?". En tal sentido, nuestro trabajo apunta a

superar esa suerte de maniqueísmo clasificatorio, "incluyendo otras interacciones culturales, especialmente los procesos de consumo y las formas de comunicación y organización propias de los sectores populares" –como propone el autor de *Culturas híbridas*. No obstante, y lejos del propósito de inventariar dos campos contrapuestos, creemos que para poder dar cuenta de estos fenómenos debemos, en primer término, centrar nuestra lupa precisamente en aquello que lo hegemónico censura.

1.1. Una cifra de la euforia como punto de partida

Hay una fotografía emblemática del Centenario. Nos interesa detenernos en ella, porque constituyó -en buena medida- el punto de partida de esta investigación. Se trata del testimonio de la visita realizada por la Infanta Isabel de Borbón, tía del rey Alfonso XIII de España, a una estancia bonaerense durante su estadía en estas tierras.

Figura 1. 1. Fotografía de la Infanta Isabel de Borbón durante las celebraciones del Centenario, sin datos de autor, Archivo General de la Nación.

Veamos por un instante esa imagen. El *studium* - concepto barthesiano que alude a la unicidad de la fotografía construida sobre la connotación cultural- nos transmite solidez, densidad, materialidad. Tales atributos provienen de la conjunción conformada por la Infanta -mujer robusta (indicio inconfundible de prosperidad en la época)-, el ejemplar vacuno rebosante, y la cercanía del público que a modo de coro, posa dispuesto a certificar con su presencia el *ça a été* de la fotografía.

Aunque sin precisiones temporales ni de localización, todo indica que la imagen fue tomada el viernes 20 de mayo de 1910 en la estancia "San Juan" de la familia Pereyra Iraola, ubicada en camino a La Plata, en un paseo organizado para homenajear a la embajadora de la realeza española.

Isabel de Borbón, conocida popularmente en su país como "La Chata" y apodada "la manola de sangre azul", amante de romerías, verbenas y corridas de toros, había sido la primera representante extranjera en llegar al país, el 18 de mayo. Su presencia concitó la atención de los principales diarios y la ceremonia de recepción tuvo características propias de un gran espectáculo. Para darle acogida, una división naval aguardó su llegada desde el amanecer. Al empavesado de los navíos, se sumaron los vítores marineros, el sonido de sirenas, salvas y bandas de música que interpretaron sucesivamente la Marcha Real y el Himno Nacional. "Jamás se había visto una manifestación semejante en la ciudad (…) se calculaba que poco menos de medio millón de personas le dieron la bienvenida" - resalta Elissalde (2000:140)- (Parte de ese imponente recibimiento puede percibirse en la documentación fílmica que consignamos en el Anexo CD-1).

Autores como el citado Salas o Bevioni ([1910]1995) coinciden en interpretar que la fascinación oficial ante la presencia real constituía una clara muestra del inocultable provincianismo de la elite gobernante. No obstante, justo es señalar también que entre los inmigrantes de origen español -que conformaban la segunda colectividad en orden de importancia, después de la italiana- la visita de la Infanta concitó una adhesión fervorosa, explicable no sólo por la popularidad del personaje. Hubo previamente a su llegada, un minucioso y tesonero seguimiento realizado por organismos oficiales de la Corona sobre centros y asociaciones peninsulares que actuaban en Buenos Aires. Estas entidades, cuyo accionar se basaba en el mutualismo y el periodismo, dieron a la colectividad una notable visibilidad como grupo homogéneo, pese a la marcada concentración de sus orígenes regionales (Fernández: 2010). Como en todo proceso identitario, ese "nosotros" español

aglutinante (en oposición a "ellos", los "otros" inmigrantes) generó una adhesión poderosa, "casi corporal" -tomamos prestada la expresión de Bourdieu en sus reflexiones sobre la excepcional fuerza movilizadora que genera la identidad (1980: 69) -.

Pero volvamos nuevamente a la imagen de la estancia. Allí la Infanta posa junto a un exponente de las razas vacunas inglesas que, como consecuencia del acelerado desarrollo capitalista, daban hacia 1910 sus mejores crías en este confín del mundo.

Contrariamente a la idea generalizada de que la producción de carne de calidad contaba con una larga tradición en nuestro país, debemos señalar que este proceso era relativamente reciente en momentos en que fue tomada la fotografía. En efecto, durante la primera mitad del siglo XIX el valor del ganado criollo o cimarrón radicaba fundamentalmente en el cuero. A gran distancia se ubicaban la "carne salada y sebo (pero también, por valores mucho menores, astas, huesos para botones y para abono, crin…)", según Halperín Donghi (2007:25).

Barsky y Gelman (2005), a su vez, observan que hacia 1881 el ganado vacuno había devenido en secundario respecto del ovino, siendo aquél empleado como instrumento de refinación de campos brutos. "En parte [la hacienda bovina] había pasado a ser una ganadería auxiliar, que era utilizada para la preparación de los campos incultos en las zonas de frontera, de manera de generar los procesos de eliminación de los duros pastos naturales y su reemplazo por pastos tiernos para las ovejas" (*idem*:147).

Los números de las exportaciones de esos años confirman tal preeminencia[1], a la vez que los estudios sobre el tema insisten en señalar que el vacuno de raza criolla era "de buena aptitud para la exportación de cueros, pero de muy baja calidad en relación con su carne" (*idem*: 153). Más aún, los avances agrotécnicos de entonces[2], difundidos e impulsados desde los *Anales* de la Sociedad Rural -institución fundada en 1866, representante del sector más empresarial de la clase ganadera terrateniente[3]- apuntaban a mejorar la producción ovina, aunque esos mismos

[1] La lana representaba el 54% de las exportaciones totales, a lo que debe sumarse un 8% de cueros ovinos. Seguían los cueros bovinos con el 15,8%, el tasajo con 4,5%, sebo y grasa con 2,5% y cuernos con el 0,7% (Barsky y Gelman; 2005: 146).

[2] Balde volcador, aguadas, zanjas, alambrados, molinos de viento, rotación de potreros y atención de la sanidad animal, entre otros.

[3] En su minucioso estudio *Los estancieros contra el Estado*, Roy Hora caracteriza a la institución en estos términos: "Desde su nacimiento, la Sociedad Rural insistió en la necesidad de convertir a los grandes terratenientes de Buenos Aires en líderes de un proceso de reforma rural que buscaba transformar tanto al propio empresariado como al medio en que éste actuaba, y que encontraba en los modelos de sociedad y de tecnología agrarias del hemisferio norte -Inglaterra en primer lugar, pero también Francia, Estados Unidos y Alemania- sus principales referencias inspiradoras" (2009:25).

avances habrían de ser posteriormente aprovechados para el ganado mayor. No parece desacertado sostener, pues, que –en tanto herramienta productiva- la oveja preparó el terreno para la expansión ulterior de la vaca.

Hubo otras innovaciones que, como las del francés Tellier en 1872 (enfriamiento de la carne a 0°) o las de Carré-Julien cuatro años más tarde (temperatura de conservación a -30°C), también impactaron directamente sobre la ganadería vacuna, generando las condiciones para un incremento sustancial de las exportaciones al viejo continente.

Al mismo tiempo, las exigencias europeas de rendimiento de carne, grasa y lana llevaron a los sectores más activos de la clase terrateniente a la introducción de la raza Lincoln, que con su rápida adaptación produjo el desplazamiento de los merinos hacia la Patagonia. En forma simultánea a este proceso de desmerinización, la exportación de ganado bovino en pie que se realizaba hacia los países limítrofes, fue orientada por igual hacia Europa a partir de 1889. Nuevamente la necesidad de los sectores ganaderos hegemónicos de adaptarse a las demandas internacionales que exigían animales mansos para las largas travesías en barco y de alto rendimiento para el consumo, impulsó una fuerte corriente de mejoramiento de la hacienda vacuna. Este proceso se apoyó en dos pilares: los cambios sustanciales en la base forrajera alimenticia - lo que produjo la expansión de la alfalfa, con modificaciones evidentes en la agricultura y los sectores a ella vinculados – y la instauración de cabañas de cría. "El cambio genético consistió en un paulatino reemplazo del vacuno criollo por razas mejoradas especializadas productoras de carnes: *Shorton*, *Heresford* y *Aberdeen Angus*; y esta sustitución se dio a través de diversos procedimientos zootécnicos tales como selección, cruza y mestización a partir de un reducido núcleo mejorador y extensos rodeos de ganado rústico" (Barsky y Gelman, *idem*: 150).

Ahora bien, los avances tecnológicos de enfriamiento, inicialmente empleados para la comercialización de la carne ovina, se extendieron al comercio de bovinos, promoviendo así la expansión ganadera vacuna por parte del mismo sector social que detentaba la propiedad de la tierra. Este proceso de aceleración capitalista fue advertido con preocupación por Juan B. Justo, quien en el primer editorial de *La Vanguardia* fustigaba "la rapacidad de la clase rica (…) cuya única aspiración política es que sus vacas y sus ovejas se multipliquen sin tropiezo" (en Graciano, 2006: 93). Alertaba Justo, no sin inquietud, que "puesta en esas manos la dirección política del país, no es de asombrarse que todas las leyes tengan el más marcado carácter de leyes de clase, y sean calculadas en bien de los propietarios" (*ibidem*). El recelo

del fundador del Partido Socialista se vería corroborado un siglo más tarde en la observación de Sebreli (1971:96): "Entre 1910 y 1943 cinco de los nueve presidentes [de la Argentina] fueron hombres pertenecientes a la Sociedad Rural y, por supuesto, ricos estancieros".

Pero volvamos una vez más a la imagen geórgica que enlaza la matrona española con el progreso tecnológico de raigambre británica. La presencia de la Infanta representa un fenómeno peculiar, a cuya tarea se hallaba abocada un sector de la elite gobernante. Nos referimos al proceso de revalorización de la raíz hispánica, la que había sido jacobinamente cuestionada en 1810, férreamente combatida por la generación del 37 y olvidada por el afrancesamiento liberal de la generación del 80. Devoto (2003: 283) sostiene al respecto que "lo español devino un producto cultural preciado desde el Centenario y la inmigración española parecía el antídoto eficaz a los males producidos por las otras [corrientes migratorias]".

Podríamos leer esta conjunción simbólica entre "La Chata" y el toro, como una metáfora de los tiempos del Centenario. Pareja alegórica: la madre española que cobija a sus hijos y el padre británico que aporta el capital para el sustento.[4] En tanto, el resto de las figuras del *studium* fotográfico, como ya dijimos, coadyuvan a amalgamar el sentido pletórico.

Sin embargo, hay un elemento que viene a escandir el *studium*, un detalle que a la vez que reafirma la armonía de la escena nos habla de una discrepancia. Es ese algo que "sale de la escena como una flecha y viene a punzarme, (…) esa marca hecha por un instrumento puntiagudo"- define Barthes (1980:58) al indicio que "desordena" la composición y al que denomina con la voz latina *punctum*. "Así, el detalle que me interesa no es (…) intencional y no es necesario que lo sea; aparece en el campo de la cosa fotografiada como un suplemento inevitable y a la vez gratuito" (*idem*: 86).

Veamos ese *punctum*. O ese detalle en el que habita el buen dios, al decir de Aby Warburg (en Burucúa, 2002). En un estricto segundo plano, sosteniendo las riendas del animal, un joven atildado y prolijo, mira a cámara con una expresión neutra que contrasta con la sonrisa del resto de los hombres. Percibimos que hay algo en este joven que refuerza, más que ninguno, la idea de artificiosidad. La evidencia resulta más clara si contrastamos esta imagen con otras del ámbito rural, vinculadas a las faenas y a las fiestas agrícolas.

[4] Pero… ¿no es acaso ir demasiado lejos en esta asociación del toro con la figura del padre? Es posible, aunque la mitología griega ya la había ensayado exitosamente en el mito de Zeus-Ío. Por otra parte, las imágenes de la cultura grecolatina formaban parte del discurso poético del Centenario (Cf. los citados Lugones y Darío).

Figura 1. 2. Trabajadores rurales en La Pampa, *circa* 1910. S/datos de autor (Álbum Anzoátegui).

Figura 1. 3. Colonia Avellaneda en Santa Fe (Autor: Félix Corte, 1887). "... Vista tomada el 20 de marzo, día de San José, patrono del pueblo. Al frente se ven los colonos que habían acudido a la fiesta" (Banco Fotográfico Digital- BN).

Ese muchacho de la fotografía de la Infanta, enfundado en un uniforme que incluye gorra con visera y botas de caña alta, se asemeja mucho más a un chofer, a un *caddy* o a un botones de hotel, que a un peón de estancia. La vestimenta ha servido aquí para borrar toda huella del trabajo sudoroso de la pampa. Si como dice Simmel (1961, 126), "la moda es una manifestación de la clase en una sociedad clasista" o, en otros términos, "una forma de acentuar las diferencias de clase por medio del vestido" (von Jhering, en Benjamin, 2004:103) este joven ha sido despojado de las prendas y usos indumentarios de los sectores populares rurales de pertenencia.

Los hombres de campo, según lo atestiguan los documentos fotográficos de entonces[5], vestían ropas sencillas y holgadas -adecuadas para los trabajos agrarios-, con camisas amplias, sacos generalmente abiertos o cerrados por medio de un solo botón (ya hacia el Centenario, el poncho se ve con menor frecuencia, aunque se mantiene en las provincias de Cuyo y en el NOA, al igual que el chiripá). En muchos de estos casos, el atuendo sugiere la huella del préstamo o la herencia familiar.

En las imágenes que mencionamos, la indumentaria masculina se complementa con pantalones y bombachas para los adultos, en tanto que los calzones parecen destinados exclusivamente a los púberes. La cabeza se ve siempre cubierta con chambergo - podríamos colegir que su copa blanda se avenía de maravillas a las inclemencias del tiempo- o boina - un aporte de los inmigrantes vascos, rápidamente extendido en razón de su bajo costo-. No hemos visto peones rurales descalzos (sí, algunos pocos niños); predomina en aquéllos el uso de la alpargata -otra contribución vizcaína- o su antecesora criolla: la bota de potro. La de caña alta y de cuero parece sólo reservada a ciertos hombres que se destacan por sobre el resto del colectivo.

Lejos está de todo esto el joven de la foto de la Infanta, asimilado a una idea de pulcritud exigida por el ideario higienista de entonces –el tema es objeto de desarrollo en el capítulo siguiente-, pero también por la obvia circunstancia particular de formar parte de una escena cuyo centro es la representante de la Casa de Borbón. Pero además, la prolijidad y el aseo del muchacho podrían remitirnos también a un rasgo central de la moderna sociedad capitalista: la

[5] Los testimonios son importantes en número y fotógrafos de larga experiencia en el ámbito urbano, como Samuel Rimathé, José Femminini, Juan Pi y hasta el propio Harry Grants Olds no pudieron sustraerse a los potentes efectos visuales de la geografía campestre y sus pobladores.

del acento puesto en el producto y no en el proceso de producción. Se ha borrado aquí la huella del trabajo y entonces nada impide que un peón rural haya devenido en mancebo.

Ahora bien, no sólo el muchacho da cuenta de cierta "ajenidad". Si observamos el conjunto de la fotografía, advertimos que nadie está en su propio hábitat. Ni la Infanta con su emplumado sombrero y su ramillete de flores; lejos de la comodidad y, sobre todo, de su habitual sonrisa. Ni el toro, erguido sobre un piso de cemento, muy distinto al de los pastos naturales o trabajados para la alfalfa. Ni los coreutas que sonríen a la cámara, participando ellos también de la pose, uno de los procedimientos de connotación más frecuentes -seguimos nuevamente a Barthes-, que permite desentrañar "la manera como la sociedad hace leer, en cierta medida, lo que piensa" ([1961] 1977:105)-).

En suma, este *punctum* más allá de producir un "desorden" en el sentido de la composición fotográfica, nos invita también a analizar en la imagen aquello que el orden social naturaliza o legitima. Pero por sobre todo, aquello que deja afuera.

Hemos dicho ya que esa estilización del trabajador de campo, bajo la apostura de mandadero de alta sociedad, omite las rudezas y esfuerzos del mundo del trabajo. Ahora bien, ¿es esa la única omisión, la única ausencia que la imagen consagra?

Veamos. En primer lugar, notamos que la fotografía retrata, en forma predominante, un mundo masculino. Los coreutas y el joven son hombres; el animal es también un ejemplar macho. ¿Qué hace allí una mujer rodeada de varones? La respuesta es obvia: se trata de su Majestad. Su presencia es la excepción que confirma la regla, ya que no es cualquier mujer; es alguien que, por su abolengo, está más allá del común. Pero además esta mujer es una extranjera. Viene de afuera y, a diferencia de la inmigrante, ocupa un rol dominante y no subalterno. Las demás, las otras, faltan. De donde podemos concluir que no sólo el trabajo está ausente en esta emblemática representación, sino también las mujeres reales (no la Real).

Hay también otra omisión. Un dato interesante: sabemos por el diario del Marqués de Valdeiglesias (quien llevaba un pormenorizado registro de la agenda de la Infanta en el país) que la embajadora de la Casa de Borbón asistió ese día en la estancia de Pereyra Iraola a una dramatización teatral: "La visita terminó con una representación de la compañía dirigida por José (Pepe) Podestá, que interpretó su versión de Juan Moreyra [sic]. Finalmente bailaron y entonaron danzas tradicionales, culminando con una jota en honor de los visitantes"

(1910:144). Más allá de este registro escrito, no han quedado testimonios fotográficos del acontecimiento. Es decir, una experiencia de comunicación tan sensible y profunda como la dramatización, con sus aspectos de comunicación-mímesis, comunicación- fusión con el público y comunicación-mediación (Entel; 1994:23-24), que además coadyuvaba a enriquecer la manifestación del ánimo celebrante, parece haberse desvanecido en el aire.

Fueron entonces estas ausencias en la imagen emblemática del Centenario las que nos motivaron a abordar el estudio de lo omitido en 1910, a la luz de estos interrogantes: ¿Dónde encontrar la voz del mundo del trabajo?; ¿Qué características tuvo la cultura rural en el proceso de consolidación del modelo de la Argentina agroexportadora?; ¿Dónde hallar el colectivo femenino en la escena pública?; ¿Dónde toparse con el arte popular cuya legitimidad era retaceada o censurada por el orden conservador, al punto de ocultar sus huellas? Así se fue delimitando el objeto de nuestro estudio: las otras voces del Centenario, esas que a fuerza de gritos, susurros o bisbiseos, nos permitieran visibilizar la existencia de sujetos excluidos de la fiesta o participantes de ella de modo "sui generis".

En esa búsqueda de las mujeres, los trabajadores, los inmigrantes, los artistas populares, nos pareció pertinente detenernos en aquellas experiencias que pusieran de manifiesto otras nociones, otros valores y otras prácticas -políticas, sociales y culturales- que no fueran las hegemónicas. Nos encontramos, pues, con una multiplicidad de hechos históricos que cuestionaron el orden conservador durante la primera década del siglo XX, período de intensa conflictividad social[6]. No era fácil optar dentro de un repertorio tan amplio. Finalmente, la elección definitiva estuvo signada por el objetivo señalado y por eso nuestro interés recayó en la rebelión de las escobas de 1907, los festejos del 1° de mayo de 1909, la sublevación agraria de Macachín en el Territorio de La Pampa en 1910 y la quema del circo de Frank Brown en ese mismo año.

[6] El conflicto de los panaderos de 1901, la primera huelga general de la Argentina en 1902, la llegada de Alfredo Palacios a la Cámara baja como el primer diputado socialista de América en 1904, la revolución radical de 1905, el movimiento de los inquilinos en 1907, la resistencia de los conductores de carros en el mismo año, la gran marcha frente a la penitenciaría de la calle Las Heras en 1910, por citar sólo algunos de los múltiples sucesos del decenio.

1.2. El marco teórico

Este trabajo reconoce, desde el punto de vista del marco teórico que lo sustenta, algunas deudas sustanciales. Una de ellas es con Carlo Ginzburg y su estudio sobre ese entrañable molinero del Friuli que las actas inquisitoriales registran como Domenico Scandella, apodado Menocchio. Obra paradigmática de la microhistoria, El *queso y los gusanos…* nos confirma: "Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado de consignar únicamente las ´gestas de los reyes´. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron" (2008:9).

La investigación cualitativa que aquí proponemos a través del estudio de casos, permite con su reducción de escala hacer visibles tensiones y contradicciones antes invisibilizadas para la macrohistoria, al tiempo que nos acerca en profundidad a "ese secreto compromiso de encuentro…vigente entre las generaciones del pasado y la nuestra" del que nos hablaba Benjamin (2009:18). Precisamente, las ideas del pensador de Frankfurt constituyen, sin duda, otro de los pilares teóricos de nuestro trabajo. Ellas aparecen aquí y allá, más que como un conjunto organizado y cerrado, como un modo peculiar de aproximación a los fenómenos históricos. El poner entre paréntesis las supuestas certezas, el elegir los desvíos por sobre la línea recta, el dar valor a la intuición, el rescatar los oscuros detalles cotidianos para agudizar la mirada crítica y el intentar captar el destello antes que la permanencia estática de la luz, hacen a un modo de concebir la investigación que tiene en Benjamin a uno de sus principales referentes.

Hay también otros textos que sustentan este trabajo. El pensamiento de Gramsci -como ya hemos anticipado- nos ha resultado una herramienta clarificadora y ordenadora. Además del ya mencionado concepto de hegemonía, la categoría de *grupos subalternos* - formulada en sus *Cuadernos de la cárcel* (especialmente en el Nº 25)[7]- que amplía los alcances de la noción marxista de clase obrera, proletariado, campesinado, nos ha permitido incluir en el campo de los inferiorizados a aquellas capas y actores sociales que sin ser definidos como *clase* propiamente dicha, han padecido, soportado, señalado o denunciado las relaciones de dominación. Esta noción de subalternidad, amplia, extensiva a cualquier tipo de situación

[7] Seguimos aquí la edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana (México: Ed. Era, 1981), con especial interés en los textos "Al margen de la historia. Historia de los grupos sociales subalternos" de 1934 y "Temas de cultura" de 1935 que forman parte del Tomo 6.

minoritaria, fue decisiva a la hora de abordar el estudio de casos. No puede reducirse la contrahegemonía en el mundo del trabajo exclusivamente a las huelgas de la F.O.R.A., así como no pueden desestimarse los componentes xenófobos que jugaron fuertemente en Macachín y que la noción de campesinado, por sí sola, no explica. Tampoco se comprendería el accionar de las mujeres de los conventillos si no es en la doble inscripción que trazan la marginalidad de la pobreza y la marginalidad del género.

En la misma línea y como continuidad del pensamiento gramsciano, encontramos en Raymond Williams (1981 y 2000) aportes precisos, relativos a la dinámica de los procesos hegemónicos en una cultura determinada. Sus ya clásicas nociones de *dominante*, *emergente* y *residual* nos resultaron operativas a la hora de analizar la cultura anarquista (Capítulo "Iluministas y libertarios") o al momento de entender la participación de las mujeres en la huelga de los inquilinos (Capítulo "Escobas, faldas, críos"). También de él tomamos la noción de *tradición selectiva*, que como "versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado" opera poderosamente en los procesos de identificación social y cultural. Todo el capítulo titulado "En busca de la tradición" está concebido a la luz de estas ideas del pensador de Birmingham.

Finalmente, para encontrar respuestas al interrogante acerca de las razones por las cuales la conmemoración patriótica dominante pudo alcanzar tan amplia adhesión, no sólo de los desposeídos nativos sino también de los migrantes, alejados de su propio terruño, nos resultaron de suma claridad las reflexiones de Georges Gusdorf (1970) y de Cornelius Castoriadis (1993).

Del primero, aunque centrado en una dimensión antropológica y focalizado en el mundo primitivo, tomamos sus consideraciones acerca de la coloración afectiva de la conciencia mítica (el patriotismo participa activamente de ella) y su intencionalidad restitutiva a una integridad perdida. Creemos firmemente que el mito fue reparador. Alivianó el sentimiento de postergación experimentado por los excluidos nacidos en el suelo argentino -o con más de una generación de permanencia en el país- y, al mismo tiempo, el desahucio de miles de inmigrantes encontró, en la envoltura mítica, un consuelo para el desarraigo.

En ese mismo sentido, el pensamiento de Cornelius Castoriadis amplió para nosotros las dimensiones del papel de las significaciones imaginarias en una comunidad. Precisamente en el Centenario, el imaginario de un pasado de gloria (construido a partir de una tradición

selectiva que operó fuertemente en la educación patriótica de la escuela pública y la pedagogía de las estatuas en la esfera urbana), un presente opulento (que se dejaba admirar en monumentos públicos) y que, paralelamente, se postulaba como común (y en esto fue decisivo el rol desempeñado por las industrias culturales y el consumo) y una prosperidad futura (anunciada en el mapa de 1910 y proclamada sin hesitaciones en las Exposiciones Internacionales) tuvo carácter constitutivo, productivo y comunicativo "del ser del grupo y de la colectividad", reforzando así la hegemonía dominante. Como advierte el autor de *La sociedad burocrática*, pese al carácter imaginario de la nación, ésta aparece mucho más sólida y más real que todas las realidades.

1.3. Metodología

Hemos mencionado ya nuestra opción por la investigación cualitativa, por ser la que más se adecuaba al objeto de nuestro trabajo. En este marco, nos hemos inclinado por el estudio de casos, reconociendo en ellos los tres rasgos constitutivos que postula Sautu (2003): a) particularización y especificidad; b) alto contenido descriptivo, para atender a la complejidad; c) cualidad heurística, para permitir la explicación de sus causas y su contexto.

En ese sentido, nuestra estrategia metodológica estuvo orientada hacia una diversidad de documentos, a fin de producir evidencia empírica. Además de la consulta bibliográfica, (teórica general e histórica específica, consignada al final del presente trabajo), recurrimos también a la lectura, análisis e interpretación de diversas fuentes, a saber: documentos oficiales (debates parlamentarios, leyes, discursos); documentos de carácter público (proclamas, actas; libros de lectura y directivas escolares); prensa escrita (diarios y revistas de la época), documentos privados (postales personales, cartas, libros contables); obras literarias; material audiovisual (composiciones musicales, filmes documentales, fotografías, mapas, afiches, avisos publicitarios, planos) y objetos materiales (esculturas, monumentos, estatuas, espacios urbanos, vestimentas, adornos, souvenirs). En muchos casos, el acceso a las fuentes incluyó visitas a museos, exposiciones, paseos públicos, entrevistas a coleccionistas particulares y la consulta de fondos de diversos archivos, especialmente fotográficos.

De resultas de ello, viene al caso señalar que hemos percibido un notorio avance del mercado sobre el material archivístico de valor patrimonial, que hasta hace algunas décadas se encontraba bajo la casi exclusiva custodia del Estado. Debemos reconocer que en tiempos de "la cultura de la virtualidad real" (Castells, 2001), resulta más sencillo y económico consultar los archivos privados (de propiedad de medios de comunicación o de empresas particulares), antes que acudir al responsable "natural" de su preservación, catalogación y guardia. Buena parte de esas colecciones fotográficas de las empresas periodísticas se ha conformado nutriéndose del material estatal; sin embargo, la ausencia de políticas públicas sostenidas en el tiempo que apuntaran al resguardo y la digitalización de tales documentos, ha producido pérdidas y asimetrías de incierto pronóstico.

Seríamos injustos si no señaláramos, como contraparte, algunos dignos emprendimientos como la creación del Banco Fotográfico Digital por parte de la Biblioteca Nacional, aun con resultados harto incipientes, o la puesta en línea de Acceder- Red de Contenidos Digitales del Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, pese a las limitaciones tecnológicas[8]. Lo mismo puede señalarse respecto del canal educativo Encuentro, del Ministerio de Educación de la Nación, aunque particularmente en este caso los documentos fotográficos aparecen siempre marcados por una connotación fuerte. En este aspecto, la iniciativa privada sigue llevando la delantera. "El orden del mercado es mil veces más eficaz que el orden público" - observa Sarlo (2009:13). Alertar sobre estos efectos es también una obligación de quien investiga.

Las fotos del pasado hacen siempre visible aquello que los tiempos contemporáneos se empeñan en ocultar, como sostiene Lynch (2005): la caducidad humana y la muerte. En tal sentido, el acopio de las imágenes nos resultó una experiencia inicialmente perturbadora que, a medida que la investigación avanzaba, se tornó apasionante. El material visual que constituye los Anexos que - en formato digital- acompañan este trabajo, comparte los interrogantes de Benjamin (2009:18): "¿Acaso no nos roza, a nosotros también una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar?", al tiempo que participa de su confiada apreciación sobre que "éramos esperados sobre la tierra".

[8] Su servidor tiene un límite para responder consultas, más allá del cual no puede responder. Dicho límite se satura con frecuencia.

Señalábamos anteriormente nuestra opción por la investigación cualitativa. Sin embargo, dicha elección no implicó en modo alguno el desdén por los datos y aportes de la investigación cuantitativa. Por el contrario, informes censales, apuntes catastrales, referencias estadísticas, nos han servido en varios tramos de la investigación para confirmar o reforzar determinadas hipótesis y echar nueva luz sobre aspectos ambiguos o poco explorados, como veremos al referirnos a los sucesos de la huelga de inquilinos de 1907 o los de Macachín en 1910.

Quizás ya sea tiempo de ir en busca de tales sucesos.

2. ESCOBAS, FALDAS, CRÍOS

Y todo esto mordiente, vencido, mutilado,
todo esto que se hallaba en su alma encerrado,
pienso que sin quererlo lo he libertado yo.

Alfonsina Storni, "Pudiera ser".

Nos ocuparemos en primer lugar de la denominada huelga de los inquilinos. Bajo ese nombre se conoce a la protesta popular que en 1907, con epicentro en la ciudad de Buenos Aires y repercusiones en otras ciudades portuarias del interior del país como Rosario y Bahía Blanca, se opuso férreamente al aumento de la locación de los conventillos y casas de inquilinato. Parte de la bibliografía sobre el tema le atribuye también la denominación de "huelga de las escobas", por ser éste el instrumento enarbolado por mujeres y niños al encabezar multitudinarias manifestaciones callejeras.

2.1. Deslindes

Los sucesos han sido objeto de estudio desde la perspectiva del conflicto social, en especial en lo referente a las formas de organización y participación del conjunto de los actores involucrados (Suriano, 1983; Girbal-Blacha, 2000; Lobato, 2003), aportando un profundo conocimiento sobre las condiciones de vida de los sectores subalternos urbanos de entonces.

Ningún estudio serio sobre el tema puede prescindir de tales condiciones materiales, aunque su sola radiografía no alcanza, ciertamente, para dar cuenta de los lazos, solidaridades e imaginarios puestos en juego en los procesos de identificación colectiva. Dichas condiciones constituyen, sin dudas, un punto de partida, legítimo y necesario -que también será el nuestro- pero no de llegada.

En ese sentido, cabe decir que en su proyecto de modernización urbana, las elites se ocuparon especialmente de aquellas zonas de la ciudad de las que eran beneficiarias en forma directa, dando lugar a la especulación inmobiliaria concomitante y favoreciendo, sólo secundariamente, a los incipientes sectores medios.

Al mismo tiempo, los desposeídos no tuvieron espacio propio en la agenda de la gestión política dominante. Así, la huelga de los inquilinos debe ser entendida como el intento de visibilización en la escena pública de quienes, viniendo de ultramar o de años de postergación en esta tierra, pusieron en el centro del debate las incongruencias e inequidades de un modelo de sociedad que decía proyectarse hacia el progreso ininterrumpido, pero sumía en el atraso y la pobreza a un importante sector de la población. "Qué es lo que constituye un mundo habitable no es una cuestión baladí", nos recuerda Butler (2006:35).

Pero además, no podemos pasar por alto la inusitada y potente participación de las mujeres en el conflicto. Ellas fueron protagonistas de una práctica novedosa e innovadora para los códigos impuestos por el género: el salto desde la esfera privada a la pública –o si se quiere: del patio a la calle-. Por eso, a nuestro entender, todo análisis referido a la lucha de los inquilinos de 1907 no puede soslayar esta cuestión. Por el contrario, un acercamiento desde los estudios sobre el género nos permitirá comprender la riqueza del conflicto y las tensiones y contradicciones que éste agudizaba en la sociedad del Centenario.

2.2. La ciudad de comienzos de siglo

Como venimos de señalar, si un estado caracterizaba a la Buenos Aires de 1910 ése era el de la efervescencia, la euforia, la hipérbole. Las imágenes de entonces testimonian ese constante movimiento de la ciudad moderna, que entre construcciones y demoliciones, se abría paso al siglo XX. "La ciudad burguesa que se hace visible", explica Gorelik (2004: 183). La metrópoli "de vida intensa", describe Gómez Carrillo ([1914] en Pierini, 2008) al ver sus calles superpobladas, los carruajes en Palermo y el ajetreo de la Avenida de Mayo. Aun ante la mirada ácida y por momentos despiadada de un viajero olvidado como Bevioni ([1910] 1995:19), en Buenos Aires "se elevaban las arquitecturas hercúleas de los silos, e irrumpían las chimeneas de cien vapores, y más lejos, diáfanas, se encorvaban las cúpulas del Congreso, de *La Prensa* y de la Catedral".

Con maravilloso poder de síntesis y no exenta de humor negro, la tapa de *Caras y Caretas* en su edición del 21 de julio de 1909 disparaba, a través del diálogo entre el rollizo intendente Güiraldes y su interlocutor, la crítica a dos cuestiones centrales del momento: la fiebre de la

expansión urbana (con el acelerado afán monumentalista de la elite gobernante) y la coerción sobre los sectores populares[9] en la disputa por el espacio público.

CARAS Y CARETAS

La demolición del mercado Lorea

Figura 2.1. Portada de *Caras y Caretas*, Año XII, Nº 565, 21 de julio de 1909.

Diálogo al pie del dibujo

-Aquí hubo una carnicería. Y allá otra…
-¿Habla usted del 1° de mayo?
-¡No, hombre! De este mercado que desaparece.

[9] La caricatura alude a la violenta represión sobre los trabajadores durante el entonces reciente acto del 1° de mayo, por parte de las fuerzas policiales comandadas por Ramón Falcón, que desarrollaremos en el capítulo siguiente.

Esta imagen condensa los aspectos materiales de la ciudad, "lo objetivado muy visible en monumentos" y a la vez, aquello que también está presente en cualquier urbe: "lo más opaco en cuanto a su visibilidad, lo constituido por los usos sociales, las normas, las instituciones" (Entel, 1996:22).

De pequeña población que todavía conservaba costumbres, usos y construcciones de la antigua vida colonial, Buenos Aires había devenido en una "gran aldea" –como noveliza López en 1884- a partir del caudal inmigratorio iniciado en 1870 y robustecido desde la década siguiente. En efecto, entre 1881 y 1914, más de 4.200.000 personas arribaron a la Argentina. Casi la mitad era italiana. Le seguían en orden de importancia los españoles y, mucho más lejos, franceses y rusos (Devoto, 2003).[10] Entre los recién llegados predominaban los hombres jóvenes, de origen rural, que arribaban a través de mecanismos ya instituidos, entre los que sobresalía la migración "en cadena".

No obstante, en la década de 1910 se verificó el porcentaje más elevado de mujeres. Este dato nos indica que los procesos de asentamiento migratorio se encontraban ya suficientemente consolidados.

Muchos de estos inmigrantes se trasladaron a las provincias, pero la mayoría quedó en Buenos Aires pugnando por encontrar en ella trabajo y vivienda.

2.3. La vivienda

"La Modernidad alberga una serie de tensiones que se manifiestan en forma de ambigüedades y contradicciones" – sostiene Frisby (2007: 13). Basta con observar las imágenes edilicias de aquella Buenos Aires para confirmarlo.

Coexistían en la ciudad porteña los contrastes más notorios: palacios imponentes y suntuosos donde vivían apenas cuatro o cinco personas con sus sirvientes, frente a viviendas chatas, sencillas y modestas que ocupaban familias numerosas. Unos y otras plantean dinámicas

[10] Las cifras que da el autor son las siguientes: los italianos eran alrededor de 2.000.000; los españoles, 1.400.000; los franceses, 170.000; los rusos, 160.000. El porcentaje de retornos, aunque fluctuante según las décadas y los grupos nacionales -los italianos retornaban más que los españoles y éstos a su vez más que sirio-libaneses o rusos- no dejaba de ser significativo: entre 1881 y 1910 retornó el 36% de los inmigrantes (p. 247).

habitacionales contrapuestas. Los palacios de dos o más pisos[11], construidos mayoritariamente según las líneas del academicismo francés o italiano, exhibían grandes ventanales en todos sus muros. Un modo de contemplar la ciudad, pero también de ser contemplado por ella.

Estos palacetes - al decir de Ramos (1999:3)- constituyen el prototipo de la vivienda burguesa, tipología en la que el autor incluye también a los "hôtels particuliers y petits hôtels, con plantas protocolares, secuencia vertical y estilo inspirados en los modelos urbanos borbónicos, de uso en Francia". En rigor de verdad la fachada alta y estrecha se prestó a todas las variantes del eclecticismo, no sólo el francés.

Otro modelo emergente en la Buenos Aires del Centenario fue la "casa de pisos", que implicó la administración multifamiliar del sistema de vivienda, especialmente destinada a las capas medias en ascenso.

Ramos observa que estas casas de renta adaptaron en altura los cánones del sistema compositivo "beaux arts" al tipo de la casa colectiva, imitando el "immeuble à rapport" parisino.

En lo que respecta a la vivienda de los sectores populares, el modelo prototípico fue el de la denominada "casa-chorizo", basado en una sucesión de habitaciones y un pasillo lateral vertebrador. Creemos que este tipo de construcción reafirmaba el tradicional pasaje de lo público a lo privado. Allí, nadie podía ser visto en su intimidad desde el exterior. Precisamente, Benjamin (2004:56) nos recuerda que "el interior no es sólo el universo del particular sino también su estuche", es decir, un modo de preservación. Ese interior propio y familiar, vendría a compensar así "la ausencia de huella de la vida privada en la gran ciudad".

No obstante, uno de los mayores contrastes de la ciudad moderna lo encontramos entre los suntuosos palacios y el conventillo, esa casa de inquilinato en la que convivían familias enteras en condiciones de insalubridad y precariedad, pagando por ello precios de usura.

En las zonas más alejadas del centro, los fotógrafos de entonces también registraban la existencia de otras viviendas humildes, construidas con madera o chapas de zinc, de ventanas pequeñas, conformadas por una o dos habitaciones, sin servicios sanitarios en su interior. Asimismo, en los márgenes de la ciudad descubrimos también imágenes de efímeras chozas

[11] Los datos de la Dirección de Patrimonio de la Ciudad de Buenos Aires indican que todavía sobreviven actualmente unas treinta y siete de esas residencias ostentosas.

que se yerguen en los basurales, como escapando al peso del poder, propio de las zonas liberadas observadas por Lynch (2005: 39) (Para este caso y los anteriores, véase el Anexo CD-1).

2.4. Cuevas negras

Al comenzar la década del 80 Buenos Aires contaba con casi 2.000 conventillos, según consigna Páez (1970: 13). La cifra preocupaba sobremanera a los hombres de la elite. Eduardo Wilde, en su *Curso de Higiene Pública* de 1883 describía el cuarto de esas "casas de inquilinato para los pobres" que él conocía muy bien, debido a su profesión de médico:

> … una pieza cuadrada de cuatro metros por costado, y sirve para todo lo siguiente: es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría, como dicen ellos en su lenguaje expresivo; la cría son cinco o seis chicos debidamente sucios; es comedor, cocina, despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay, morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de comestibles, sitio donde arde a la noche un candil, una vela o una lámpara (1939: 29-30).

De acuerdo con el discurso higienista, al que Wilde adscribía y que formaba parte del positivismo dominante: "si hubiera algo hecho con el propósito de contrariar todos los preceptos higiénicos, al hacer un conventillo no se habría acertado mejor" (*ibidem*).

Dos años más tarde, Guillermo Rawson publicaba su *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*, en el que sobreabundaban descripciones de corte naturalista como la que sigue:

> De aquellas fétidas pocilgas, cuyo aire jamás se renueva y en cuyo ambiente se cultivan los gérmenes de las más terribles enfermedades, salen esas emanaciones, se incorporan a la

> atmósfera circunvecina y son conducidos por ella tal vez hasta los lujosos palacios de los ricos (en Páez, 1970:15).

En 1900, otro médico sanitarista, Samuel Gache, sostenía que eran no sólo "un peligro para la salud pública, ya que allí se incuban todas las enfermedades", sino también "un peligro para la moral, porque esas viviendas son el teatro de vergonzosas escenas de libertinaje y lupanar" (en Armus, 2007: 202).

Como vemos, la preocupación estaba presente en estos hombres vinculados al poder, no así las soluciones de fondo. Rawson proponía recurrir a las bondades del agua. "Por eso insistimos con tanta decisión sobre la conveniencia de proveer abundantemente de aguas corrientes a las casas de inquilinato, las cuales por la aglomeración y las malas costumbres de poco aseo, rebajan el nivel moral de las personas" (*idem*: 20).

A propósito, uno de los proyectos de ley que presentara Alfredo Palacios en la Cámara baja abogaba por la prohibición del establecimiento de medidores de agua en los conventillos. Argumentaba el diputado socialista en 1905:

> Se explica, señor presidente, que se instale un medidor de agua en las caballerizas, en los grandes jardines, en las fábricas, en general, en las destilerías, donde se va a utilizar el agua con fines comerciales; pero de ningún punto de vista puede admitirse la conveniencia de que se establezcan medidores en las casa de los pobres (1910: 245).

El anarquismo, hijo de la Ilustración - como veremos en el próximo capítulo-, tampoco pudo sustraerse al discurso higienista: "No desprecien por esto, los compañeros, a los que enseñan a los obreros un régimen de vida higiénico. El proletariado, para poder cumplir con su misión ha de ser fuerte de cuerpo y de espíritu" -instaba el periódico *La Protesta Humana* (Año 5, Nº 126, 1 Junio, 1901). Una década después, *La ciudad de los hijos del sol*, utopía urbanista del tipógrafo libertario Pierre Quiroule[12], iba en la misma dirección al proyectar un centro poblacional donde se pudiera "respirar aire puro, vivir en plena gloria del sol para dar nuevos

[12] Su nombre real era Joaquín Alejo Falconnet. Se radicó muy joven en Argentina. Partidario del anarquismo individualista, fue el fundador del diario *La liberté*. Colaboró también en *El perseguido* y en *La Protesta*, en cuya editorial publicó su utopía en 1914.

pulmones a la humanidad y regenerar la especie" ([1914] 1932: 17). La inquietud ante la tuberculosis estaba a la orden del día.

Cabe señalar que más allá del discurso imperante que abrevaba en el determinismo del darwinismo social, todavía se guardaba memoria en Buenos Aires de los estragos causados por la epidemia de fiebre amarilla en 1871. Como consecuencia de ella, las familias de la elite se habían visto obligadas a abandonar sus casonas para trasladarse desde el sur al norte de la ciudad. Muchas de esas viviendas devinieron rápidamente en casas de inquilinato, producto de la venta de sus antiguos dueños o del nombramiento de apoderados o administradores.[13] Para Armus (1984:76) esta transformación "fue un excelente negocio durante las dos últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del XX".

En esa ciudad que crecía afiebradamente, el negocio se desarrolló a expensas de los más necesitados. Su creatividad bautizó con sorna el hábitat que ofrecía Buenos Aires en los barrios de Barracas, la Boca, Balvanera Sur, Concepción, Monserrat, San Telmo, San Nicolás y El Socorro, con nombres como estos: "El Palomar", "Babilonia", "Las 14 Provincias", "El Gallinero", "Los Dos Mundos", "La Cueva Negra". Estos apodos enfatizaban dos rasgos del hábitat: el hacinamiento y la pluralidad.

Sus habitantes constituían grupos heterogéneos, por lo común, provenientes de distintos países. No obstante, en ciertos casos, podía registrarse la pertenencia a una misma comunidad de origen. Esto fue muy notorio en el barrio de La Boca, donde se asentó la población marinera de raigambre genovesa, con cimentada experiencia en el trabajo portuario.

Los inquilinos estaban sometidos a severos reglamentos internos. *La Protesta* del 26 de agosto de 1905 informaba, entre otras restricciones, sobre la prohibición de "pararse en la puerta de calle", "lavar para afuera o derramar agua", "golpear después de cerrada la puerta de calle". Una cláusula frecuente habilitaba al dueño o a su administrador -quien generalmente

[13] El afán mercantilista hizo que desaparecieran muchas construcciones a las que hoy atribuiríamos alto valor patrimonial, como por ejemplo: la casona de la Virreina Vieja, habitada por el Virrey don Joaquín del Pino y luego por la familia Medrano, en la esquina noroeste de Perú y Belgrano; el caserón de don Juan Manuel de Rosas en Bolívar 553 y el de su hermana Mercedes, en el 531 de la misma calle; la casa de Manuel de Lavardén en Balcarce y Venezuela o la de Vicente López y Planes en Perú 535.

vivía en la mejor habitación del conventillo- a inspeccionar imprevistamente los cuartos ocupados.

Asimismo, los contratos de alquiler resultaban sumamente estrictos y dejaban a los locatarios, las más de las veces, en completo estado de indefensión. Los precios, que representaban una importantísima proporción del salario, ascendían constantemente, por estar sujetos a la demanda creciente. Como contrapartida, la calidad del hábitat ofrecido resultaba pésima: muchos carecían de servicios sanitarios y hasta de agua y luz.

Un cronista como Gilimón apuntaba en 1911:

> La edificación no progresa lo suficiente para cubrir las necesidades de la avalancha inmigratoria y esto hace que los alquileres sean cada día más elevados y que para alquilar la más mísera vivienda, sea necesaria una infinidad de requisitos. Si a un matrimonio solo le es difícil hallar habitación, al que tiene hijos le es poco menos que imposible, y más imposible cuantos más hijos tiene (2010:40).

2.5. Los sucesos

Ya antes de 1907, los inquilinos habían intentado organizar alguna forma de resistencia frente a esta situación, aunque sin éxito. En 1890 y en 1893, las tentativas de conformar una comisión de habitantes de conventillos habían fracasado por falta de interés de los principales destinatarios. Finalmente, en noviembre de 1905 se constituyó una "Liga contra Alquileres e Impuestos", producto del activismo anarquista. Su principal accionar apuntó a tareas propagandísticas y de agitación, pero la formación no logró despertar una reacción ni masiva ni inmediata.

Dos años más tarde, al promediar el mes de agosto, la Municipalidad anunció un incremento en el impuesto inmobiliario, que se haría efectivo al año siguiente. Los propietarios trasladaron directamente ese aumento a los contratos, en forma anticipada. La medida despertó el enojo de los inquilinos, aunque también contó con la desaprobación de otros

actores. Precisamente, leemos en *La Nación* que "los propietarios aumentan el precio del alquiler bastante más que el aumento de impuestos". Razonaba así el diario de los Mitre:

> A un conventillo de 50 piezas, al cual se aumentaron los impuestos en una proporción de 80 pesos anuales, correspondía el aumento a 1,60 por habitación. Pues bien, el precio de las piezas, que era de $ 20, fue aumentado a 25, de suerte que el propietario escudándose en el recargo aumentó sus utilidades en 2.920 pesos anuales (*La Nación*, 19/09/1907).

Ante estas maniobras especulativas, la planchadora Josefina Rinaldi de la pieza número 1 del conventillo denominado "Los Cuatro Diques"[14] de la calle Ituzaingó 279, propiedad de Pedro Holterhoff, se negó al pago del alquiler hasta tanto el dueño no concediera una rebaja del 30%. Pronto fue apoyada por otros ocupantes del inquilinato de Barracas, quienes a esa exigencia inicial sumaron las vinculadas a las condiciones sanitarias y edilicias. Con apoyo de la Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.) de orientación anarquista, los rebeldes conformaron allí una Secretaría que envió delegados a otras casas de inquilinato para que se anexaran a la protesta.

A ellos se plegaron de inmediato dos conventillos de la misma calle, a la altura del 325 y 255, y el de Uspallata 449. La proximidad espacial parece haber sido un elemento fundamental en este tejido de solidaridades. Muy poco después se incorporaban: "Las Catorce Provincias" (Piedras entre Cochabamba y San Juan), "La Cueva Negra" (Bolívar entre Cochabamba y Garay), "Vizcachero" (Perú 972), "Campos Salles" (Industria entre Patricios y Azara) y otras cuya localización hoy resulta más imprecisa: "La linyera de La Boca", "El Palomar", "El conventillo de San Antonio", "La barraca de Pepe", "Las cuatrocientas", "El mapamundi", "El Pantano Criollo", "El Palacio Mishio".

Una proclama fechada el 13 de septiembre y reproducida por *La Protesta* de ese mismo día da cuenta de que se habían sumado a la medida de fuerza "otros cuyos nombres aún no sabemos pero que están ubicados en Humberto 1° entre Pasco y Pichincha". La arenga concluía de

[14] También conocido como "Convento del Puerto", en alusión a la disposición de sus patios, semejante a los cuatro diques de Puerto Madero. Al promediar la protesta, sus habitantes rebautizaron el conventillo como "La Revolución Social". Ramos (1999:15).

modo categórico: "Nuestra divisa contra la avaricia de los propietarios debe ser: No pagar el alquiler". En pocos días se unían otras 500 casas de inquilinato de la Capital y el 19 de septiembre llegaron a totalizar unas 2.000 en franca rebeldía.

Pero el rasgo particular del movimiento fue, como ya señalamos, el alto protagonismo femenino, del que encontramos abundantes testimonios en los diarios. El 1º de octubre, *La Prensa* relataba cómo un oficial de justicia se había visto obligado a retirarse del conventillo de la calle Chile 864, debido a que "las mujeres, armadas de escobas, palos y otros objetos, lo amenazaron". El mismo día, *La Voz de la Iglesia* en su Nº 7.308 contaba cómo se había visto impedido otro desalojo porque "cada mueble era rodeado por un enjambre de sucios rapazuelos de todas las razas y de todas las naciones, que ayudaban a transportarlos juntamente con las mujeres, cuyo entusiasmo, si cabe, era mayor que el de los hombres". Un hecho similar publicaba *La Vanguardia* en su edición del 11 de octubre, al narrar cómo "las mujeres de la casa y las que habían concurrido de otros conventillos se armaron de palos, escobas y otros objetos y la emprendieron con los representantes de la autoridad, especialmente con el oficial de justicia, quien se vio en serio peligro".

Tampoco se amilanaron estas mujeres ante las brigadas policiales. *La Protesta* daba cuenta de lo ocurrido el 16 de octubre en el conventillo de la calle Estados Unidos 1452, cuando los uniformados habían intentado detener a un huelguista. Ellas "se opusieron a la prisión de dicho compañero y los vigilantes se retiraron en medio de la rechifla general. Según tenemos entendido, las mujeres de este conventillo están decididas a meter en un tacho de agua caliente a la encargada y a su marido" -agregaba el cronista-. El 22 de octubre *La Prensa* informaba sobre un suceso similar, en otra casa de inquilinato: "La policía intentó penetrar en la casa pero las mujeres, que ya estaban preparadas para repelar a ésta, iniciaron un verdadero bombardeo con toda clase de proyectiles, mientras arrojaban agua que bañaba por completo a los agentes".

Por lo visto, además de los palos, escobas y otros enseres, el agua fue un arma para garantizar la permanencia en el lugar, esgrimida contra las autoridades del orden y contra los propios caseros, como se desprende de las denuncias policiales. Por ejemplo, *La Nación* de fecha 6 de octubre presentaba el caso del propietario de la calle México 1370, quien se había acercado a la comisaría respectiva "a denunciar que era poco menos que imposible vivir en su casa, a causa de que los inquilinos le amenazan y las mujeres le prometen tirarle agua hirviendo si no hace las rebajas que se le han pedido en el pliego de condiciones". Análogo episodio relataba

La Protesta del 12 de octubre, aunque en tono abiertamente jocoso: "El propietario de otro convento de la calle Chacabuco se presentó llorando ante el comisario de la sección, exponiendo que no era posible la permanencia en su casa debido a la hostilidad de las mujeres". Refería el cronista que al dueño "lo maltrataban de palabra y de acción, escupiéndole la cara de avaro que tiene, y no dejándole dormir sueño tranquilo, amenazándole con quitarle la roña mediante un baño de agua hirviendo si no se decide a efectuarles la rebaja del 30% en el precio de los alquileres". En la misma edición, se incluía otro suceso pintado con ribetes grotescos:

> En la calle Defensa existe un conventillo cuyo encargado quiso sentar plaza de hombre guapo, golpeando bárbaramente a un muchacho de tierna edad. (...) A las valerosas mujeres, después de derribarlo al suelo impidiéndole todo movimiento, se les ocurrió la humorada de quitarle los calzones, largándolo en tal facha a la calle, provocando la risa de todos los espectadores de este curioso y divertido sainete.

Un episodio en tono menos risueño refería *La Prensa* del 22 de octubre: "Intervinieron en tal forma las mujeres que hubo ocasión de presenciar más de una lucha cuerpo a cuerpo entre éstas y los agentes".

Además de la resistencia dentro del propio hábitat, la presencia femenina fue contundente en la denominada "Marcha de las Escobas" que partió desde La Boca, llegó hasta el centro y en su recorrida fue generando adhesiones de sus pares, como nunca antes se había visto en la ciudad de Buenos Aires.

El semanario *Caras y Caretas* fue siguiendo con interés los pormenores del conflicto a través de testimonios fotográficos y escritos. El 21 de septiembre, comenta en su Nº 468:

> Hasta los muchachos toman participación activa en la guerra al alquiler. Frente a los objetivos de nuestras máquinas, desfilaron cerca de trescientos niños y niñas de todas las edades, que recorrían las calles de la Boca en manifestación, levantando escobas "para barrer a los caseros". Cuando la manifestación llegaba a un conventillo recibía un nuevo

> contingente de muchachos, que se incorporaban a ella entre los aplausos del público.

Al comenzar octubre -pico de la protesta-, se conformó en Buenos Aires la Sociedad Corporación de Propietarios y Arrendatarios de la Capital. Sobre ella leemos en *La Prensa*: "En la comisión existe la firme idea de no aceptar en ninguna forma ni hacer concesiones a las pretensiones de los huelguistas, por cuanto se cree que éstas no pueden hacerse sin perjudicar los intereses de los propietarios" (*La Prensa*, 2 de octubre de 1907).

Por presión de los mismos dueños, comenzaron los primeros desalojos. Sin embargo, dentro de la propia justicia se oyeron voces en contrario, como la del Juez de Paz de la Sección 14, Dr. Eliseo Lestrade, cuya preocupación reproducía *La Vanguardia*: "El país necesita que su población no sea, por errores de la legislación, nómade; el país necesita, en el aluvión económico y étnico que ha roto los moldes de sus costumbres, que éstas se formen con el amparo a los hogares" (28/09/1907).

Conviene recordar que ya el diario *La Prensa* había realizado a comienzos de siglo una investigación sobre las condiciones de vida en los conventillos porteños, señalando entonces: "no se trata de simples problemas personales, sino sociales, en los que interviene en forma decidida y enérgica, una masa enorme de pueblo, en nombre de necesidades que afectan la vida de las familias" (21/07/1901).

La Iglesia, bajo los influjos de la encíclica papal *Rerum Novarum* también se mostró crítica frente a los desalojos y puso énfasis, como observa Yujnovsky (2004), "en el papel de inocencia y subordinación de niños y mujeres", situación que exacerbaba la necesidad de protección hacia ellos.

Mientras tanto, algunos desalojados acampaban en las plazas y en carros ofrecidos por el gremio de carreros, donde la FORA tenía considerable predicamento, lo que dio lugar a un intenso debate entre anarquistas y socialistas. Éstos últimos, partidarios de la construcción de viviendas cómodas y baratas para obreros, fustigaban duramente el espontaneísmo libertario:

> Acampar en las calles y plazas públicas puede parecer una idea muy ingeniosa a los líricos del movimiento social. Dormir bajo el techo de Dios, contemplar el vasto cielo azul, contar las estrellas y seguir el curso de la luna ha de ser muy práctico y bello. Así viven los beduinos en el desierto arábigo.

> Pero los vulgares mortales de las ciudades modernas prefieren dormir muy prosaicamente, bajo un cielo raso de yeso o bajo un techito de zinc (*La Vanguardia*, 24/11/1907).

Los anarquistas, en cambio, propiciaban la huelga con entusiasmo enfático. "¡Guerra sin cuartel a los bárbaros explotadores de la propiedad!" -rezaba una proclama de un ignoto Centro de Caballeros del Ideal (*La Protesta*, 6/10/1907). Acusaban a los socialistas de ser "moscas verdes del reformismo" que malograba "las tendencias radicales del pensamiento moderno" y se preguntaban: "Casas para obreros, ¿eh? ¿Y no sería más oportuno que los obreros pidieran o construyeran celdas para ladrones?" (*La Protesta*, 04/10/1907).

En tanto, los desalojos se tornaban cada vez más violentos, con la actuación del cuerpo de bomberos, la infantería y el escuadrón de seguridad de la Policía de la Capital, al mando del Coronel Ramón L. Falcón. El 22 de octubre, en un enfrentamiento a pedradas durante el lanzamiento del inquilinato de San Juan 677, cayó asesinado de un tiro en la frente el obrero baulero Miguel Pepe. Tenía 15 años, aunque otras versiones dicen 18.

Al día siguiente, nuevamente las mujeres ocuparon un lugar central en las calles, en el marco del cortejo fúnebre. El ataúd fue "conducido a pulso por ocho mujeres, que se turnaban de trecho en trecho con otras tantas. Seguían al féretro de ochocientas a mil mujeres, en su casi totalidad de quince a veinte años y todas moradoras de los conventillos en huelga" -informaba *El Tiempo* (24-10/1907).

El conflicto se sostuvo durante casi tres meses y finalmente fue decayendo. En algunos casos hubo acuerdo entre las partes; en otros, dominó la intransigencia y la represión acabó con la protesta. Ciertos líderes y activistas fueron detenidos y expulsados del país, al aplicárseles la Ley de Residencia[15] sancionada en 1902.

[15] Conocida como Ley Cané, por ser el texto de autoría del creador de *Juvenilia* cuando éste se desempeñaba como senador en 1899, la Ley 4.144 permitía la expulsión de los inmigrantes de modo sumario y sin juicio previo: "El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público" (Artículo 2º). Fue una herramienta eficaz dirigida contra los líderes de diversos movimientos sindicales y sociales. Su vigencia se mantuvo durante 56 años y fue derogada bajo la presidencia de Arturo Fondizi. Aun cuando ya han transcurrido más de 100 años de su puesta en vigor, no se conoce todavía el listado completo de los deportados, salvo algunos nombres aislados. Para un estudio en profundidad sobre el tema, y en conjunto con la Ley de Defensa Social de 1910 que prohibía el ingreso al país de inmigrantes anarquistas o socialistas y establecía la reclusión y hasta la pena de muerte por hechos vinculados a la huelga, el boicot o el atentado, cf. el estudio de Gabriela Costanzo (2009).

2.6. Sin voz

Sorprende que, pese a la activa participación de las mujeres no contemos con testimonios directos de las propias protagonistas. A través de las fotografías y los relatos de la prensa escrita sabemos que pusieron el cuerpo en la defensa de dignas condiciones de vida para ellas, sus hijos y todo el núcleo familiar (Cf. Anexo CD-1). Usaron como herramientas de visibilidad objetos fuertemente vinculados a sus prácticas cotidianas en el hogar: escobas, plumeros, baldes de agua. Sin embargo, qué pensaban, qué decían, qué emociones las embargaban, todo ello continúa siendo un misterio.

Esta ausencia de voz propia era una de las normas por entonces impuestas al género. A propósito, Amalia Palma, en su libro destinado a la educación femenina - aprobado por el Consejo Nacional de Educación de Buenos Aires y Córdoba- aconsejaba así al despertar el siglo:

> No provoques discusiones contrariando las órdenes de tu esposo, no lo desafíes con un "los dos somos iguales", ni menos pretendas que tu voto y voz vayan más allá de las suyas (sic); acostúmbrate cuando su voluntad esté en acción a reducir la tuya a la pasividad, más claramente, que cuando él *mande*, te quedes tranquila, sin pretender por la imposición desbaratar sus proyectos ([énfasis en el texto] 1903:19).

En el caso de las protagonistas de la huelga de inquilinos además, existe un agravante: son mujeres, pero también, son pobres. Doble marca que las condena -más que a otras- a la censura, a la coacción de su derecho a la palabra, a la ausencia de la primera persona.

Las universitarias, en cambio, tuvieron mejores chances. Los primeros encuentros sobre la cuestión de género -propiciados por Julieta Lanteri, Cecilia Grierson, Elvira Rawson, María Abella Ramírez, Elvira López, Carolina Muzzilli, Sara Justo y Alicia Moreau-, aún cuando exhibieran en algunos casos una fuerte impronta del maternalismo, permitieron nucleamientos e intercambios interesantísimos, que se expresaron luego en el Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina, proyectado en 1908 y concretado durante el Centenario[16].

[16] En las Bases y Programa del Congreso, se dice en su Art. 2º que uno de sus objetivos consiste en "vincular a las mujeres en torno a un pensamiento común: la educación e instrucción femeninas, la evolución de las ideas que fortifiquen su naturaleza física, eleven su pensamiento y su voluntad, en beneficio de la familia, para

No obstante, la lectura de las actas y ponencias allí presentadas dan cuenta de que la preocupación central de estas mujeres giraba en torno a las libertades civiles (derecho a ser sujeto de comercio sin la tutela marital o la cuestión del divorcio) y las libertades políticas (derecho al voto).[17] En los debates, podemos ver la alternancia de estos tópicos con otros menos impugnadores como "La influencia de la mujer en el destino del hombre y de las naciones", "El beso y el mate como vehículos de contagio" y otros francamente curiosos como "El bambú japonés como elemento de industria escolar" o "El ratón y el gato (cuento de crítica social)".

Sin voz propia entre las feministas, podría pensarse que estas mujeres "doblemente marcadas", habrían encontrado en el movimiento anarquista un espacio propicio para la expresión en primera persona. Sin embargo, los libertarios que participaron de la huelga, pese a sus proclamadas intenciones de construcción de una sociedad igualitaria, parecen haber sido muy sexistas respecto de sus compañeras. Sorprende, por ejemplo, la ausencia de mujeres jóvenes y adultas en la fotografía del Comité que iniciara la rebelión -precisamente cuando todo comenzó con la intransigencia de una planchadora (*Caras y Caretas*, 1907)-. No menos llamativas son sus proclamas apostrofando al "¡Pueblo viril!".

Figura 2.2. Fotografía de la Comisión huelguista del conventillo de Ituzaingó 255.S/datos de autor, *Caras y Caretas*, 25/08/1907.

mejoramiento de la sociedad y la perfección de la raza". *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina* (p. 29).

[17] La excepción fue Muzzilli, de origen extremadamente humilde, quien defendió las posturas más radicalizadas, en solitario.

Apenas dos meses antes del estallido del conflicto, *La Protesta* se quejaba de que las mujeres iban a las reuniones gremiales sólo cuando el programa incluía baile. "El resto de la velada obtiene poca, muy poca atención del elemento femenino, el cual, a cada instante demuestra un deseo grande e idéntico: que la orquesta haga oír los acordes voluptuosos del vals" (29/06/1907) -se lamentaba.

También en plena huelga, el mismo diario deslizaba su crítica solapada y sutil: "Pasada una hora de alegre bailoteo [en ocasión del festejo en un conventillo que había resistido el desalojo] la compañera María Collazo hizo uso de la palabra. (…) Sinceramente manifestamos nuestro regocijo al observar en el campo de combate a una mujer inteligente y entusiasta al par" (*La Protesta*, 12/11/1907). Sin embargo, pese a los elogios, el discurso de María no era reproducido por el periódico libertario.

Por su parte, un emprendimiento como *La Voz de la Mujer*, suelto nacido hacia fines del XIX bajo el lema "Ni Dios, ni patrón, ni marido", no puso sobrepasar los nueve números. Se estima que fue diseñado por dos o tres mujeres, entre ellas Virginia Bolten[18], quienes usaban variados seudónimos para simular una sala de redacción más concurrida. Es comprensible que, después de leer afirmaciones como la que sigue, buena parte de los hombres del movimiento les quitaran todo apoyo:

> Ya lo sabéis pues, vosotros, los que habláis de libertad y en el hogar queréis ser unos zares, y queréis conservar derecho de vida y muerte sobre cuanto os rodea, ya lo sabéis vosotros, los que os creéis muy por encima de nuestra condición, ya no os tendremos más miedo, ya no os admiraremos más, ya no obedeceremos ciega y tímidamente vuestras órdenes. (…) Ojo, pues, macaneadores, ojo, cangrejos.

[18] (San Luis c. 1870- Montevideo, Uruguay, c.1960). Obrera del calzado, conocida como la "Louise Michel rosarina", debido al ardor de su oratoria. Fue una de las organizadoras del acto del 1º de mayo de 1890 en Plaza López de la ciudad santafesina. Desafió a un debate público al director del diario *La República*, realizado en la Casa del Pueblo el 20 de enero de 1901 (*LPH*, Nº 108, 26/01/1901). Dictó numerosas conferencias (San Nicolás, Campana, Tandil, Mendoza, Zárate, Villa Constitución, Rafaela y Buenos Aires). Cuando a principios de 1904 Juan Bialet Massé recorría el país para confeccionar su *Informe sobre el estado de la clase obrera*, Bolten no pasó inadvertida: "Hay en Rosario una joven puntana de palabra enérgica y dominante que arrastra a las multitudes, más enérgica que Luisa Michel, tiene indudablemente mejores formas que ésta". En febrero de 1905 se le aplicó la Ley de Residencia y fue deportada a Montevideo, donde continuó con su militancia anarquista y feminista. Cf. Tarcus (2007: 77 y ss.).

> Si vosotros queréis ser libres, con mucha más razón nosotras; doblemente esclavas de la sociedad y del hombre, ya se acabó aquello de "Anarquía y Libertad" y las mujeres a fregar. ¡Salud! (*La Voz de la Mujer*, Año I, Nº 2, 31 de enero de 1896, facsímil en Molyneux y Feijóo, 1997).

En las antípodas estaba *La Voz de la Iglesia.* La institución católica venía desarrollando un intenso trabajo entre los sectores populares para el mejoramiento de su condición social.[19] El periódico nos muestra a mujeres padecientes, siempre descritas en tono y estilo pietistas. Son jóvenes o adultas, con nombre y apellido: "La hija mayor de Rinaldi enseñó un documento humano… En una de las camas, yacía enfermo un pobre niño, de mirada tierna y aspecto endeble. Su estado es grave y lo afirma un certificado médico, no era entonces posible proceder al lanzamiento" (Nº 7308, 1 de octubre de 1907). O bien: "Eran sólo dos piezas ocupadas por María López y once miembros de su familia" (*ibidem*).

El hecho de nombrarlas, le permite a *La Voz de la Iglesia* un doble juego: hablar de mujeres de carne y hueso, reales, tangibles, reconocibles, susceptibles de favorecer procesos de identificación. Por otra parte, al sacarlas del colectivo y ubicarlas en una dimensión puramente individual, potencia el valor de la caridad cristiana como respuesta a la desigualdad social.

2.7. Razones en juego

Aun sin un discurso en primera persona en la tribuna feminista, la barricada anarquista o el activismo católico, estas mujeres ocuparon un lugar protagónico en el conflicto. Sin remilgos, trasladaron a la calle la práctica cotidiana de la pelea por la subsistencia.

Al respecto, un testimonio interesante de esa experiencia de la lucha por el día a día, nos la brinda una estampa publicada en *La Protesta Humana* hacia fines del siglo XIX. En ella, se describe la estancia de un tal Jaime en un conventillo porteño, a poco de llegar al puerto. La vivacidad del cuadro amerita la extensión de la cita:

[19] Esta preocupación ya se advierte con la fundación del primer Círculo de Obreros Católicos en 1892, por el sacerdote alemán Federico Grotte, al influjo de la mencionada encíclica *Rerum Novarum*.

> [Al protagonista] le fue imposible, después de las seis, conciliar por más tiempo el sueño. Empezó por despertarle el basurero con los repetidos y fuertes golpes que dio en la puerta para llamar al patrón. Luego siguió la numerosa procesión de vendedores ambulantes, de esa pléyade de comerciantes de bolsillo disecado que andan por las calles pregonando a voz en grito las mercancías que llevan en las canastas, cuyo peso les encorvan. Todos se paraban en la puerta, *llamando con voz chillona a las marchantes y entablando con ellas tenaz regateo*.
>
> Todo esto, más el constante lloriqueo de la "gente menuda", convidaba a levantarse de la cama y salir a escape, como quien huye de la Cámara de diputados en día de sesión. En efecto, de las madrigueras de aquel asqueroso conventillo *comenzaban a salir "los hombres de mañana", completamente desnudos unos, cubiertos con pingajos otros, berreando todos y corriendo detrás de sus respectivas mamás…* Aquello era un infierno… - si es que el infierno es como cuentan (*La Protesta Humana*: Año 2, número 32. 01/04/1898) [énfasis nuestro].

Vemos aquí a las mujeres en su labor cotidiana: comienzan desde muy temprano a organizar la economía hogareña. Son "las marchantes", diestras en el regateo para parar la olla, entablando una de las experiencias de comunicación más habituales: la de la feria. Al respecto, advierte Entel (1994:21): "Es posible reunir e hilar un discurso constituido por palabras, movimientos, gestos, rituales de compra-venta peculiares, juegos de poder, cuya conjunción quiere decir algo en una comunidad determinada, en un espacio y un tiempo determinados".

La otra función femenina que esta estampa que venimos de citar privilegia es la del cuidado de los hijos: "berreando todos y corriendo detrás de sus respectivas mamás". De donde se desprende entonces que son dos los roles que definen a estas mujeres: la administración del consumo familiar y la atención de la prole, ambos muy presentes durante el conflicto.

Sobre el rol de ecónomas, conviene recordar que desde las páginas de *La Vanguardia*, el socialismo caracterizó el conflicto de 1907 –no sin objeciones- como una huelga de consumidores[20], caracterización que Suriano (1983) hace suya.

Respecto del otro rol impuesto por el género, el maternal, nunca dejó de ejercerse, aun en plena protesta; en ella la participación de los menores fue constante y permanente precisamente porque allí estaban sus madres. La respuesta femenina en defensa de un niño castigado por un propietario (dejarlo en cueros y arrojarlo así a la calle, según testimonia *La Protesta* del 12 de octubre) o como reacción ante el asesinato del joven Pepe (encabezar la marcha silenciosa cargando ellas mismas el féretro del adolescente –ancestral práctica masculina-), no hacen más que reafirmar el ejercicio del rol materno, aunque desde prácticas no habituales para el género. Como explica Butler "el género es una práctica de improvisación en un escenario constrictivo" (2001:35).

Ambas funciones: ecónomas y cuidadoras, no entraban en conflicto con la imagen hegemónica de la mujer de entonces y ésta es, a nuestro entender, la primordial razón de la casi unánime adhesión por ellas lograda. Hemos visto que los medios oficiales no condenaron -al menos no abiertamente- su presencia en el conflicto y en algunos casos, hasta percibimos muestras de simpatía. Esta visión contrasta con la atención y el tono dispensados hacia otras mujeres en situaciones de protesta, como se ve, por ejemplo, en el caso de la huelga de las lavanderas, registrada por *La Nación* en estos términos:

> Ayer a las 8 de la mañana una nueva manifestación de lavanderas (…) concurrió al lavadero, con el ánimo de provocar desorden. En número de cincuenta, más o menos, se establecieron frente al edificio, mientras una de las capitanas de la manifestación se dirigía hacia el interior (…) con el ánimo de sublevar a las que tranquilamente se entregaban a sus tareas. Las que se encontraban en la calle se desataron en gritos de protesta (…) acompañados por incoherencias imperdonables y cascotes, carozos de duraznos y la fruta misma eran arrojados violentamente al interior del edificio. Tuvo que intervenir la policía para disolver esta reunión hostil (*La Nación*, 18/01/1895).

[20] El periódico señala: "Los inquilinos son consumidores. Una huelga de consumidores es un contrasentido y un absurdo. Hagan acción cooperativa y política con la extensión e intención con que han hecho huelga y verán los resultados de tan fecunda obra" (*La Vanguardia*, 24 de noviembre de 1907, p. 1).

En este caso la condena es explícita, porque lo que *La Nación* ha visto allí, antes que mujeres, son sujetos del mundo del trabajo en abierta rebeldía. Si cotejamos ambos tratamientos periodísticos, entendemos hasta qué punto el imaginario de la madre fue decisivo para lograr el consenso generalizado. Cuando hablamos de imaginario nos referimos, siguiendo a Castoriadis (1993: 252), a ese "estructurante originario (…) fuente de lo que se da cada vez como sentido indiscutible e indiscutido, soporte de las articulaciones y de las distinciones de lo que importa y de lo que no importa" en una sociedad determinada.

Tal como resumiría poco después el periódico *La Semana*, para el orden establecido las mujeres podían convertirse en "el antídoto para los desmanes del gobierno callejero" y podían ser consideradas agentes importantes en su reclamo de "medidas positivas de regeneración y reforma social" (04/06/ 1909).

Mujer-madre, mujer-reina del hogar encajaban perfectamente en el estereotipo dominante. Permitían la empatía y la crítica hacia quienes –por avaricia y especulación- las empujaban a la calle, en defensa de la prole. Lo llamativo es que en ningún caso se dijera que estas mujeres de los conventillos de 1907 (nos preguntamos si el término "conventilleras" no surge precisamente por entonces), tenían también una inserción en el mundo laboral. Precaria, inestable o directamente invisible, aunque no menos real.

Nos lo dicen en primer lugar, los cuerpos retratados en las fotografías, considerablemente alejados de las exageradas estilizaciones que vemos en las figuras de la elite o de las capas medias, en quienes el uso del corsé, los vestidos de gasa y muselina, los sombreros con plumas, acentuaban la esbeltez como signo de distinción. En las mujeres del conventillo, por el contrario, percibimos cuerpos afectados por la producción, cubiertos por telas de entramado cerrado, durables, sin almidón, y de una holgura apropiada para el ejercicio de la fuerza laboral.

Estos testimonios sensibles se ven reforzados por los datos del Informe del Departamento Nacional del Trabajo, a raíz de un relevamiento realizado en 1911 en la ciudad de Buenos Aires sobre el empleo a domicilio. Predominan allí los oficios más variados, lo que nos habla de una especialización laboral muy diversificada y fina. Paradójicamente, el mismo organismo oficial puntualizaba dos años más tarde en el Art. 9° del *Reglamento del Trabajo de Mujeres y Niños*: "El trabajo que se cumpla en el hogar por miembros de la familia, bajo la

dirección del padre, madre o tutor, *no estará sometido a vigilancia o inspección*" [21] [énfasis nuestro].

Este trabajo a domicilio, "departamento exterior de la fábrica" (Del Valle Iberlucea, *La Vanguardia*, 16/07/1913), se realizaba generalmente en pésimas condiciones higiénicas y creaba jornadas máximas y salarios mínimos, con grave daño físico y económico. Precisamente, una de las ponencias del I Congreso Femenino, la de Alicia B. de Guillot, se hace eco del tema, aunque sin sobrepasar la mera formulación discursiva:

> Se vota y se aprueba sin discusión:
>
> El Congreso Femenino Internacional, considerando que el trabajo femenino peor retribuido y más extenuante para la mujer es el que realiza en su domicilio, hace votos porque las asociaciones femeninas se preocupen seriamente de esta cuestión, a fin de mejorar cuanto antes la situación de dichas obreras ([1910] 2008:302).

Lo cierto es que en la vivienda unifamiliar o en la pieza del conventillo, las mujeres se desempeñaban como "costureras, bordadoras, camiseras, corbateras, modistas, pantaloneras, sastres, sombrereras, paragüeras, corseteras, aparadoras, bolseras, gorreras y podríamos seguir enunciando" (Lobato; 2007: 60). A propósito, a comienzos del siglo XX "los talleres que abastecían al Ejército y la Marina daban trabajo a domicilio a más de 10.000 mujeres y en las grandes tiendas el trabajo a domicilio quintuplicaba o sextuplicaba al personal que trabajaba en sus plantas de producción" (Armus; 2007:195).

Esta condición de trabajadoras de muchas de las protagonistas nos habla de un estado de extrema vulnerabilidad: perder el cuarto del conventillo no sólo representaba la privación de la vivienda familiar; implicaba también la imposibilidad de sostener un espacio laboral que, en casos frecuentes, garantizaba el sustento cotidiano. Era mucho entonces lo que estaba en juego, lo que explicaría la invitación "a barrer a los caseros".

Lo más interesante es que esta experiencia de lucha callejera que, en los hechos, cuestionaba valores, conductas y prácticas instauradas para el género, se realizaba -como hemos visto-

[21] *Boletín Dirección Nacional del Trabajo*, Nº 25, diciembre 1913, p. 1028.

precisamente desde el interior del éste. "Los términos para designar el género nunca se establecen de una vez por todas, sino que están siempre en el proceso de estar siendo rehechos" - nos recuerda Butler (2006: 25)- muchas veces aún "sin saberlo y sin [intervención] de la propia voluntad". Ahora bien, esto no quiere decir que el género se imponga como un modo de coerción exterior. La pensadora californiana (2001), siguiendo a Foucault, sostiene que el poder no es sólo un modo de sometimiento externo, sino también de formación del sujeto. Éste se constituye - en términos psicológicos- en la tensión entre la subordinación y la paradojal posibilidad de su potencia. Esto explicaría por qué desde lo constrictivo del género, estas mujeres se permitieron prácticas de innovación y resistencia.

Pero hay además un último aspecto en el que quisiéramos detenernos un instante. Recordemos que durante el conflicto, a la exigencia de una rebaja sustancial en el monto de los alquileres, se sumaron luego otras demandas, vinculadas con las condiciones de salubridad de las casas de inquilinato. Este reclamo empalmaba –y muy a tono- con el discurso higienista imperante. Incluso los símbolos enarbolados por las mujeres en la protesta: escobas, estropajos, agua, venían a reforzarlo.

Ya *La Prensa* en 1887, con motivo de la organización del censo de la Capital, mostraba su preocupación por que los interrogatorios obtuvieran datos fidedignos de la población del conventillo, "cuando el cólera nos visita y arrecian la viruela, difteria y demás enfermedades infecciosas, que matan todos los días 10 y 20 personas en el municipio". Con sinceridad descarnada y casi brutal, el periódico explicaba:

> Y no llamamos en nuestro auxilio los sentimientos de humanidad y de patriotismo, no, invocamos los sentimientos egoístas de la propia conservación de cada uno. Los conventillos envían a la escuela primaria miles de niños que, bajo el techo de los espléndidos edificios escolares se confunden con los hijos de las familias más pudientes de la capital. ¿Se imaginan cuántas enfermedades llevan aquellos infelices a la escuela y las inoculan en sus inocentes compañeros? (*La Prensa*, 10/09/1887).

En definitiva, estas mujeres encarnaban de un modo intenso las figuras de la madre, la ecónoma y la higienista. A nuestro entender, tal encarnación fuerte permitió que el salto del patio a la calle se ganara algunas razonadas adhesiones desde el orden conservador y que la condena, desde ese mismo sector, se expresara en una tensión irresoluble y fluctuante entre la represión directa y el avenimiento reformista.

3. ILUMINISTAS Y LIBERTARIOS

¿Quién puede adivinar lo que produzca una chispa?

Alberto Ghiraldo, *Carne doliente*.

Acometer el estudio de otras voces que contemplaban una fiesta que les resultaba ajena, obliga a detenernos necesariamente en aquellos trabajadores y actores sociales que se sintieron identificados con las ideas anarquistas, de profunda inserción en la Argentina del Centenario. A su estudio se consigna el presente capítulo.

3.1. Inserciones

Esta corriente de pensamiento y sus implicancias han sido ya analizadas en un amplio corpus bibliográfico, que da sustento a dos posturas historiográficas de diverso acento: la clásica, que entiende al anarquismo como un movimiento exclusivamente obrero (Abad de Santillán, Varone) y una más reciente (Suriano, Barrancos) que le asigna a éste una base de sustentación más amplia, en función de prácticas y experiencias de otros sujetos sociales, como los soldados, las prostitutas, los habitantes de los conventillos, los marginales. Coincidimos con estos últimos autores en caracterizar al movimiento anarquista como un colectivo heterogéneo, sin dirección formal, en el que convivieron -no sin tensiones- diversas tendencias que tenían en común la negación del Estado, la religión, la patria y la representación parlamentaria.

Este ideario constituyó una importante apuesta a las utopías de fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX en nuestro país. Heredero de la tradición política radical de la Revolución Francesa, no pudo sin embargo, sustraerse a los postulados iluministas del progreso ininterrumpido al que adscribían también las elites gobernantes y cimentó una cultura que, aunque contestataria y refractaria de las ideas dominantes, resultó deudora de los ideales civilizatorios de la cultura oficial.

El caso de estudio que proponemos en este capítulo se circunscribe a los hechos acaecidos en torno al 1° de mayo de 1909. Integra una secuencia que se inicia con una conmemoración multitudinaria y se clausura con un atentado, describiendo una parábola que va desde el colectivo y las esperanzas compartidas hasta el individuo aislado, sujeto al empecinamiento de la propia voluntad y al imaginario de la víctima propiciatoria. En definitiva, expresa la tensión irresoluble entre comunidad y carga, que subyace en toda *communitas* (Espósito, 2003).

3.2. Las cuentas del pobre

Por aquellos años en la ciudad de Buenos Aires, los "sin pan y sin trabajo", muchos de ellos migrantes internos e inmigrantes externos, representaban casi el 30 por ciento de la población activa que el Censo de 1914 hacía figurar como "sin indicación de una profesión determinada y varias" (sic).

Quienes tenían empleo, en tanto, cumplían jornadas verdaderamente agotadoras de 14 horas diarias. Los dependientes de almacenes, tiendas, cafés o restaurantes, alcanzaban las 18 de manera informal, ya que a las tareas habituales se les sumaban "operaciones tales como limpieza y arreglo del negocio antes de abrir y el arqueo de caja, arreglo de mercaderías, rendiciones de cuenta, etc., una vez cerrado, lo que dura generalmente hasta después de medianoche" –detalla Storni para el año 1909 (en Del Campo; 1971: 35).

Entre los obreros, alrededor del 40 por ciento estaba sometido -por la misma época- al régimen de destajo. Las mujeres, en porcentaje harto mayor. En exigencia de horas de trabajo, los niños no se distinguían de los adultos, aunque sí en la paga. Un hombre ganaba 70 pesos mensuales. Una mujer, 2 pesos diarios en el semestre de mayor actividad y sólo 50 centavos cuando la producción decaía. Un menor, entre 6, 8 y 10 pesos por mes.

Por la misma época, el alquiler de un cuarto oscilaba entre 30 y 32 pesos en las parroquias de San Cristóbal o San Telmo; en Catedral al Sur y en El Socorro no se conseguía nada por menos de 45 (Páez, 1970:29). Proliferaban en los conventillos, como hemos visto, las enfermedades infectocontagiosas de la época: difteria, escarlatina, tuberculosis, a las que la política sanitaria oficial oponía intervenciones no sólo preventivas sino compulsivas.

El aislamiento y la internación eran resistidos por los sectores populares, quienes optaban por el encubrimiento de los síntomas de cualquier enfermedad, porque estaba en riesgo la pérdida de trabajo – por más precario que fuera – y la vivienda colectiva.

Cuidar la salud, en esas condiciones, no era sencillo. "El remedio más eficaz para la tos: *Seneguina*, sea en pastillas, sea en jarabe" se cotizaba a $ 1,05 - según una publicidad gráfica aparecida en *PBT* de 1907. Una costurera, por ejemplo, debía trabajar más de dos días en tiempos aciagos para comprobar las virtudes del jarabe.

Figura 3.1. Publicidad en *PBT,* 15 de septiembre de 1907 (p.11).

Sobre la dieta del pobre, atendiendo a los ingresos y las condiciones de precariedad de la vivienda y las posibilidades técnicas de su cocina, podemos suponer con Gutiérrez (1992, 42) que "el menú no podía ser sino poco variado: carne asada, puchero, guisos".

Dos testimonios de la época nos aportan información valiosa sobre las prácticas cotidianas de subsistencia. Uno es el de Milagros Soria, quien en 1945 recordaba así sus años de viudez temprana:

> Era en la esquina de Larrea y Santa Fe, donde tenía que ir desde la calle Lorea y Moreno, muchas veces caminando para ahorrarme los

> 10 centavos del tranvía, por ganar tan sólo un peso y veinte diarios, lo que era bastante poco para comer mis hijos y yo y pagar dos piecitas en la azotea de una casa de familia, donde tuvimos que reducirnos [en Pascucci, 2007: 116)].

El otro testimonio pertenece a Domingo Varone, quien evoca su infancia en estos términos:

> Vivíamos en una casa de la calle Los Patos, frente al barrio de las latas. Allí alquilábamos una pieza a una mujer conocida como Doña Francisca "la huesera". (…) Casi analfabeta, pero de carácter fuerte, había impuesto en su hogar una ruda disciplina. El marido, un obrero municipal, se limitaba a obedecer, igual que los hijos. Doña Francisca obligaba a éstos a recorrer los basurales y recolectar vidrios, huesos, metales. Cada uno de los pibes tenía que regresar a la casa con una carga determinada, y si no lo hacía, "la huesera" se enojaba y hasta lo podía dejar sin comer su ración diaria de fideos hervidos, que era el alimento fundamental de todos nosotros. A veces, entre fideo y fideo, llegaba un día en que comíamos carne o hígado.
>
> No eran pocos los muchachos del barrio que se dedicaban a cirujear revolviendo la basura que volcaban los carros de la municipalidad en las inmediaciones del barrio de las latas (2004:16).

Esta anécdota conmovedora, nos confirma las aseveraciones de Revel (2005:112) en cuanto a que "la mayoría de las veces, un objeto cultural no tiene una asignación simple sino que puede ser objeto en forma sucesiva o simultánea de formas de apropiaciones múltiples, concurrentes, eventualmente contradictorias". En efecto, continuando con las afirmaciones del autor, "lo popular se construye en un desvío (que puede ser impuesto, reivindicado o simplemente comprobado) de las reglas del juego". Así, la basura ajena se convertía en un "objeto inédito" a partir de la necesidad y la inventiva de quienes articulaban marginalmente su propia subsistencia.

A propósito, Enrique Dickman (1949: 41]) cuenta una situación reveladora, acaecida en el Teatro Doria el 1º de mayo de 1904, donde por entonces se habían dado cita unos cuatro o cinco mil desocupados. Tras una descripción - impregnada de naturalismo -de esa verdadera marea humana formada por "resignadas bestias de carga", el relato se centra en un hombre: el viejo Aimamí.

> Su aparición en el escenario hizo correr un estremecimiento extraño por el auditorio. Alto, flaco, de aspecto famélico, de rostro pálido y ojos negros, profundos y luminosos, velados por espesas cejas, parecía el espectro del Hambre, símbolo de la explotación del hombre por el hombre, y la encarnación de la protesta instintiva y embrionaria. Vino solo, con un estandarte que llevaba inscripta -con letras negras sobre un fondo blanco- la siguiente leyenda: *"Queremos la repartición de los sobrantes"*. *En la punta del asta del estandarte había clavado un pan* [énfasis nuestro].

A estos sujetos el movimiento anarquista intentaba ganar para su causa de una sociedad más justa e igualitaria.

3.3. Los sucesos

"Hoy tendrá lugar (…) el primer acto realizado de común acuerdo por todo el proletariado argentino, hecho éste que consideramos como la iniciación de una nueva era en la vida gremial del país" - escribía el 21 de mayo de 1905 un exultante Alberto Ghiraldo en *La Protesta*[22], diario clásico del anarquismo. En realidad, no se trataba más que de una expresión de buenos deseos: los intentos por unificar a socialistas y anarquistas en forma orgánica habrían de concluir en un estrepitoso fracaso. Las diferencias entre unos y otros se pondrían de manifiesto en más de una ocasión en estos primeros años del siglo XX.

[22] La longeva publicación anarquista, apareció por primera vez el 13 de junio de 1897 con el nombre de *La Protesta Humana*. Sus ediciones eran quincenales, convirtiéndose en diario el 1º de abril de 1904. En 1910 alcanzó un tiraje de 16.000 ejemplares por jornada. A partir de 1918 sumó un suplemento literario de 8 páginas en formato tabloide" -rememora Varone (2004:26).

Lo cierto es que el 1º de mayo de 1909, ambas agrupaciones políticas conmemoraban la jornada en forma separada, distanciadas por unas quince cuadras. Los anarquistas lo hacían en un espacio al que reconocían como propio: la Plaza Lorea; los socialistas convocaban a sus seguidores al Paseo de Julio (hoy Paseo Colón), detrás de la Casa Rosada.

Ya desde la mañana temprano podía advertirse el impacto que la fecha tenía en el usual ajetreo sabatino. Comentaba *La Argentina*[23] en su edición del día siguiente, domingo 2 de mayo:

> El movimiento de costumbre, en la metrópoli, podía comprobarse enormemente disminuido en lo que respecta al tráfico ordinario, y considerarse muerto totalmente el servicio comercial y de pasajeros, no pudiéndose advertir sino de casualidad y muy raramente, uno que otro vehículo de carga recorrer las vías del municipio, así como los carruajes acostumbrados, que parecían haber desaparecido casi por completo (p.1).

Con este panorama aquietado comenzaron ambos actos, luego de la hora del almuerzo (Cf. Anexo CD-1). En la Plaza Lorea, según consigna *La Argentina*: "A las 2.30 de la tarde se aglomeraba la muchedumbre, casi toda perteneciente a las organizaciones de la F.O.R.A. llevando sus banderas rojas con franja negra, distintivo de sus convicciones anarquistas, y dentro del mayor orden y tranquilidad" (*ibidem*).

A decir verdad, la convocatoria no resultaba demasiado numerosa: "Constituía este grupo de pueblo, un número no mayor de 500 personas, que se aprestaban a realizar el itinerario fijado" - agrega el periódico-. El clima imperante continuaba siendo pacífico: "De tiempo en tiempo, uno que otro trabajador alocucionaba a la muchedumbre, sin propósitos mayormente opresivos, relacionando su discurso con las proyecciones de la fecha obrera". No había además escenario preparado para la ocasión, ya que una vez concluidas las arengas de los

[23] Periódico fundado por Antonio Massiotti en noviembre de 1901, aunque su primer número conoció la luz el 1º de enero de 1902. Inicialmente tuvo una frecuencia bisemanal, pero siete años más tarde, próximo a la fecha de los sucesos, alcanzó las tres ediciones semanales, presentándose como el *Diario de la mañana, moderno, independiente e impersonal* (Badell y Gringauz, 2007).

espontáneos oradores, éstos descendían "de la improvisada tribuna (las columnas de la luz eléctrica del centro de la avenida), en medio de las aprobaciones populares" (*ibidem*).

Coincidía esta publicación con el testimonio del socialista Enrique Dickman (1949: 110), testigo del acto libertario:

> Cuando llegué a la Plaza Lorea un orador anarquista trepado en un farol dirigía la palabra a una multitud proletaria. (…) Era un hombre de pueblo, enjuto, pálido y mal nutrido, de abundante cabellera y barba, pobremente vestido y que lucía en su cuello una amplia y flotante corbata. Su voz de trueno conmovía profundamente a la muchedumbre que lo escuchaba y aplaudía. Era un espectáculo triste y doloroso que simbolizaba a lo más pobre y miserable del proletariado de Buenos Aires que por instinto o ignorancia militaba en el anarquismo.

La visión del tribuno socialista es la de un concernido espectador. No obstante, como sostiene Ginzburg (1981:14): "El hecho de que una fuente no sea ´objetiva` (pero tampoco un inventario lo es) no significa que sea inutilizable".

En ese clima de aparente tranquilidad, llamaba la atención al cronista de *La Argentina* la presencia de otro colectivo: "De un lado y otro del sitio de reunión, avanzando sobre la avenida Entre Ríos y reposando sobre la antigua caballeriza policial de la plaza Lorea, destacábase una desproporcionada cantidad de agentes, militarmente uniformados, llevando al cinto sus revólveres" . También Dickman resaltaba la desmesurada presencia policial: "A pocos pasos de la asamblea había apostada una enorme fuerza policial. Un centenar de soldados de la guardia de seguridad, montados en sus cabalgaduras, tenían aspecto y expresión imperturbable y firme, cual la máscara de la fatalidad. Otros tantos agentes de policía a pie". El testigo socialista descubre también que "algo más lejos, el jefe de policía, coronel Falcón en persona y su estado mayor contemplaban aquella reunión singular" (*op. cit*.:112). Recordemos que se trataba de la misma autoridad que dos años atrás había encabezado los desalojos de las casas de inquilinato con el triste saldo de la muerte de Miguel Pepe y era reconocido por la dureza extrema con que comandaba el accionar de la fuerza.

"Eran las 2.40 de la tarde, cuando la columna empezó a moverse hacia la avenida Entre Ríos lenta, perezosamente, sin adquirir las proporciones colosales de los años anteriores" -

explicaba *La Argentina* -. "Quinientas personas, 120 agentes de seguridad, podría ser un cálculo más o menos aproximado, y casi exacto" - cuantificaba el periódico.

Los hechos se desencadenaron bruscamente.

> La columna se puso en marcha por la Avenida de Mayo hacia el oeste, con una gran bandera roja a la cabeza. Detrás de ella se movió el escuadrón de la muerte. Apenas había dado un centenar de pasos cuando fui sorprendido por el ruido de una descarga y el grito de horror y de espanto de la muchedumbre, que huía en desbandada. El espectáculo que se desarrolló ante mi vista fue horrendo. Cien soldados de a caballo descargaban a mansalva sus armas sobre una muchedumbre enloquecida por el pánico. (…) Hombres, mujeres y niños huyeron por las calles laterales. Y frente al Congreso Nacional, entre Solís y Entre Ríos, sobre el pavimento de la avenida, quedó, entre charcos de sangre, un tendal de 14 muertos y 80 heridos (Dickman; 1949:113).

Así lo relataba *La Argentina*:

> Las 2.45… Se sienten, inesperadamente, en dirección de la avenida Entre Ríos, los primeros disparos… Luego el tiroteo es general, nutrido, disciplinado… La masa huye, amedrentada, sin atinar más que a buscar un refugio. De una acera y otra de la avenida, no se ven más que grandes charcos de sangre, cadáveres y heridos que solicitan auxilio… (p. 9)

Lo ocurrido en Plaza Lorea repercutió de inmediato en el acto socialista, como da cuenta Dickman:

> La trágica noticia fue llevada, con la velocidad del rayo, hasta el último barrio popular de la gran ciudad. (…) Mensajeros anónimos escapados de la Plaza Lorea llegaron antes que yo a las filas de la manifestación socialista y, agitando pañuelos empapados en sangre, clamaron venganza. Al instante todas las banderas y estandartes, que sumaban muchas docenas, se enlutaron con grandes crespones negros. Las diez bandas de música distribuidas a lo largo de las diez cuadras que ocupaba

> la manifestación tocaron marchas fúnebres. Y aquella enorme multitud desfiló por Buen Orden y Avenida de Mayo hasta la Plaza Colón, con la cabeza descubierta, con las banderas enlutadas, al son de marchas fúnebres, imponiendo recogimiento a la multitud que en ambas veredas formaba el desfile como un marco imponente. Quien haya presenciado y visto aquella extraña procesión de 20.000 hombres mudos, graves, enérgicos y solemnes, jamás la olvidará (*op. cit*.:114).

Los testimonios de testigos presenciales coinciden en condenar la desmesura policial y en responsabilizarla por los trágicos sucesos. Felipe Trujillo contaba haber visto a "un niño, como de 7 años, herido en una pierna, que se encontraba sentado en el umbral de una puerta, en compañía de una niña de corta edad, que parecía su hermana. El chico se había bajado la media y miraba con terror correr la sangre". José (de apellido ilegible) relataba cómo "un vigilante del escuadrón llevaba dos banderas rojas, y a uno que fue a reclamarlas le tiró un tiro que dio con él en tierra". Juan Sorá narraba su experiencia en la calle Victoria, entre Solís y Entre Ríos: "vi una ambulancia que traía un particular, muerto, al que los agentes de policía, haciendo detener el carro, lo sacaron para arrojarlo en la vereda. El muerto dio con la cabeza en el cordón". José Bao declaraba: "el primer herido que ayudé a transportar a la farmacia más próxima fue un joven que tendría 18 años de edad, a lo sumo". Dardo Eguren, tras mencionar el ataque de un agente dirigido contra "una niña de 16 años que llevaba un estandarte" comentaba: "Yo también protesté, recibiendo un tiro que me atravesó el sombrero, sin que felizmente me dañara".

Todas estas voces se dieron cita en la redacción de *La Argentina* y el diario las incorporó en una edición especial (p.9): "Vengo a protestar, señor, porque allí no se trataba de traidores, sino de una parte del pueblo que ejercitaba un derecho, de acuerdo a sus convicciones" - insistía José Bao. "Me parece que no era motivo para que se procediese con ese encarnizamiento que hiciera correr sangre en abundancia de un pueblo, repito, indefenso" - aclaraba Sorá. "La gente disparaba en todas direcciones, atropellándose, siendo perseguida hasta la calle Rivadavia por los agentes, que le tiraban de atrás" -testimoniaba Eguren. "Hemos sido tratados como si estuviéramos excluidos del derecho de gentes" - concluía Trujillo.

Esta edición de *La Argentina* se agotó muy rápidamente. "El público literalmente arrancaba los números de las manos de los vendedores. Tal fue la demanda, que ayer hubo que mantener en plena función las rotativas"- decía un artículo publicado al día siguiente (5ta. edición, 03/05/1909).

Dentro del campo periodístico, *La Razón*, tomó cierta distancia frente al accionar de los hombres de Falcón: "La acción policial debe ser exclusivamente preventiva y en el peor de los casos no debe pasar el límite de lo absolutamente necesario para contener cualquier desborde…" (4ª edición, 04/05/1909). Por su parte, *La Nación* aprovechó los sucesos para manifestar su crítica a la Intendencia: "La ciudad está purgando el pecado de tener, en lo policial como en lo municipal –dos fases igualmente importantes de la vida urbana- autoridades que no le inspiran afecto y que le merecen poca confianza. Productos de la política, se ocupan demasiado de política y desatienden la función primordial de identificarse con la masa de los administrados" (04/05/1909).

Como respuesta a lo ocurrido en la Plaza Lorea, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) declaró al día siguiente la huelga general por tiempo indeterminado. En su proclama instaba: "¡Todos como un solo hombre abandonemos el trabajo! Desde el lunes 3, trabajadores. ¡Viva la huelga general! ¡Abajo las hordas policíacas, asesinas de ancianos y de criaturas!" (en Abad de Santillán; 2005:187).

La socialista Unión General de Trabajadores (UGT) se sumó a la medida de fuerza y ambas entidades firmaron un manifiesto en el que exhortaban: "¡Y bien, camaradas, por favor no haya miedo! (…) ¡Persistamos en nuestra jornada marchando sobre los cadáveres y la sangre de los nuestros! ¡Por nuestra dignidad y nuestro porvenir!" (*ibidem*).

Un día después, el martes 4 de mayo, el Comité de Huelga denunció que "Las hordas policiales, apostadas en la comisaría 21, sorprendieron al cortejo [de los muertos de Plaza Lorea] hacia la Chacarita, con nuevas descargas de fusilería y nuevas cargas de caballería" (en Abad de Santillán, 2005: 189). La represión tuvo lugar en Thames y Triunvirato, cuando las autoridades "se negaran a entregar los cadáveres a la masiva comitiva allí reunida, que oscilaba entre 50.000 y 80.000 personas" (Badell y Gringauz, 2007).

3.4. Tres tendencias

Mientras tanto la medida de fuerza, que contaba con un alto acatamiento nacional, impactó profundamente en el ámbito porteño. Según *La Argentina*: "Las mujeres y los niños, excepto los de la clase obrera, brillaban por su ausencia en los tranvías y sitios de tránsito público, viéndose en cambio a muchas familias asomadas a los balcones, como único lugar seguro de expectación" (3ª edición, 06/05/1909). *La Nación*, por su parte, tomaba distancia de la medida de fuerza aunque desaprobaba el accionar de las fuerzas de Falcón:

> Así como la población de la ciudad, que detesta la plaga del anarquismo, tuvo un solo estremecimiento de repulsión al saber el ensañamiento sangriento con que fueron reprimidos los desmanes seudo-anarquistas del 1º de mayo, así también la masa de habitantes de esta gran metrópoli va opinando con rara unanimidad que el paro ocasionado por aquellos sucesos no debe ni puede prolongarse un día más (*La Nación*, 06/05/1909).

La Protesta festejaba: "La ciudad de Buenos Aires está totalmente paralizada; en sus calles no se ve ni un carro, ni un coche, ni un automóvil. Los tranvías no circulan con mucha regularidad" (05/05/1909). En la página siguiente, otro cronista exhortaba:

> No es con gritos, ni con protestas, ni con alharacas con que se triunfa: ¡es con acción! (…) Obremos todos y en cualquier forma con procedimientos expeditivos y procuremos accionar en la sombra como ellos. (…) Los rieles de los tranvías no están reñidos con trozos de hierro o bolones de ídem que desvían su curso. ¿Y los hilos de los teléfonos? ¡Cuán frágiles! ¿Y una mecha en una estiba? ¿Y un cambio mal dado? Que cada uno obre rápidamente y en bien colectivo. El triunfo será nuestro. Nada de contemplaciones. Si así fuera, mañana será tarde. Al hierro se le dobla en caliente.

El día 7 se produjo un nuevo hecho disruptivo: el estallido de una bomba en un tranvía. *La Nación* publicó una enérgica condena: "Todas las clases sociales confundieron en un solo gesto vindicatorio, en una sola palabra justiciera, la reprobación del hecho. No hay palabras suficientemente enérgicas para condenar este crimen, verdadera manifestación del odio humano sin término ni objetivo" (08/05/1909). *La Razón*, a su vez, se mostró sorprendida: "Fruto extraño en absoluto al ambiente argentino, el fermento generador de estos crímenes, no lo había concebido Buenos Aires como expresión de las ideas sociales más avanzadas que aquí se agitan y propagan" (3ª edición, 08/05/1909). Y *La Protesta* apenas mencionó el hecho en su edición del 8 de mayo. Al día siguiente, sin embargo, afirmaba: "Nosotros lamentamos las víctimas inocentes, deseamos que si ha de haber bombas, bueno es que caigan sobre las cabezas de los verdaderos culpables y no de infelices. Y no obstante ello, ¡no podemos ni condenar ni aprobar el hecho de anteayer!" (09/05/1909).

El domingo 9, el Comité de Huelga decidió en asamblea levantar la medida de fuerza. Algunas de las exigencias planteadas durante esos días de mayo, conocidos luego bajo la denominación de la "Semana Roja", como la liberación de los detenidos o la reapertura de los locales partidarios fueron satisfechas. Otras, como la sanción o cesantía a los responsables de la sangrienta represión, no.

Seis mese más tarde, un muchacho de 17 años que había asistido a aquel acto del 1º de mayo, obsesionado con la venganza contra el coronel Falcón, preparó un artefacto explosivo casero y lo arrojó dentro del vehículo donde viajaba el Jefe de Policía, provocándole la muerte a él y a su secretario privado, Alberto Lartigau (Cf. Anexo CD-1). El joven se llamaba Simón Radowitzky, había sido hasta entonces un anónimo inmigrante ucraniano, herrero de profesión.

Esa misma noche, 14 de noviembre de 1909, se despertó la reacción contra el anarquismo. Según evocaba *Ideas y Figuras*:

> Un grupo compuesto por empleados de policía disfrazados de ciudadanos libres asaltó el local donde está instalada la redacción e imprenta del diario *La Protesta*, destruyendo máquinas, empastando tipos, secuestrando correspondencia y maltratando a tres personas que

> permanecían en la casa. La noche siguiente, el mismo grupo amparado por las sombras, llevó un ataque al local de la FORA, cometiendo allí toda clase de atrocidades. La misma noche del 15 fue atropellado el local que ocupaba la Sociedad Conductores de Carros, a una cuadra de la comisaría 26ª, donde hicieron pedazos los muebles y quemaron en medio de la calle la biblioteca social (*Ideas y Figuras,* 11/01/1910).

Los sucesos que venimos de exponer dan cuenta de la convivencia de tres tendencias distintas en el interior del movimiento anarquista. En primer lugar, la sindicalista, articulada exclusivamente en torno a las formaciones obreras y en desmedro de la incorporación de otros sectores sociales. Estuvo claramente representada en la FORA, las negociaciones con la socialista UGT, sus proclamas y su herramienta central: la huelga general.

Una segunda tendencia propiciaba la ampliación de la base social del anarquismo, más allá de los sindicatos. Trabajaba por la difusión del ideario libertario y hacía una apuesta educadora y doctrinaria. Se hizo manifiesta en las movilizaciones de la Semana Roja, los cortejos fúnebres y también en la prensa contestataria.

Una tercera tendencia promovía el ejercicio directo de la violencia individual como acción inmediata. Descreía, por lo general, de la organización sindical y se declaraba impaciente para la espera de conductas insurreccionales generalizadas. Tuvo su expresión en el atentado al tranvía del 7 de mayo y en el asesinato de Falcón y Lartigau del 14 de noviembre.

3.5. La cultura anarquista

Hay algunos elementos, presentes en los hechos que venimos de sintetizar, en los que deseamos detenernos, en tanto y en cuanto nos han de permitir una reflexión sobre la cultura anarquista. Tales elementos son: la elección de la fecha; los rasgos de la celebración; los emblemas identitarios; la prensa escrita; los rituales mortuorios. Veamos cada uno de ellos en particular.

3.5.1. La elección de la fecha

Destacamos en primer término la fecha de inicio de la "Semana Roja" y su valor simbólico: 1º de Mayo. Su instauración estuvo ligada al nacimiento de la II Internacional, en cuyo primer Congreso (París, 1889) se votó la moción de "organizar en todas ciudades del mundo una jornada en la que los trabajadores intimen a los poderes públicos" (Abad de Santillán, 2005: 98).

En Buenos Aires, ya a partir de 1890 habían comenzado a organizarse las primeras conmemoraciones, siempre en locales a puertas cerradas. En 1900 los grupos libertarios ganaron la escena pública en su primer acto en espacio abierto: la plaza Rodríguez Peña, en la que los socialistas impidieron la palabra a los anarquistas, por temor a posibles desbordes.

Al año siguiente, éstos convocaron a la plaza Lorea y de ahí en más, ése habría de ser su espacio de convocatoria masiva, en más de una ocasión celebrada con un importante despliegue visual y escenográfico. Suriano (2001:305) da cuenta de dichas representaciones a través de mujeres ataviadas según la iconografía de la Revolución Francesa, entre aquellas merece citarse la de un simulacro de asalto a la Bastilla hacia donde confluían columnas desde los cuatro puntos cardinales. Las imágenes residuales de 1789 devenían así en emergentes (Williams, 1980) del Buenos Aires anarquista de comienzos del XX, quizás porque "Marianne, la emblemática mujer representativa de la libertad burguesa también representaba la libertad humana y, obviamente, la libertad del proletariado. Su valor era universal y alcanzaba a todos los trabajadores, incluidos los argentinos" (Suriano, *ibidem*).

Otro ejemplo de la reapropiación de elementos del pasado se hace visible en la creación de los almanaques populares. De carácter laico, estas publicaciones no negaban el calendario gregoriano, ni contravenían los ciclos de la naturaleza, pero incorporaban sus propias fechas vinculadas a las ideas libertarias, instaurándolas como celebraciones alternativas.

En nuestro país, el primero de esos anuarios que homenajeaba a héroes y luchadores universales apareció en 1894, realizado en la Imprenta Elzeviriana. Se trataba del *Almanaque Popular*, editado por *La Questione Sociale*, periódico bilingüe (italiano-español). En él "no se menciona ningún santo, sino grandes hechos, acontecimientos notables, descubrimientos e invenciones y los nombres de los hombres que por sus virtudes y talento han sabido conquistarse la simpatía y la estima de todos los pueblos". Claro ejemplo de la Modernidad,

de cómo "el futuro se manifiesta en forma de historia" (Heller, 1987: 7), allí quedaban inscriptos el día del nacimiento o muerte de figuras como Proudhon, Fourier, Marx, Bakunin o Saint Simon, pero también la quema en la hoguera de Giordano Bruno, el natalicio de Luis XIV de Francia como "el tipo más repugnante de la realeza" o el de Cervantes, "paradigma del talento y del genio universales". Se evidencia aquí, al igual que en otras prácticas y valores de la cultura anarquista - como veremos de inmediato- una interesante apropiación del tronco filosófico de la Modernidad: el Racionalismo y la Ilustración.

3.5.2. Los rasgos de la celebración

El día más relevante de estos calendarios era, indudablemente, el 1º de mayo. La FORA lo caracterizaba como "fecha de duelo y reivindicaciones para las clases trabajadoras". Más aún, en 1901, al plantearse en su seno una acalorada discusión sobre si era "de fiesta o de huelga", la central obrera aprobó mayoritariamente -en respuesta implícita a los socialistas- la moción de que "este día es de abandono general del trabajo, de protesta contra la explotación y de afirmación solemne de las reivindicaciones del proletariado" (Abad de Santillán, *ídem*: 99). En definitiva, para los anarquistas, ni la diversión ni el descanso estaban contemplados en lo que debía ser una jornada emblemática de lucha.

No quiere decir esto que el ideario libertario desdeñara la fiesta, a la que prestó especial atención por tratarse de un espacio privilegiado de disputa hegemónica al orden imperante. Tal "acontecimiento que da lugar a un corte en el fluir temporal" (Entel: 1994) asumía dos formas: a techo cubierto (en teatros y recintos como el *Doria*, el *Verdi*, la *Casa Suiza*, el salón de *Unione e Benevolenza*) o al aire libre.

En ámbitos cerrados esas reuniones recibían el nombre de veladas e incluían conferencias, teatro, música, canto y hasta declamación, como se ve en programas e invitaciones (Cf. Anexo CD-1). Era frecuente que los menores ("la niñita Bongiorno", "el niño Reyes" o "la compañerita Fernández") practicaran vehementemente allí el ejercicio del recitado.

El propósito de estas veladas culturales era el de sacar a "mucha gente de los cafés, de los prostíbulos, de los despachos de bebidas", sostenía *La Protesta* (20/02/1909). El periódico

recomendaba especialmente su realización frecuente, "porque libraría a muchos del aburrimiento". Esta apuesta programática coincidía con las recomendaciones de austeridad propiciadas por puritanos, reformistas y católicos sociales. Es cierto que mientras estos últimos pensaban en trabajadores sanos y disciplinados para que se integraran al mundo de la producción, los anarquistas confiaban en que tales prácticas contribuirían a forjar el perfil de luchadores requeridos para hacer realidad la emancipación social.

Sin embargo, por más variados que fueran los programas en ámbitos cerrados, las multitudes preferían las propuestas al aire libre, intuyendo quizás aquello de que "Libertad organizada es libertad obligatoria", en reflexión de Adorno (1993:57).

Ya hacia fines del XIX, funcionarios estatales, médicos y católicos sociales apelaban al paseo y a la diversión en parques y plazas públicas, como un modo de compensación ante la falta de luz y de aire en las viviendas. Como ya hemos señalado, el anarquismo adscribió a los postulados del discurso higienista y, en esa línea de pensamiento, propició la realización de los picnics y encuentros masivos al aire libre.

A propósito de estas fiestas al aire libre, resulta interesante esta exhortación realizada por *La Protesta* (en Bayer (2007: 32):

> El picnic del domingo: la mala costumbre de hacer disparos de armas de fuego en el bosque de la isla Maciel durante el día y sobre todo al oscurecer, mientras se realizan los pic-nics de *La Protesta* acarrea serios peligros y siembra la alarma entre las familias que concurren al que para los anarquistas debe ser un lugar de sana reunión y franca camaradería. Hemos recibido varias quejas de concurrentes al último picnic e incluso de un pescador que tiene su domicilio en aquel lugar, que estuvieron expuestos a recibir una bala perdida durante uno de los tantos tiroteos. Es necesario que los compañeros eviten que se hagan disparos de revólver en el bosque y que llamen la atención a los aficionados a darle al gatillo, pues se siembra la alarma entre las familias que concurren a nuestros pic-nics y el día menos pensado puede ocurrir una desgracia. Se demuestra *una absoluta falta de cultura* con esos juegos peligrosos y corresponde a los anarquistas velar por el normal desarrollo de nuestros actos y sobre todo por la seguridad de todos los que nos dan pruebas

> de confianza concurriendo a los mismos. Recomendamos pues a los camaradas que no hagan disparos de armas de fuego en nuestros pic-nics y que traten de evitar que lo hagan aquellos concurrentes que no estén en condiciones de leer esta recomendación [énfasis nuestro].

Textos como éste ponen en evidencia que la concepción de cultura que sustenta el pensamiento libertario estaba asociada a la idea de civilización. Williams (1980:25) nos recuerda que ambos términos ya resultan intercambiables durante las postrimerías del siglo XVIII, momento en que "la cultura era entonces la secularización, a la vez que la liberalización de las formas metafísicas primitivas".

Con estas fiestas el anarquismo intentaba transformar los gustos populares, más proclives a entretenimientos como el carnaval, el circo, la lucha o las manifestaciones criollistas, a las que consideraba meras distracciones de la tarea revolucionaria.

3.5.3. Emblemas identitarios

Dickman en su relato sobre los sucesos del 1º de mayo en la Plaza Lorea, se refiere a la presencia de "una gran bandera roja a la cabeza" de la manifestación. *La Argentina* en su crónica también alude a las "banderas rojas con franja negra, distintivo de sus convicciones anarquistas".

Toda manifestación libertaria portaba el estandarte bermellón como inequívoca señal de identificación. Mientras en Europa el color del anarquismo, a partir de la escisión de los marxistas, fue especialmente el negro[24], en nuestro país los emblemas ácratas mantuvieron el rojo tradicional, a veces combinándolo con el negro. Ya en 1904, *La Nación* certificaba esta conjunción cromática del anarquismo local: "La manifestación quedó organizada con varias sociedades de la Federación Obrera Argentina: la de zapateros, mecánicos, albañiles, sombrereros, artes gráficas, peluqueros, etc. Todos estos grupos llevaban la *infaltable bandera roja con franja o crespón negro*" (02/05/1904 [énfasis nuestro]).

[24] Recuérdese para el caso la fundación del grupo londinense Black Internacional en 1881, el periódico Le Drapeau Noir en Francia en 1881, y el denominado popularmente Ejército Negro de los anarquistas ucranianos durante la Revolución Rusa.

Los colores emblemáticos de la pasión y el duelo delimitaban un espacio identitario, en franca oposición al Estado Nacional, que en esos años intensificaba la práctica de una liturgia pedagógica basada en ceremonias diarias de saludo a la bandera, izamiento y arriamiento, y un sinfín de himnos, marchas y cantos patrióticos en los actos escolares, como veremos luego.

Evidentemente las enseñas rojinegras confrontaban con la insignia patria. Por eso en 1905 el gobierno nacional prohibió el uso de aquéllas en los actos del 1º de mayo. No obstante, en claro desafío, los asistentes desoyeron la normativa y terminaron por hacer del acompañamiento de sus banderas una práctica habitual. Como explica Hall (2003: 18-19), "las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella" y "sólo pueden construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su *afuera constitutivo* [énfasis en el texto]". Si el ideario anarquista perseguía la supresión del Estado, resultaba necesaria la demarcación del límite y la construcción, desde la exclusión, de un símbolo propio.

Esta construcción no supone la negación de las subjetividades. Domingo Varone trae a propósito, una anécdota de ese 1º de mayo de 1909:

> En casa se vivía esa conmoción y yo, que tenía 9 años, escuchaba los comentarios de los mayores sobre la ferocidad policial, los obreros muertos y las mujeres apaleadas, y me indignaba hasta sentir que las lágrimas me subían a los ojos. En uno de esos días vi llegar al socio de mi tío con un envoltorio apretado sobre su pecho. El paquete estaba hecho con hojas del diario *La Prensa* y después supe, porque la vi, que se trataba de una bandera roja. Me llamó la atención el estado de ánimo del portador, y escuché que contaba que venía de participar en una manifestación que había sido disuelta a tiros por la policía (2004: 13).

La situación narrada resalta el ocultamiento de la bandera roja, emblema identitario del anarquismo, nada menos que con un diario paradigmático del orden dominante: *La Prensa*. A nuestro entender, encierra en sí misma toda una metáfora de los procedimientos con los cuales el anarquismo intentó construir una cultura contrahegemónica. La envoltura, las formas, pertenecían a la cultura oficial; su contenido, no.

Esta anécdota además, resulta ilustrativa acerca de lo que Butler (2003: 105), a propósito de los límites de la política identitaria, señala sobre "la sedimentación del `nosotros´ en la constitución de cualquier yo". En efecto, salvar esa bandera en medio de la corrida de la multitud, representaba para ese hombre evocado por Varone, salvar un colectivo de fidelidades, de pertenencia y de identificaciones. Y si bien es cierto que tales identificaciones pertenecen al orden de lo imaginario y - como tales- nunca se construyen de manera definitiva, actúan como "estructurantes de la alteridad en la formulación misma del yo".

Ahora bien, si las banderas eran símbolo de identificación anarquista, también lo eran los himnos, cánticos y canciones. Suriano, Bayer, Varone y también Páez coinciden en que toda convocatoria anarquista solía comenzar con las estrofas de *Hijos del Pueblo* (Cf. Anexo CD-1):

> Hijos del pueblo, te oprimen cadenas
> y esa injusticia no puede seguir;
> si tu existencia es un mundo de penas
> antes esclavo prefieres morir.

Los asistentes entonaban este himno de pie, con gran solemnidad y el puño cerrado en alto, acompañados generalmente por bandas que reforzaban la representación emocional y colectiva. A ellas se refiere con naturalidad Dickman, cuando alude a "Las diez bandas de música distribuidas a lo largo de las diez cuadras que ocupaba la manifestación tocaron marchas fúnebres".

Otros himnos igualmente celebrados eran *La Internacional*, *De los Trabajadores* y -generalmente en las veladas- otros como *La Marsellesa*, *Il Canto dei Lavoratori* o *Il Canto dei Ribelli*.

Un párrafo aparte merece la versión libertaria del Himno Nacional Argentino, que respetaba música y métrica, aunque alteraba la letra, acorde con las ideas del movimiento. Más que un compromiso entre conjuntos diferentes, como sucede en la cultura popular (Revel; 2005), se pone en evidencia aquí un uso alternativo y contracultural. Aquí, su letra:

> Oíd, mortales, el grito sagrado
> de Anarquía y Solidaridad.

Oíd el ruido de bombas que estallan
en defensa de la Libertad.

El obrero que sufre proclama
la anarquía del mundo a través,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido el burgués.

De los nuevos mártires, la gloria
sus verdugos osan envidiar,
la grandeza que anida en sus pechos,
sus palabras hicieron temblar.

Al lamento del niño que grita:
-Dame pan, dame pan, dame pan,
le contesta la tierra temblando,
arrojando su lava el volcán.

Desde un polo hasta el otro resuena
este grito que al burgués aterra.
Y los niños repiten en coro:
- Nuestra patria, burgués, es la tierra.

¡Viva, viva la Anarquía!
No más el yugo sufrir.
¡Coronados de gloria, vivamos
o juremos con gloria morir! (En Bayer, 2007:99)

En cuanto a las formas musicales, el patrón épico del anarquismo se acercó al modelo europeo vigente, propio de la cultura letrada. Tales apropiaciones eran efectuadas por intelectuales libertarios, aunque justo es señalar que entonces la ópera (Puccini y Verdi, especialmente) era del gusto de los inmigrantes más humildes, adscribieran o no a los ideales del anarquismo. El movimiento fomentó la creación de bandas y orfeones musicales, intérpretes necesarios de sus himnos y marchas, tanto en las veladas culturales como en los mitines políticos[25].

[25] Una orquesta particularmente célebre fue el *Orfeón Libertario*, de renombrada actuación entre 1904 y 1910.

Esas formaciones artísticas incursionaron igualmente en otros géneros populares como valses, pasodobles y polkas, que conformaron el repertorio destinado a los bailes familiares. Asimismo, ensayaron la reformulación de tangos y milongas que, según los catálogos de la Librería Sociológica – entidad anarquista encargada de la venta de libros del pensamiento libertario –, tuvieron excelente aceptación en sectores más amplios. El tango en ambientes prominentemente urbanos y la milonga con anclaje también en zonas rurales, permitían fácilmente la adaptación de las letras que, en lenguaje sencillo, interpelaban a los sectores populares. Un ejemplo que también debemos a Bayer (2007:99):

Somos los que aborrecemos
A todos los militares
Por ser todos criminales
Defensores del burgués.
Porque asesinan al pueblo
Sin fijarse de antemano
Que asesinan sus hermanos,
Padres e hijos tal vez.

Somos los que despreciamos
Las religiones farsantes
Por ser ellas las causantes
De la ignorancia mundial:
Sus ministros son ladrones,
Sus dioses una mentira
Y todos comen de arriba
En nombre de su moral.

Somos por fin los soldados
De la preciosa Anarquía
Y luchamos noche y día
Por su pronta aparición;
Somos los que sin descanso
Entre las masas obreras
Propagamos por doquiera
La Social Revolución

Hasta aquí la música, a la que el anarquismo prestó especial atención, por tratarse de un vehículo de difusión de ideas de gran alcance para todos: analfabetos y alfabetizados. Para estos últimos, además desarrolló una prensa poderosa, adecuada para la agitación política.

3.5.4. La prensa

A excepción de *La Protesta*, fundada y dirigida inicialmente por el ebanista catalán Gregorio Inglan Lafarga, la mayoría de las publicaciones tuvieron vida efímera por razones económicas, por la vigilancia estatal represiva, pero también por propias desavenencias internas. Algunos de los títulos más conocidos fueron: *La Revolución Social*, *Germinal*, *La Questione Sociale* (revista mensual), *Venti Settembri* (semanario de continuada aparición), *La Miseria*, *La Voz de Ravachol*[26], *Caserio*[27], *Ni Dios ni Amo*, *La Expansión Individual*, *La Autonomía*, *El Ideal Anarquista*, *El Escalpelo*, *Lavoriamo*, *La Riscossa*, *Le Cyclone*, *La Verdad de Rosario*, *El Revolucionario de Barracas*, *La Fuerza de la Razón de Chivilcoy*, etc.

Estos periódicos se costeaban mediante contribuciones voluntarias publicadas luego en forma de listas, en las que figuraban el monto del aporte realizado y el seudónimo de cada donante. Estas son algunas identificaciones manifiestas[28]:

El compañero leal	$ 0,20
Muera mi patrón	$ 0,10
Albañil sin casa	$ 0,20
Para destruir	$ 0,15
Al grito de uno, procedan todos	$ 0,10
En las armerías hay armas	$ 0,20
Morte ai pretti	$ 0,05
Un sin patria	$ 0,25
Reviente Roca	$ 0,15
De cada iglesia una escuela	$ 0,20
Zapatero descalzo	$ 0,10
Los últimos 10 que me quedan	$ 0,10

[26] Famoso terrorista francés ejecutado en 1892.
[27] Anarquista italiano que mató al presidente de Francia, Sadi Carnot, en 1894.
[28] Del Campo, H. (1971: 45).

Nos resulta pertinente señalar que tales identificaciones parecen vincularse con las tres tendencias, ya señaladas, que convivieron en el anarquismo. Identificaciones como *De cada iglesia una escuela* o *El compañero leal* se relacionan con la tendencia educadora. *Zapatero descalzo* o *Albañil sin casa*, en cambio, se ligan estrechamente a la inserción obrera y al mundo del trabajo. Finalmente, *Morte ai pretti* o *En las armerías hay armas* se inscriben en la corriente que cultivaba el ejercicio de la violencia revolucionaria.

3.5.5. Los rituales mortuorios

Constituyen otro tópico insoslayable a la hora de pensar la cultura anarquista. El entierro adquirió, como ocurría siempre con el de cualquier mártir libertario, características de interpelación. Recordemos que durante la "Semana Roja", extensos y multitudinarios cortejos acompañaron a los mártires hacia la sepultura, con cánticos, gritos y silencios (Cf. nexo CD-1). La respuesta a esta forma de protesta fue la represión desatada en Thames y Triunvirato, el día 5 de mayo.

A propósito, Losada (2008) sostiene que hacia 1880 las exequias en la alta sociedad porteña eran aún bastante austeras, pero que hacia el 900 se convirtieron en un indicador del *status* personal y familiar. La jerarquía del muerto y hasta el grado de dolor de la familia se calculaba por el número de coches que seguían al carro fúnebre. El anarquismo, atento al modelo dominante para hacer de él su contrarréplica, reemplazaba el desfile mortuorio de las carrozas de la oligarquía, por la procesión a pie que enrostraba el crimen. El cortejo se apropiaba así del espacio público convirtiéndolo en espacio político y mientras sometía el féretro a la consideración de todos, obligaba a la policía a un juego permanente de desplazamientos y expectación.

Por eso las autoridades no oponían reparo alguno a los velorios a puertas cerradas, pero sí a las ceremonias abiertas. En muchos casos, ganándole de mano a la colecta solidaria organizada por los círculos anarquistas para costear el entierro, la policía se adueñaba del cadáver y lo sepultaba en una fosa común. Gilemon (en Del Campo; 1971:89-90) da detalles de las estrategias desarrolladas para evitar que el cuerpo cayera en manos del Estado. Un ejemplo, correspondiente al 1º de mayo de 1904:

> [A partir de la represión policial, en plena manifestación] Un grupo de trabajadores coloca en una escalera un cadáver y se lo lleva, pasando por la Avenida de Mayo, al local de *La Protesta* primero y al de la Federación después. Los trabajadores custodian aquel cuerpo revólver en mano, y tras ellos, a paso lento, va un piquete de agentes de policía, sin intentar despojarlos del lúgubre trofeo.

Ese cuerpo disputado es el cuerpo del delito cometido por el Estado y por eso se esconde. Observa Suriano (2001:311): "Durante los días posteriores al entierro, las instituciones revolucionarias decretaban un período de duelo durante el cual las banderas de la Federación Obrera Argentina o del periódico *La Protesta*, ondeaban a media asta".

La elaboración del duelo era acompañada paralelamente con la construcción del héroe libertario, modelo que más allá de las cercanías con la revolución de 1848, tenía profundas raíces en el Cristianismo. Las necrológicas escritas en torno al caído exaltaban a tal punto sus virtudes, que lo convertían en una figura de proporciones míticas:

> Con vuelo de águila vino a plantar su tienda de valiente conquistador del pan, en pleno corazón de la gran ciudad en la que las hienas y los buitres anidan su amigable consorcio. Su melena de centauro coronaba su frente altanera del hijo del trabajo. Cayó como un león y los leones no necesitan palabras (*La Protesta*, 03/05/1904).

El águila, el buitre, el león; la retórica anarquista era gustosa de tales metáforas cristalizadas. Como sucede con frecuencia en los géneros populares, formaba parte de un repertorio que incluía también las fórmulas fijas, la hipérbole, la anáfora, el maniqueísmo, el sentimentalismo y el dramatismo.

Nuevamente Suriano (2001) llama la atención sobre los rostros demacrados y cuerpos mal alimentados de los excluidos, en contraposición binaria con los estómagos prominentes y las actitudes sádicas de empresarios, militares y sacerdotes, harto evidentes en toda la iconografía libertaria (Véase Anexo CD-1).

3.6. La civilización como Norte

De lo expuesto, podemos afirmar que, pese a su afán por distinguirse de la cultura hegemónica, el anarquismo desarrolló prácticas, símbolos y valores que respondían a una concepción civilizatoria, propia de la cultura oficial, aunque de signo contrario. El procedimiento constructivo fue especular: a través de la apropiación de las formas y la correspondiente inversión de los contenidos.

Se reconoció, por ende, hijo de la Ilustración, e hizo del progreso histórico su motor y su meta:

> Queremos que el hombre desde el momento que nace tenga derecho a la vida, al bienestar, en fin, a todas las delicias que nos ofrece el progreso con sus grandes adelantos y descubrimientos.
>
> Es por esto que luchamos, que nos agitamos; porque queremos y ardientemente queremos que surja la nueva era anhelada; en donde la humanidad libre y feliz pueda desenvolverse sin traba alguna en medio del raudal de riqueza que nos ofrece la tierra fecunda y grande (*El Rebelde*, Bs. As., 07/05/1899).

En ese sentido, el movimiento difundió sus ideas a través de almanaques, conferencias, acciones educativas, bibliotecas y una prensa vigorosa y activa, propuestas propias de la cultura iluminista.

Al mismo tiempo, desarrolló en los sectores populares, procesos identificatorios fuertes, en oposición al orden oligárquico. Como bien señala Hall (2003:19) "las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión *sólo debido a* su capacidad de excluir, de omitir, de dejar `afuera´ [énfasis en el texto]". Construyó la cesura a través de prácticas y rituales (entierros, acciones de autodefensa), símbolos (banderas, himnos), valores (solidaridad, hermandad, fraternidad) y discursos asentados en una lógica propia de la simplificación populista (Laclau, 2005), sentimentalista y de acentuado dramatismo.

Empeñado férreamente en la lucha política e ideológica, el anarquismo cuestionó y desdeñó expresiones de la cultura popular como el circo o el carnaval, sin advertir (no pudo hacerlo,

por razones históricas) que ese campo era también espacio propicio para la disputa hegemónica. Y cuando se acercó a esas expresiones, como en el caso del tango o la milonga, recurrió -no sin dogmatismos- a los mismos procedimientos de apropiación empleados frente a la cultura oficial.

Finalmente, con sus impotencias y contradicciones, el movimiento libertario contribuyó a forjar para miles de desamparados un imaginario de dignidad. No nos caben dudas de que en aquella Argentina cambiante, compleja y heterogénea, la pertenencia de muchos pobres de este lado del mundo a los núcleos libertarios alimentó la idea de una *communitas* (Espósito, 2003) con el acento en el prefijo *cum-*, el que alude a la genuina y fraternal relación entre los hombres.

4. SIN PAN Y SIN TRIGO

La tierra que nos han dado está allá arriba.

Juan Rulfo, "Nos han dado la tierra".

Los sucesos de Macachín sobre los que nos centraremos en este capítulo, resultan de interés por más de una cuestión. En primer lugar, porque exhiben la concurrencia de múltiples actores sociales en el ámbito rural, conformando una realidad compleja y heterogénea de la que no siempre las lecturas tradicionales han dado cuenta. En segundo término, porque nos demuestran que la proclamada prosperidad agroexportadora resultaba cierta para algunos de esos sectores, pero absolutamente inequitativa y desigual respecto de otros, encarnados tradicionalmente en la mítica figura del colono. Y finalmente, porque hacen visible problemáticas como el segregacionismo y la xenofobia que, lejos de agotarse en un análisis puramente económico sólo encuentran explicación en el entramado de imaginarios, prácticas y discursos del orden de lo cultural, como veremos aquí.

4.1. Desafíos

Enfocarnos en el estudio de los conflictos sociales y culturales en el ámbito rural es una tarea no exenta de desafíos. Al respecto, advierte Lobato: "frente al desarrollo de las protestas en las áreas urbanas, los análisis sobre la conflictividad social en el campo son todavía escasos" (2003:285). Esto, sin desmedro de recientes investigaciones (Ansaldi, Gallo o Cazenave), que forman parte de la bibliografía consultada.

A ello se suma la dificultad que plantea el acceso a fuentes para el abordaje de la microhistoria: inventarios, correspondencia, diarios íntimos, autobiografías, libros contables que "la mayoría de las veces, se encuentran fragmentadas y discontinuas (con errores y lagunas), aunque ante la insuficiencia de otras, cobran verdadera importancia" (Regueira, 2004:34).

En el caso particular que nos ocupa, nos encontramos además con dos posturas historiográficas contrapuestas. "Los chacareros de Macachín y Colonia Trenel se organizaron y movilizaron reclamando la abolición de los contratos expoliadores y de la práctica de los pagarés en blanco. El movimiento fue violentamente reprimido, se produjeron detenciones y algunas muertes"- sostiene Lobato (2003:298). En contrario, afirma Asquini (1999:8): "el análisis de nuevos elementos permite dar por tierra con la imagen de una organización en pro de reclamos por mejores condiciones productivas y una movilización reprimida violentamente por el gobierno nacional, como se la interpretó en muchos trabajos militantes".

En rigor de verdad y siguiendo a Benjamin, abordar el pasado no significa "conocerlo tal y como verdaderamente ha sido" sino rescatar en él la memoria frente "al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla" (2009:20).

En este intento de rescate, pues, recurrimos a diversas fuentes fragmentarias, con el propósito de desentrañar la trama socio-cultural de los sucesos pampeanos. Apelamos también a voces oficiales: las de empresas periodísticas que respaldaban el orden conservador como *La Prensa* y *La Nación* en el ámbito nacional o *La Capital* en el ámbito local. Pese a que el Territorio Pampeano se caracterizó por una activa y temprana actividad periodística- como sostiene Diez (2001)- , la aparición de medios que aportaran una perspectiva radicalmente diferente a la hegemónica en torno a los conflictos sociales ocurrió recién a partir de 1913 con el nacimiento del diario *Germinal*, de extracción socialista. No obstante, dichas voces oficiales nos permiten hoy leer entre líneas algunos aspectos interesantes del conflicto, como ya veremos.

4.2. Macachín en el Territorio Pampeano

La localidad está situada en el sudeste de la Provincia de La Pampa y es cabecera del Departamento de Atreucó. Por hallarse próxima a las Salinas Grandes fue la fuente proveedora de sal más importante que tuvo Buenos Aires durante los tiempos coloniales. Actualmente, la extracción de cloruro de sodio para consumo humano representa su fuente laboral más destacada.

El nombre evoca un pasado mapuche y refiere a la especie vegetal de hojas similares a las del trébol, con floración amarilla, cuyas raíces de sabor agridulce eran utilizadas por los indígenas

para mitigar la sed. En esas tierras el cacique Calfucurá (Piedra Azul)[29] había establecido la capital de su Confederación, desde 1834 hasta su muerte en 1873.

La región continuó en manos de los pueblos originarios, barridos luego por la denominada "Campaña del Desierto", dirigida inicialmente por el Gral. Julio A. Roca y financiada a través de la Ley 947 - Ley de Empréstito-, que distribuyó "a cuenta" 8,5 millones de hectáreas entre 381 propietarios en la frontera extendida hasta los ríos Negro y Neuquén.

Posteriormente, la Ley 1628 -más conocida como "Ley de Premios"- recompensó a los miembros de las divisiones militares triunfantes con la entrega de predios, en proporción directa con la jerarquía castrense: un jefe de frontera recibía 8.000 hectáreas, un teniente primero 2.000 y un soldado 100.

Finalmente, la sanción de la Ley 1532 (de Remate Público) de 1885 hizo posible la entrega de esos campos a nuevos propietarios. "Estas leyes, además de acelerar un proceso especulativo, establecieron condiciones diferenciales para la posesión de tierras que beneficiaron, sin duda, a un sector: el que compró las tierras a precios muy bajos; condiciones que impactarán en la organización económica y social del Territorio" (Domínguez; 2008:148).

El asentamiento de Macachín, como el de otros núcleos urbanos y protourbanos en las primeras dos décadas del siglo XX, se inscribe en un proceso de gran transformación económica, social y demográfica producido por la expansión cerealera y el crecimiento ferroviario. En ese contexto, en 1902, los particulares Jorge Moore, Ángel Brunel y José Fratini conformaron "una sociedad colectiva con el único objeto de la fundación de un pueblo y una colonia denominada Macachín", según escritura de fecha 25 de noviembre certificada por el notario Osvaldo Saavedra, en la ciudad de Buenos Aires (*idem*, 150).

El predio adquirido contaba con cinco kilómetros de lado. En él se reservaba un cuadrado menor de un kilómetro para la planta urbana. La división de la tierra se realizó en lotes cuadrangulares, tal como lo estipulaba la Ley Avellaneda de 1876 que fue la que "determinó el diseño catastral de La Pampa" (Servetto: 2009). A modo de ejemplo, la imagen siguiente muestra el estado de la subdivisión de la tierra en la zona de Macachín y alrededores, hacia esa fecha.

[29] Sobre su figura centra Estanislao Zeballos su *Callvucurá y la dinastía de los Piedras*.

Figura 4.1. Mapa del S.E. Pampeano (Se resalta Macachín en rojo). *Atlas del Plano Catastral de la República Argentina*, elaborado por Carlos de Chapeaurouge para el Banco Hipotecario Nacional en 1901 (Gentileza: R. Valerga).

En 1904 se instaló allí la oficina del Registro Civil. Su primer encargado y Juez de Paz fue el Sr. Enrique Parodi. Le sucedieron Constancio Arizmendi, Antonio Crego (o Griego, según las fuentes), Osvaldo Grahan y Abelardo Giménez Molina. En 1907 apareció el primer periódico local: un pliego con el nombre *Macachín*, dirigido por José Fratini, uno de los fundadores del

pueblo. Por ese mismo año adquirió la categoría de comuna, habiendo sido previamente, a la usanza de la época, comisión de fomento. En 1908, se instalaron los servicios de la Empresa Nacional de Correos y Telégrafos y en 1909 se inauguró la estación del ferrocarril Bahía Blanca al Noroeste. Dos años después, la empresa "La Macachinense" del citado juez de paz Antonio Crego -a la sazón, ya no en funciones- instalaba los primeros teléfonos.

Este estatus jurídico-político de la comuna explica su lugar de epicentro durante los sucesos de 1910.

4.3. Colonos y chacareros

Respecto de los procesos de colonización en la "Pampa gringa", Djenderedjian (2008) distingue dos tipos, según concurra o no la participación del Estado. En el primer tipo, ubica las colonias militares o "fortineras" (Las Conchas en Entre Ríos, Nueva Roma en los alrededores de Bahía Blanca, o Emilio Mitre en el Territorio de La Pampa).

También en este primer grupo incluye el autor a aquellas en las que el Estado intervino aunque de manera parcial, a través de acuerdos con empresarios (como Beck Bernard en San Carlos o Aarón Castellanos en Esperanza, ambas en Santa Fe). En estos casos, las provincias concedían tierra e insumos, y el empresario garantizaba el traslado de familias de inmigrantes desde Europa. El colono, por su parte, estaba obligado a entregar a la firma colonizadora o a su administrador parte de las cosechas durante un tiempo prolongado para resarcirle de su inversión inicial. Estas condiciones exigían grandes sacrificios del ocupante, ya que el menor incumplimiento era causa de desalojo. En algunos casos, los reglamentos impuestos por las empresas resultaban extremadamente rígidos y contenían cláusulas lindantes con la esclavitud. Un ejemplo es el de Colonia San Carlos, donde se prescribía: "cada colono que desee ausentarse por más de tres días debe notificarlo a la administración"; "cada colono que se mezcle en asuntos políticos y por los cuales la tranquilidad y buen éxito de la colonia pueda verse alterada, pierde sus derechos a la colonia y se expone a ser expulsado" (*ibidem*: 153). No sorprende que, ante estas y otras presiones sufridas, los hombres de San Carlos incendiaran la casa de la administración colonial en un arranque de furia.

La colonización de Macachín, como la de un sinnúmero de pueblos territorianos[30], se inscribe, en cambio, en el segundo tipo que describe Djenderedjian en el que "casi toda la colonización parece recaer en manos privadas" (185). Precisamente, en junio de 1911 Felipe Centeno, Gobernador del Territorio, se lamentaba: "Todos los pueblos de La Pampa, con excepción de General Acha y de Victorica, han sido fundados por particulares, con fines de especulación y sin que el Gobierno haya tenido intervención ninguna, y así se explica, de que [sic] en estas poblaciones no se cuenta con terrenos reservados para los diversos servicios públicos"[31].

Ya una década antes de estas reflexiones de Centeno, se había impuesto en toda la región pampeana el acceso a la tierra a través del sistema de hipotecas. Terratenientes o empresarios, dueños de grandes extensiones de campo realizaban subdivisiones en parcelas menores, que ofrecían en arrendamiento o en venta, según sus proyectos de acumulación. El colono se veía en figurillas para poder acceder a la propiedad de la tierra, porque su situación económica era sumamente inestable al estar sometido a los vaivenes del ritmo de las cosechas y sin contar con acceso al crédito. Si no pagaba (por falta o exceso de lluvias, plagas, etc.), perdía la concesión y debía desalojar de inmediato la parcela en donde vivía y en la que había trabajado con su familia, quizás durante años, sin obtener resarcimiento alguno. Tampoco las mejoras realizadas en el campo tenían reconocimiento en metálico, razón por la cual, la mayoría optaba por cumplir sólo con lo estrictamente convenido al ingresar al lote: el pozo y el alambrado -mantenimiento del galpón en algunos casos-, por si la naturaleza no acompañaba el emprendimiento. El dueño de la tierra ganaba siempre, al disponer de lotes ya preparados para el trabajo agrícola, para ofrecer a nuevos colonos.

Así es como, poco a poco el colono fue reemplazado por el chacarero (mediero o arrendatario), aun cuando se mantuviera la primera denominación para designar de forma genérica a los actores que, en oposición al terrateniente, tenían vedado el acceso a la tierra (Barsky y Gelman: 2005). Sólo los habitantes de algunos poblamientos confesionales como los de los alemanes del Volga (Santa María en Utracán o San José en Quemú-Quemú), los grupos Menonitas (Nueva Esperanza en Remecó), los valdenses (Jacinto Arauz) o los

[30] El Territorio Nacional de La Pampa se había conformado a partir de 1884 –estatus jurídico que mantuvo hasta 1951-, con capital en General Acha hasta 1900, luego en Santa Rosa.

[31] "Memorial elevado a la Comisión Parlamentaria de la Honorable Cámara de Diputados encargada de proyectar reformas a la Ley Orgánica de los Territorios Nacionales", Santa Rosa de Toay, Junio 8 de 1911, publicado en *Memorias de Gobernadores del Territorio Nacional de La Pampa 1900-1920,* volumen II, Andrea Lluch, editora, Santa Rosa, La Pampa, 2006, págs. 115-116.

israelitas organizados por la *Jewish Colonization Asociation* (Villa Alba, Bernasconi y demás tierras hacia las Salinas Grandes), podrían encuadrarse bajo la denominación de colonos, en sentido estricto. No obstante, ellos también padecieron dificultades muy similares a las de quienes estaban en tratos con empresarios privados, según Zarrilli (2010) o Marchevsky (1964).

4.4. El año aciago

Hacia comienzos de noviembre de 1910, colonos y chacareros del sudeste pampeano perdieron toda esperanza de salvar sus cosechas de trigo, a causa de la sequía, a diferencia del Norte y Noreste donde las lluvias habían traído un tardío alivio. Los intensos vientos primaverales habían agravado la situación; la piedra y el granizo acabaron finalmente con la esperanza de hombres y mujeres de Macachín, Rolón, Doblas, Guatraché, Bernasconi, Jacinto Arauz, Hucal y otras poblaciones vecinas.

Entre ellos estaba Elías Aizik Marchevsky, nacido en Radomyshl, a la sazón parte de la Provincia de Kiev, en julio de 1884. A los 21 años dejó su Rusia natal y se embarcó hacia el Río de la Plata. Tentó suerte en Colonia Parera[32] y en 1909 se convirtió en colono del Grupo Guinzburg de la *Jewish Colonization Association* (JCA) de Argentina[33], con asiento próximo a Rolón, a 15 km de Macachín.

Sobre esta organización, sostiene Zarrilli (2010): "La Asociación de Colonización firmaba con los administrados un contrato de locación-venta, con una duración de 17 años, comprendía adelanto de material y ganado, pero también cláusulas rigurosas, con respecto al cultivo y al reembolso, cuya inobservancia significaba ser despedido de la colonia".

[32] Al norte del Departamento Rancul, fundada por Faustino Parera, proveniente de Paraná.

[33] Creada por el Barón de Hirsh en 1891, en Francia, inscripta en Londres. La compañía contaba con 600.000 hectáreas en el país, de las cuales 160.000 se encontraban en Territorio de La Pampa, en los Departamentos de Hucal y Guatraché, hacia Salinas Grandes y Bernasconi, sobre el F.C. a Bahía Blanca.

Don Elías escribió sus memorias en yiddish, las que luego fueron traducidas al español por su hija Sfira[34] y allí da cuenta de los infortunios de los pobladores en ese tiempo: "Corría el año 1910 y desde el anterior no llovía en La Pampa. Llevábamos casi once meses sin agua. Los colonos que sembrábamos por primera vez tuvimos que arar la tierra en seco" (1964:107).

Con ritmo moroso, su prosa se detiene en los detalles:

> Ya estábamos a mitad del año y hacía meses que no caía ni una sola gota de agua. Para el 15 de junio yo ya tenía aradas 120 hectáreas.
> (…)
> Cuando terminé de arar y de rastrear fui con varios colonos y una orden de "La Primitiva" a unas siete leguas de la Colonia, para buscar semilla en lo de Luzarte, pues él sabía tener un lindo trigo, de campo virgen, muy limpio y de grano chico bien lleno. Creo que era trigo ruso. Para conseguir esa semilla fuimos Furman, los hermanos Gurevich, Raisman y yo. Pasamos allí la noche y regresamos al día siguiente. A mí me tocó viajar como una legua por campos sin camino.
> Para el 15 de julio ya tenía hecha toda mi siembra. Esperaba la lluvia cada vez con más ansiedad (*idem*, 111-112).

Elías nombra a sus vecinos sin necesidad de explicar al lector quiénes son. A diferencia de un relato novelesco, en el que cada personaje que el narrador introduce cumple una función determinada, aquí esos nombres sólo sirven para certificar la veracidad del recuerdo.

[34] Fueron publicadas en 1964, en edición de autor, con la colaboración de la familia, bajo el título de *El tejedor de oro. Memorias de un colono judío*. No debe sorprender esta práctica. Muchos inmigrantes contaron por escrito sus historias de vida, con el fin de dejar testimonio de sus padeceres y tribulaciones en América. Se trata de diarios íntimos, crónicas, autobiografías, etc. pensadas para un público familiar. No todas exhiben notorios méritos literarios, aunque sí resultan de interés para la microhistoria. La mayor parte de estos textos circuló en forma acotada, como el *Diary of Liberatus Schaeffer- Written at Dickinson, North Dakota*, manuscrito de 40 páginas que narra las desventuras de un joven ruso en Coronel Suárez y en Macachín y su posterior ida a los Estados Unidos. La industria cultural contemporánea ha elegido algunos títulos y los ha puesto en el mercado, con tiradas más voluminosas. Es el caso de *Allá en la Patagonia. La vida de una mujer en una tierra inhóspita*, que narra las vicisitudes de María Brunswig de Bamberg en asentamientos del sur argentino entre 1923 y 1929 o *Apuntes autobiográficos* del inmigrante gallego Manuel Suárez Martínez, en la Provincia de Buenos Aires, completados por su hijo como *Notas biográficas*, que comprenden el período 1845-1917.

4.5. La Primitiva: la cuestión del crédito

Otro detalle que nos interesa es la referencia a "La Primitiva". Permítasenos detenernos aquí un instante. El colono se refiere, sin dudas, a la "Pulpería de don Primitivo García"[35], que en la primera década del siglo XX se convirtió en un poderoso "Almacén de Ramos Generales" en cuyo local de más de 70 metros de frente, "se almacenaba prácticamente toda la producción de la región y desde cuyas estanterías se proveía una vasta zona ya densamente poblada de agricultores y ganaderos" (Brodsky, 1963:282).

Servetto (2009), en su investigación sobre los primeros años de Rolón y sus alrededores, pudo acceder al *Libro Mayor Nº 1* de "La Primitiva", que conserva en perfecto estado el movimiento contable del negocio entre 1892 y 1899. Se trata de una fuente muy interesante para el estudio de la microhistoria. Allí se constata el rol de proveedor del comerciante: pan (galleta), yerba, fideos, sal, azúcar y arroz, entre otros comestibles que no podían producirse en las mismas chacras; artículos de higiene personal (jabón, peines, colonia); tabaco y alcohol (algo de vino, pero especialmente aguardiente); velas; alpargatas y otros calzados; vestimenta, desde la bombacha (pantalón de fajina criollo) o casimires. Pero además, el almacén abastecía de semillas para la siembra, bolsas para la cosecha, utensilios y herramientas de labranza.

En ese *Libro Mayor*, Primitivo García iba anotando el nombre de los vecinos a los que concedía crédito. De esas páginas se desprende que el comerciante llevaba un registro muy preciso de la situación financiera de sus deudores y sus correspondientes garantes:

> Pedro Rodríguez: con fecha 26 de enero de 1892 entra a trabajar.
> (…)
> Francisco Alonso: Diciembre 8 de 1893 entró a trabajar.
> Eusebio Miranda: puestero de Primitivo García.
> (…)
> Higinio Rodríguez: entró a trabajar el 1º de enero de 1895.
> Pedro R. Rodríguez: puestero de José Erbite.
> Antero Meaca: puestero de Pedro Iturralde.
> José R. Rodríguez: cuñado de Justo Diez.
> (…)
> Manuel Álvarez: puestero de Francisco Arhex (1897).

[35] Se cree que Primitivo García era nativo de Robles de Laciana. Además de fundar el almacén "La Primitiva", tuvo campos en la zona, tanto en la Pampa Central como en la provincia de Buenos Aires.

Mariano Uycalá: puestero de Sotero Cuevas (1897).
Juan Anasagasti: puestero de Rosa Cabezas (1897).

Este documento reafirma la idea de que los almaceneros eran, en definitiva, verdaderos agentes de crédito que venían a subsanar (y a aprovechar también) la ausencia del Estado. Para Palacio (2004:86), representaban "la viva imagen polifacética del mercado: mercado de artículos de consumo, de insumos agrícolas y de crédito durante el año". Encarnaban incluso "el mercado del trigo que no llegaba al agricultor sino a través de la mediación de estos comerciantes", quienes aumentaban los costos entre un veinte a veinticinco por ciento, como promedio, respecto de Buenos Aires.

En muchos casos, el comerciante ampliaba aún más su esfera de acción, arrendando campos "de generosas dimensiones, al sólo efecto de subarrendarlos a agricultores, cumpliendo ahora el rol de mercado inmobiliario local" (*ibidem*).

Muchos almaceneros diversificaban sus actividades, como el caso de Ramón González, oriundo de Robles, un pueblo montañés de León, España, quien fuera inicialmente socio de don Primitivo García. Al disolverse la sociedad comercial, González instaló -no muy lejos de "La Primitiva", próximo a Rolón -, su propio almacén de ramos generales "La Victoria". Hacia 1906 decidió construir un nuevo y monumental edificio para su local, albergando no sólo el almacén, sino también una peluquería, una herrería, un taller mecánico, una carpintería, galpones, piezas para peones, la casa de familia y hasta un hotel. La antigua y precaria edificación se utilizó como "cremería", que se anexaba así a los servicios de "ramos generales", según descubre Lerda (1999) a partir del estudio de los libros contables de "La Victoria". Las extensas dimensiones del emprendimiento comercial pueden verse en el Anexo CD-1, al igual que las actividades que desarrollaba, según la publicidad impresa en el diario *La Capital*.

En síntesis, los almaceneros cumplían un destacado rol crediticio en el mercado rural. Algunos autores reivindican su presencia en el medio, porque "era el único habilitador de nuestros colonos" compensando así "la ausencia de acción social que representa la institución bancaria" (Lestard, 1918:68 en Graciano, 2006:156). Otros, sin embargo, ponen el acento en su carácter monopólico, lo que les valió el mote de "rameros generales" en la prensa contestataria. Algunos fueron socios o perdurables aliados de las empresas colonizadoras, a

través del sistema de vales para consumo en sus locales, en reemplazo del salario, como el caso de Anzoáteguir Ltda. en la región de las Salinas Grandes (Cf. Anexo CD-1).

Otros comerciantes, en cambio, como Ángel Bujarrabal - quien prestara el sótano de su negocio para las reuniones preparatorias del llamado "Grito de Alcorta" en Santa Fe (1912)- acompañaron a los colonos en situaciones de penuria.

Sin embargo, un aspecto que no ha sido del todo estudiado en la bibliografía especializada, atenta a poner el foco en la cuestión económica, es el del rol social que estas empresas cumplían en el medio agrario. Creemos que el almacén de ramos generales era también un importante espacio de socialización, que posibilitaba la reunión y la comunicación entre los colonos. No resulta aventurado ver en él los rasgos de la feria como experiencia comunicativa, de los que hablamos en el capítulo 2 (Entel: 1994). Más aún, aventuramos que en el almacén habrían tenido lugar la recepción de noticias de actualidad que provenían de afuera de la localidad (desde los acontecimientos políticos, pasando por la economía y la cotización del mercado de cereales, hasta la moda), sin excluir el rumor, el trascendido, el chisme, como prácticas habituales de comunicación y cohesión comunitarias. Señalamos este aspecto, porque entendemos que tendrá capital importancia en los sucesos de Macachín, como veremos de inmediato.

4.6. Los sucesos

Pero volvamos al colono Elías y su relato de la creciente angustia por la sequía:

> Pero pasó julio, también agosto. Y llegó setiembre…
> Todos los años, para la época de las fiestas judías teníamos lluvia. Pero pasaron también nuestras fiestas sin que se produjera el milagro (112).

La notación del tiempo como "orientación al quehacer", la más efectiva en las sociedades campesinas - al decir de Thompson (2000: 401)- se ve aquí desplazada por una notación de raigambre más profunda: la dimensión mítica. "La conciencia mítica permite construir una

envoltura protectora en cuyo interior el hombre encuentra su lugar en el universo" -nos recuerda Gusdorf (1970:15).

Elías, como el resto de los colonos, se enfrentaba así a una doble oposición: por un lado, la ruptura del ciclo natural y la normal orientación al quehacer; por el otro, el desvanecimiento del tiempo mítico: algo del orden de lo sagrado parecía haberse roto ("pasaron nuestras fiestas sin que se produjera el milagro").

> En 1910 las cosas se estaban poniendo peor. Tampoco llovió en el mes de octubre. A mediados de noviembre empezaron a pasar los puesteros del oeste de La Pampa con millares de ovejas acampando cerca de la Colonia. Según decían, se habían visto obligados a sacar los rebaños, no tanto por falta de pastos, como por falta de agua.
>
> Y es que se habían secado los tajamares (*ibidem*).
> (…)
> Cuando se iniciaba el éxodo en busca de agua, un carro iba siguiendo a los animales, para recoger el cuero de los que morían, pues tenían algún valor. Tres personas se encargaban de sacar los cueros y los restos del animal los dejaban en las vecindades de la Colonia. El olor nauseabundo de la carne en descomposición se percibía por todas partes.
>
> Las vizcachas engordaron y se multiplicaron (114).

La situación, como vemos, era desoladora. Asquini (1999: 17) señala: "Hacia el sur el número de personas en este estado se calculaba en unas 5.000 de las cuales 450 se hallaban en la más terrible miseria en las colonias de los pueblos Quehué, Epupel, Perú, Bernasconi, Villa Alba, Jacinto Arauz, Villa Iris y Remecó".

El diario *La Prensa* de Buenos Aires daba cuenta de la situación apremiante en su edición del 16 de noviembre de 1910, a través de su corresponsal en Bahía Blanca:

> Hay actualmente colonos y agricultores, abocados a una situación desesperante, pues carecen de recursos para la subsistencia. Los comerciantes no les fían ya, porque ellos también atraviesan por una situación crítica. (…) Se quedan sin carne, sin pan, sin

> crédito y sin perspectiva de poder trabajar si el gobierno no acude en su ayuda (10, c.6).
>
> Estos colonos abandonan sus chacras. Ha surgido la idea entre muchos, de dirigir una solicitud al Ministerio de Agricultura, solicitándole ayuda de semilla para el próximo año y algún crédito para el sustento de sus familias" (10, c.7).

Tres días más tarde, el diario *La Capital* señalaba que el gobernador del territorio, Felipe Centeno, había escrito una nota al ministro de Agricultura, Eleodoro Lobos, para informarle del "desastre que experimenta la parte sud del territorio (Departamento 3º, Macachín, Guatraché, Bernasconi, J. Arauz y Villalba [sic], Toay, Acha, Quehué)". Las pérdidas -decía el periódico- eran totales y urgía "aliviar la situación para evitar que [los colonos] abandonen las tierras". Al referirse a ellos, los caracterizaba como "hombres de trabajo y capitales reducidos".

El 26 de noviembre *La Prensa* informaba sobre una "asamblea agraria" realizada en Bahía Blanca en la que participaron "agricultores, comerciantes, acopiadores y hacendados de la región sur de Buenos Aires y la zona sur de La Pampa afectada por la sequía, asistiendo más de 500 personas" (p.14, c.7). Luego agregaba que "un grupo de aproximadamente 150 chacareros de la zona de Macachín ha resuelto viajar a Buenos Aires para entrevistarse con el Sr. Ministro [de Agricultura] Lobos y pedir garantías sobre animales y útiles de labranza ante las deudas" (p.12, cc. 6-7).

Podemos suponer que quienes habían tomado esta decisión de viajar a la Capital Federal no eran los pobres colonos sumidos en la miseria, sino aquellos que experimentaban una situación más holgada como para emprender esa gestión: comerciantes y grandes empresarios.

Por su parte, *La Nación* advertía que "el representante diplomático de Rusia en Buenos Aires, había entregado *una nota firmada por los agricultores afectados de Macachín* al Ministro de Agricultura (…) y éste determinó que el día 27 partiera una comisión de la Defensa Agrícola con un perito agrónomo para evaluar la crisis y remitir informes con posibles soluciones a tomar" (en Asquini, 1999:15, énfasis nuestro). Esta gestión del cónsul nos indica que los colonos rusos habían comenzado a movilizarse desde sus propios asentamientos, para diseñar

una estrategia de resistencia colectiva. En el repertorio de medidas de lucha en el medio rural, el petitorio exigía traslado, reunión, debate y mediación.

Uno de los líderes de esta incipiente organización fue Martín Scheffer, un colono oriundo del sur de Rusia, que había llegado al país en 1899, junto con sus padres y hermanos -todos pequeños-[36]. Un mes más tarde, el diario *La Prensa* lo sindica como "caudillo del movimiento" (17/12/1910, p.12., c.2), pero lo cierto es que no figura ninguna causa judicial en su contra.

En tanto, el día 28 de noviembre el miedo hizo su irrupción: el comisario de Macachín, Máximo Buzzo, envió un telegrama al gobernador Centeno, pidiéndole refuerzos ante la inminencia de saqueos. *La Prensa* informaba el hecho en estos términos:

> Se presentó en la policía de este pueblo [Macachín], una delegación de ciudadanos rusos, acompañados de varios intérpretes, con objeto de hacer presente al comisario que los colonos que ocupan las tierras situadas en los alrededores de esta localidad, en un número de 3.000 individuos, tienen el propósito de asaltar las casas de comercio, para proveerse de víveres. Dijeron al comisario esos recurrentes, que en caso de que les sean negados los artículos de primera necesidad llevarán a cabo saqueos, para lo cual cuentan con armas suficientes" (p.13, c.1).

Ante la noticia, el Gobernador telegrafió de inmediato al Ministerio de Guerra de la Nación solicitando el envío de tropas. La respuesta fue instantánea: a las 11.45 partió desde Bahía Blanca con rumbo a Macachín el VIII Cuerpo de Infantería con 150 efectivos y dos escuadrones del II Cuerpo de Caballería al mando del Tte. Coronel Alfredo Olses. A su vez, desde Santa Rosa Centeno despachó al Comisario Miguel Retolaza, Jefe de la Policía territoriana, y al día siguiente se sumaron efectivos desde Uriburu, Lonquimay, General Acha

[36] Según se desprende del diario personal de su hermano Liberatus, los Scheffer se instalaron primero en Coronel Juárez, Provincia de Buenos Aires, e iniciaron un largo periplo en busca de tierras aptas donde establecerse, corridos por el vencimiento de contratos de arrendamiento a corto plazo y por el resultado de malas cosechas. Con el paso del tiempo, los hijos de la familia se fueron estableciendo por su cuenta en distintos puntos del Territorio pampeano, siempre dedicados a la agricultura. Liberatus se marchó a Estados Unidos en 1914, donde logró establecerse en forma definitiva. Su hermano Martín, en tanto, quedó en la Argentina. En 1912, todavía en Macachín, su nombre aparece como uno de los integrantes de la filial local de la flamante Federación Agraria. Fue detenido por la policía al año siguiente y en 1915 lo encontramos arrendando 300 hás. para cultivo de trigo en Castex.

y Guatraché. El movimiento de tropas que combinaba fuerzas policiales y militares debió amedrentar a la población.

Sin embargo, pese a semejante despliegue leemos en *La Prensa* (29/11/1910: p.13, c.1) que el gobierno nacional recomendó al gobernador del Territorio que "cumpla con su deber de evitar por medios pacíficos la perturbación del orden y los conflictos entre colonos y comerciantes y hacer un avenimiento entre los intereses encontrados". La voluntad dialoguista y mediadora de Sáenz Peña contrasta con la actitud represiva de Centeno como jefe territorial. ¿Cómo se explica esta tensión? No hay que olvidar que empresarios y comerciantes ya habían llegado a Buenos Aires para gestionar la ayuda porteña, al tiempo que el cónsul de un país extranjero había comenzado a interceder por sus connacionales. Cabe resaltar que, entre las principales compañías de tierras que operaban en los departamentos afectados figuraban la *South American Land Company Ltd* (con sede en Londres), la *Guatraché Land Company Ltd.*, la *River Plate Trust Loan Agency Company Ltd*, la Stroeder y Cía, la Runciman y Cía y la *Credit Foncier Argentine S.A.*, además de la ya mencionada *Jewish Colonization Association*, según se desprende de los estudios de Zarrilli (2010).

Lo cierto es que el gobernador Centeno llegó a Macachín, acompañado de dos funcionarios del Estado Nacional: Florencio Molina por el Ministerio de Agricultura y Marcos Avellaneda por el Ministerio del Interior, con el propósito de realizar un censo sobre la población afectada y hacer entrega de víveres y ayudas para paliar la situación.

Don Elías recuerda ese momento:

> … todos los colonos del departamento de Atreucó nos fuimos a Macachín, porque dijeron que el gobernador iba a ayudarnos con algo. El gobernador en persona viajó desde Santa Rosa y repartió dinero entre los colonos, dándoles a razón de diez pesos por persona. Era un señor ya viejo. Se mostró afable y cordial con todos, saludó personalmente a cada colono y a los que tenían mucha familia los felicitó (*op.cit*.:244-245)

En rigor de verdad, la antipatía era un lujo que no podía darse el funcionario territoriano, teniendo en cuenta que más de 300 carros estaban rodeando la plaza, con los productores y sus familias en espera de una solución.

Mientras el Gobernador saludaba a los manifestantes, las fuerzas militares se dieron a inspeccionar las colonias. La prensa oficial coincidió en señalar que las aguas parecían haberse aquietado. "En ninguna parte he notado el menor intento de rebeldía a no ser casos aislados de ojeriza contra algunos comerciantes determinados, por la opresión que han ejercido sobre parte de los colonos durante el año y extremado ante el desastre agrícola" - escribe el enviado de *La Nación* (02/12/1910, p.2, c.7).

En igual sentido, *La Capital* (01/12/1910, p.1, c. 5) sostiene que "las alarmas de Macachín (han sido) enormemente abultadas por espíritus pusilánimes o por la ofuscación del momento. Toda la prensa del país (habla) de 3.000 y más colonos rusos armados que existen en el papel y en la imaginación".

La voz del colono Elías parece coincidir con la sobredimensión de los hechos, aunque aporta un dato sugerente. Recuerda que por entonces, se desempeñaba como juez de paz el Sr. Abelardo [Giménez] Molina, de quien dice: "tenía el alma libre y generosa de un verdadero criollo. Solía decirme siempre que el último colono de la zona era más honrado que cualquier representante de la empresa [colonizadora]" (1964: 243). Quizás este posicionamiento, conjetura don Elías, "motivó que la mayoría de las órdenes de desalojo llegaran directamente de Santa Rosa".[37] Pues bien, para referirse a los sucesos, don Elías se apoya en la palabra del Juez de Paz:

> Don Abelardo me contó que en aquel aciago año de la gran sequía, cuando el comercio suspendió los créditos por la pérdida de la cosecha, los colonos alemanes que vivían a unas leguas de Macachín fueron al pueblo a hacer sus compras, pero se encontraron con que no tenían crédito. Entonces cuando hubieron tomado su buen litro de caña, que entonces costaba noventa centavos, dijeron a gritos: -Si no nos dan crédito lo tomaremos solos…
>
> Los comerciantes se asustaron y pidieron auxilio. Acudió un grupo de soldados al mando de Farell, el mismo que fue

[37] Como para que no queden dudas del lugar que Molina ocupaba frente a los constantes y cotidianos conflictos suscitados por la colonización rural, don Elías insiste: "Este humanitario juez de paz, decía siempre: -¿Acaso no veo cómo viven esos pobres colonos? Cuando vienen aquí a anotar un nacimiento o a hacer el certificado de un caballo, ¿no advierto cómo están vestidos? En todos mis años de actuación aquí, no he encontrado entre ellos ningún asesino. Son muy pacíficos y por eso los pillos de la empresa se abusan de ellos" (*idem*: 245).

> presidente de la República antes que Perón, y que en aquellos años era un joven oficial.
>
> *En nada había cambiado la actitud de don Abelardo Molina para con los colonos de La Pampa* (*ibidem* [énfasis nuestro]).

Si nos atenemos al relato de don Elías, para el Juez de Paz no hubo más que una borrachera de los alemanes del Volga. Es decir que frente a la versión del Comisario Buzzo (asaltar los comercios con armas), Molina esgrime otra diferente. No obstante, sorprende el último párrafo: "En nada había cambiado la actitud de don Abelardo Molina para con los colonos de La Pampa". ¿Qué significa que una vez más (en la sucesión de anécdotas que ennoblecen el accionar del funcionario local) éste se mantuviera firme en sus convicciones de apoyar a los más débiles? ¿Se trata tal vez de sugerir, en medio de ambigüedades, que Molina ayudó a encubrir la huída de los cabecillas? No lo sabemos, pero lo cierto es que -como ya señaláramos- mientras *La Prensa* denunciaba a Martín Scheffer como "caudillo del movimiento", no se conoce por parte del Juez de Paz ninguna instrucción en su contra.[38]

Mientras tanto, en Buenos Aires el Ministro de Hacienda se reunía con los gerentes de los bancos, quienes le aseguraban las facilidades de crédito al comercio, en tanto que el Ministerio de Agricultura catalogaba oficialmente los hechos como "s/conato de sublevación rusa" (Cazenave, 1999).

4.7. Los culpables son los rusos

Bajo el nombre de rusos los funcionarios englobaban a alemanes del Volga, judíos del Este de Europa, rusos, rumanos y húngaros, que conformaban el grupo mayoritario asentado en el sudeste territoriano y que, según datos del III Censo Nacional efectuado en 1914 representaba el ochenta y tres por ciento de los productores. Maluendres (1995) sostiene que se trataba de

[38] Sí pesará contra Scheffer una causa, tras ser detenido en 1913 al intentar sublevar a los chacareros de Colonia La Argentina por el cambio de condiciones en los arrendamientos.

una población con una fuerte reproducción de pautas de vida premigratorias y un intenso sentido de pertenencia al grupo étnico.

Los datos del censo parcial dispuesto por el gobernador Centeno tras su llegada a Macachín el 2 de diciembre[39] señalaban que la población "rusa" había sido la más damnificada por la crítica situación. No así los inmigrantes italianos, españoles (con un alto componente de vascos) que, ubicados en el Norte, se hallaban en mejores condiciones.

Pero lo curioso es la descripción que oficialmente se realizaba de los principales perjudicados. Decía *La Prensa* (30/11/1910, p. 13, c. 3-4):

> Los rusos son los que dan motivo a temores, por su actitud amenazadora. Se explica que los colonos de esa nacionalidad sean los que más sufren las privaciones, porque viven absolutamente aislados del resto de la población, siguiendo sus costumbres y hábitos, y casi en constante enemistad con todos los otros pobladores de otra procedencia. Por lo demás, no son económicos, gastan en golosinas y manjares finos, y abusan del crédito.

El mismo día, *La Capital* publica en tapa este comentario:

> Caso único en los anales de nuestra vida como Nación. Hecho sin precedentes que viene a perjudicar el progreso de La Pampa, aunque se tenga en cuenta la sicología de los autores de las amenazas o puebladas, que son oriundos de las estepas rusas, sin rudimentos de cultura, y que venidos a este país de libertad y trabajo, al primer fracaso se dejan estar en la inacción como fatalistas mahometanos (…) ¡Es un colmo que en este país haya un núcleo de trabajadores que padezcan hambre!

[39] La indagatoria informaba en primer término de 75.120 hectáreas improductivas; luego ponía el foco en las personas. Once colonias afectadas: más de 600 personas mayores y 1.250 criaturas en estado de total indefensión.

El día 7 de diciembre, el diario territoriano reproducía una carta firmada por M.N., enviada al parecer a la firma Yarza & Cía, en la que se afirmaba que "los colonos rusos judíos no son dignos de consideración, dadas sus costumbres rutinarias y notoria holgazanería" (Cazenave, 1999:42).

No sólo los textos escritos dan cuenta de la xenofobia, también ella está presente en la tradición oral, una de las formas más visibles de la reproducción cultural, "continuidad no necesaria sino deseada" (Williams, 1981:174). Cazenave recuerda la existencia de "una leyenda acerca de que los cardos llamados `rusos´ llegaron a las pampas en las enmarañadas barbas de aquellos pobres inmigrantes" (*idem*: 38). Igualmente, recurre al testimonio de su propia abuela piamontesa, contemporánea de los sucesos y colona ella misma, que en tiempos del lanzamiento del Sputnik no podía explicarse "cómo los rusos habían conseguido eso, siendo que antes eran los más atrasados y sucios" (*ibidem*).

Desde el propio Estado, se alentaba la dispersión de esa comunidad, aunque no su éxodo, puesto que ello hubiera implicado el fracaso del proyecto poblacional territorano. Centeno informaba al Ministerio de Interior sobre la posible colocación de colonos rusos macachinenses en el norte, donde la cosecha había sido mejor, y se hablaba de la entrega de pasajes gratis para los hombres. La medida no tuvo una buena aceptación, ni por parte de los propios interesados que se negaban a abandonar a sus familias, ni por el *establishment* pampeano: "A nuestro juicio no es correcto (su traslado) porque se despuebla una de las mejores zonas. Ya vendrán otro años en que se desquiten" -aleccionaba *La Capital*.

En el bienio siguiente hubo un repunte que permitió a los colonos pagar sus deudas, pero en 1914 otra sequía puso a los chacareros nuevamente ante el límite. Esta situación, tan habitual en el agro pampeano, es la que había asombrado a Weber ya en 1894 (2010):

> El colono tiene la soga al cuello. A un pequeño porcentaje, que pudo extraer una enorme ganancia del suelo saqueado, desprendiéndose luego de él a tiempo, se le opone una inmensa mayoría de aquellos que, debido a una sola mala cosecha o a una baja a destiempo de la cotización del oro, caen en bancarrota y son desalojados de sus posesiones.

4.8. "Y para todos los hombres del mundo…"

Como venimos de ver, los sucesos de Macachín demuestran la existencia de un entramado social complejo, de múltiples actores intervinientes en el medio rural: colonos, chacareros, peones, comerciantes, empresarios, terratenientes, empresas de capital extranjero, representantes del Estado en sus diversas jurisdicciones y ámbitos de competencia. Como observa Palacio (2001:42), se trata de "sociedades móviles, con hombres solteros y errantes que conviven con familias pioneras de inmigrantes, pero también economías más precarias e inestables, con actores económicos `de frontera´, que elaboran estrategias productivas específicas para operar en ese medio." (42)

Esta situación está atravesada por intensas luchas de poder. Es evidente aquí que los comerciantes, que habían cerrado el crédito a los colonos, conquistaron la hegemonía política del conflicto, ante la posibilidad de caer en la quiebra. Fueron ellos quienes interpelaron al Estado Nacional como garante, cuando hasta entonces ese mismo Estado se había desentendido no sólo de la cuestión crediticia sino también poblacional, al dejar la colonización en manos privadas.

En esa disputa el colono ruso fue el Otro tan temido. "El extranjero ha sido definido siempre negativamente, como no perteneciendo a un determinado grupo o comunidad" afirman Villavicencio y Penchaszadeh (2003:179). Para las autoras, "la ciudadanía ha sido una categoría que determina a la vez un dispositivo de inclusión y de exclusión". Compartimos esta aseveración, ya que como sostiene Hall, las identidades se construyen siempre a través de la diferencia en relación con un afuera constitutivo (2003). Sin embargo, en el caso de la inmigración rusa de Macachín, más que la construcción de un *status* jurídico-político de ciudadanía, lo que estaba en juego involucraba prácticas e imaginarios de un orden aún más amplio: el de lo cultural. En ese sentido, esa comunidad, por costumbres, por valores, por idioma, representaba -permítasenos la expresión- al más Otro de los Otros. A aquel que de tan ajeno llevaba cardos en la barba y su lengua resultaba tan incomprensible, que un comisario timorato necesitó de "varios intérpretes" para comprender sus necesidades.

No obstante, esta percepción xenófoba en el medio rural, no era novedad[40]. Podemos rastrearla en las expresiones paródicas que en el *Martín Fierro* (1872 y 1879) Hernández prodiga hacia "el gringo", el de "Inca la Perra", el "papolitano" y que sin dudas formaban parte del acervo de la campaña. También, más gravemente, en la matanza del "Tata Dios" [41] de Junín, en el noroeste bonaerense. Sin embargo, había un antecedente mucho más cercano: el de las sublevaciones armadas de 1893 en las colonias de la Provincia de Santa Fe (Humboldt, Santa Clara, San Jerónimo, Josefina, Santa María, Esperanza, Helvecia, San Carlos, Rafaela) por la tenencia de la tierra y contra la usura de los administradores. En esa ocasión, el Gobierno provincial llegó a hablar de una conspiración internacional y anti-patriótica de suizos alemanes. El diario oficialista *La Nueva Época* comentaba: "Y lo más irritante, lo más chocante, es que esos extranjeros no son ni siquiera de nuestra raza, su lengua es diametralmente opuesta a la nuestra, tienen los cabellos rojos, los ojos claros y ninguna vinculación con nosotros. Así debieron ser los bárbaros que arruinaron el Imperio Romano" (Gallo, 2007:75).

Ante esta exacerbación de las tensiones provocada por el racismo y el etnocentrismo, los juzgados de paz en el mundo agrario fueron de suma importancia para instaurar lo que Palacio denomina *la paz del trigo*, que "no implicaba ningún acuerdo definitivo y menos aún coincidencia de intereses entre las partes" (158). Tradicionalmente se ha señalado que estas instituciones convalidaron siempre el accionar de los grandes grupos de poder. Investigaciones más recientes sobre pequeñas poblaciones rurales, sobre todo en la pampa húmeda, cuestionan el carácter absoluto de esta formulación y develan la existencia de tramas más complejas y no siempre unívocas. "La historia local es, muchas veces, el único camino para destrabar discusiones demasiado teóricas o revisar argumentos basados en fuentes macroeconómicas" (*op.cit*., 33). Zeberio (2010) confirma esta postura al analizar en la campaña bonaerense cómo la apropiación y adaptación por parte de los inmigrantes, de prácticas y lenguajes de las instituciones judiciales, en particular de la justicia de paz (de carácter local y lego) facilitó su integración a la sociedad local.

[40] Tampoco en el urbano. Cf. la novela *La bolsa* de Julián Martel (José María Miró) de 1891.

[41] El día de Año Nuevo de 1872, en el pueblo de Tandil, provincia de Buenos Aires, una banda de gauchos, liderados por un oscuro personaje apodado "Tata Dios" asesinó a 36 inmigrantes de diversas nacionalidades, al grito de "¡Viva la religión!, ¡Mueran los masones!, ¡Maten siendo vascos y gringos!". El tema es desarrollado en profundidad por John Lynch en su investigación *Masacre en las pampas: La matanza de inmigrantes en Tandil 1872*.

En este sentido, *la paz del trigo* no fue posible en Macachín. Hemos visto cómo la función estatal de mediación recayó en manos de un comisario asustadizo -un poco torpe para esas lides-, en vez de la jurisdicción de Paz, que la cultura rural reconocía como propia y "natural". Si el juicio, como señala Entel (1994) es una de esas experiencias de comunicación donde aparece con mucha claridad el énfasis puesto en la mediación, en la codificación estricta, dejar esa experiencia en manos del accionar coercitivo policial alejaba el encuentro entre las partes y reducía los derechos del extranjero a su mera enunciación retórica.

5. LA CARPA Y EL MÁRMOL

… has sido mi Padre-nuestro,
mi mejor libro y mejor maestro,
clown de mis primeras emociones plásticas.

Raúl González Tuñón, "A los veteranos del circo".

Un caso peculiar en la Argentina del Centenario es el que atañe a la quema intencional del circo del célebre payaso Frank Brown, por parte de un grupo de enardecidos jóvenes aristocráticos. Detenernos en este hecho implica no sólo dar testimonio del carácter violento y opresivo de la dominación, sino también abordar algunas cuestiones de interés para el debate en torno a la cultura de los subalternos.

5.1. Interrogantes

¿Cómo fue posible - tal era nuestra pregunta inicial en este caso- que un artista ensalzado y admirado por la elite del 80, que gozaba del reconocimiento de figuras públicas de prestigio (presidente, ministros y hombres de letras consagrados), se convirtiera en el destinatario de un acto de fanática iracundia, protagonizado precisamente por los hijos de esa misma elite que lo veneraba?

Fue así como nos zambullimos de lleno en la biografía del *clown*, suponiendo encontrar allí traiciones y deserciones a esa clase que lo cobijó con entusiasmo, y que podrían explicarnos aquel rapto frenético. Sin embargo, más allá de cierto guiño del payaso - único y ambiguo- a un radicalismo que nacía insurreccional, entusiasta y juvenil en la Argentina del 90, la clave no estaba en su vida personal, aún cuando pudiésemos intuir que su figura, mezcla *simmeliana* de extranjero, aventurero, artista y filósofo, debió resultar simultáneamente

seductora e inquietante a los ojos del orden conservador. Este último atributo no sorprende si seguimos a Diz Reboredo (2011: 161) en su elocuente caracterización genérica del *clown* como aquel que "trata de experimentar con todo, pregunta incesantemente, vuelve las cosas del revés, critica y se burla; (…) imita todo lo que ve, aprende a través del fracaso, amplifica los gestos y las palabras, quiere ser otros, quiere ser muchos".

Debemos señalar también que en nuestra búsqueda, la puesta en contexto del arte circense y su relación con el circo criollo y el resto de prácticas de la representación y del entretenimiento no hizo sino reafirmar el carácter central que Brown ocupaba en el campo de los hacedores del teatro de esparcimiento de entonces. Dos años antes del incendio, la sección "Sociales" del diario *La Nación*, le dedicaba elogios como éste: " El amigo de los niños, el clown de mayor popularidad, Frank Brown, acaba de llegar al frente de su compañía, trayendo muchas novedades, un buen stock de ocurrencias y, sobre todo, el ánimo más juguetón que nunca" (04/06/1908).

Recurrimos entonces a las imágenes (Véase Anexo CD-1). Ellas se deslizaban en una alternancia constante que iba de la figura elegante del dandy esbelto a la del hombre del rostro blanco y nariz roja, desde la galera y el bastón sobrios hasta "la máscara más pequeña del mundo" - al decir de Lécoq (2003)-.

Brown se nos aparecía como un ser dual – a veces resultaba difícil reconocer a uno en el otro-, pero en ambos casos era bello y refinado. Alejado de tosquedades, así fuera con el porte de un gentleman inglés o con la cara enharinada y el traje circense.

Allí, en ese desdoblamiento que nos mostraban las fotografías parecía estar la clave. Los testimonios de los diarios de la época y un destello evocativo de su figura durante el primer peronismo[42] confirmaron nuestra sospecha. El ataque no iba dirigido contra el inglés nacido en Brighton, sino particularmente contra un sector del público que lo admiraba.

[42] Leemos en *PBT*: "se apagó con fuego la risa con que los pibes criollos iban a asociarse a la celebración del centenario", con firma de Estanislao Leiva, 26/05/1950: 59.

5.2. Un *Shakespeare- jester*

Frank Brown pertenecía a la categoría de *clown* actor, aquel que "hace monólogos, chistes y canciones satíricas, con sus instrumentos inventados con objetos estrafalarios" (Seibel; 2008). El vocablo es de origen anglosajón y proviene de una deformación del término "clod", cuya acepción más frecuente era "campesino" o "bobo". De su aparición en escena ya hay registros en las farsas medievales.

Esta figura del *clown*, a veces traducido como "gracioso", fue clave en el teatro de Shakespeare y le permitió al dramaturgo isabelino amalgamar dos registros en tensión: el elevado y el bajo, logrando así el favor del público al dar respuesta, por igual, a diversos actores sociales.[43]

En el circo moderno, desarrollado en Londres desde 1770, esta figura cobró particular autonomía como "personaje creado en la pista por un acróbata cómico que intentaba hacer equilibrio sobre un caballo al galope y fingía caerse, como un campesino bobo" (Seibel; 2008).[44]

La llegada de Brown a la Argentina tras una gira extensa y exitosa por Europa y América, constituyó toda una novedad, antes por la calidad del espectáculo que por la propuesta circense, que en rigor de verdad se hallaba ya difundida en estas tierras. En efecto, Santiago Spencer Wilde había montado la primera carpa en 1827; en 1834 el acróbata italiano Pedro Sotora, más conocido como "El rey del fuego" y "El hombre incombustible", había despertado el asombro y la admiración con sus juegos ígneos; a él le siguieron luego otras compañías extranjeras como la *troupe* del Circo Chiarini con sus 30 caballos amaestrados (Franco *et al*; 1985).

---

[43] Ese rol es ocupado por el "bobo" o "figura del donaire" en el teatro de Lope y la misma intención explicaría la acción dramática geminada: la de los nobles y la de los criados, "lo trágico y lo cómico mezclado". "El Fénix" en su programa para un teatro masivo de 1610, confesaba que a la hora de escribir ese "arte nuevo" encerraba "los preceptos con seis llaves", sacaba "a Terencio y Plauto de su estudio" y se arriesgaba en búsqueda de un lenguaje poco usual en las obras de su tiempo porque, "como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle el gusto" (*Arte nuevo de hacer comedias*, Buenos Aires, OPFyL, s/fecha).

[44] Cabría preguntarnos si esta figura no se relaciona también con la tradición latina del *Arlecchino* en la *Commedia dell'Arte* del siglo XVI en Italia, quien además de criado cómico despeñaba el rol de acróbata y malabarista, pero esta consideración excedería ampliamente la extensión de nuestro trabajo.

En 1884, de la mano de la compañía de los Hermanos Carlo en el Politeama, ya el *clown* de Brighton atesoraba un cartel internacional cimentado por una temprana educación familiar en el circo propiciada por su padre, Henry Brown, y por siete años de trabajo protagónico en la pista de arena. La capital del Plata lo recibió con aplausos, anunciándolo como "ecuestre y acróbata" y los programas lo presentaban como "el sin igual clown inglés, el rey de los clowns, introductor en la República Argentina de los chistes, parodias y bufonadas" (Seibel; 2005:55).

Poco tiempo después se sumaron al circo de los Hermanos Carlo, los Podestá, quienes venían de Montevideo. Brown compartió así cartel con "*Pepino 88*, clown criollo"[45]. Los dos tenían igual importancia en el elenco, pero eran dueños de estilos y estéticas diferentes. Según Castagnino, Pepe "hizo sonreír y pensar a los mayores. De Frank Brown, puede afirmarse con razón, que hizo reír hasta las lágrimas a los niños porteños" (1959: 51).

Lo cierto es que el inglés combinó la destreza física del volatinero con la gracia del humorista verbal. Cuando ofrecía "El gran acto ecuestre: El Lucero del Alba", con los pies sobre dos caballos en carrera mientras sostenía sobre sus brazos a cinco chicos de la compañía, luego en la aparición cómica explicaba: "Mis brazos tienen nombres; éste se llama para el hospital, éste para la Chacarita" (Cúneo; 1944: 16).

El mismo juego se repetía en otros desafíos, incluso en el arriesgado "Salto de las bayonetas", donde se arrojaba hecho un ovillo por encima de dos grupos simétricos de soldados enfrentados, apostados sobre un madero con los fusiles cargados con munición verdadera. "Ah, no, el de las bayonetas no lo practico -explicaba después sobre la arena-, si fracaso en el ensayo no me quedará oportunidad de hacerlo en público" (*idem*, 17).

Temerario, riéndose de sí mismo y de su propia osadía, se ganó la simpatía de los hombres y mujeres más humildes, al tiempo que repartía chocolatines entre los niños, quienes lo bautizaron "Flan Blon". A los hombres cultos de la elite, en cambio, les recitaba fragmentos de Shakespeare y de la poesía universal. En el imaginario era el payaso de todos, con múltiples aristas para - *lopedevegamente*- "dar a cada quien su parte".

[45] Con el tiempo, Brown se enamoró de la ecuyère Rosita de La Plata, a la sazón esposa de Armando Podestá y fue correspondido por ella. Tras el divorcio, Frank y Rosita partieron hacia Chile y Perú, regresando luego a la Argentina, donde se establecieron en una casa del barrio de Colegiales. Fueron también pareja artística en el circo y el vínculo conyugal se extendió durante 35 años. Rosita murió en 1940 y él la sobrevivió dos años más.

A propósito, observaba Santiago Estrada en *El Diario*, poco después de su debut de 1884:

> Cuando aparece todas las noches con el vestido de innumerables volados y colores, el bonete blanco ceñido a la cabeza, el fieltro en la coronilla, o con el traje adornado con avestruces, ratones, cafeteras y elefantes recortados en género negro, un aplauso unánime lo saluda. Quién pretende que toque el pito, quién que ejecute su conocido vals en la cafetera[46], quién que pida a Pancho los aros, quién se le adelanta a dar las buenas noches con que saluda al pisar el picadero, quién repite, imitando su acento inglés, su popularísimo: *¡qué ponito!* Quién narre alguna de sus chistosas anécdotas, quién que represente a lo vivo la manera de tratar a los pasajeros de los ferrocarriles según la categoría del asiento, quién que ejecute alguna de sus ingeniosas escenas, por ejemplo, la operación de vestirse de frac, careciendo hasta de la camisa, y sin otro equipaje que una chaqueta, una bolsa y un pañuelo.

A su turno, Sarmiento lo elogiaba en *El Censor* en 1886 "porque es el clown más espiritual y más simpático que pueda imaginarse", al tiempo que agregaba: "Los monos son cojos y mancos a su lado; las leyes de la gravedad le son completamente indiferentes: trepa como una mosca al palo más alto y jabonado; caminaría en su cielorraso si quisiera y no vuela por pura coquetería". El sanjuanino, avezado en la hipérbole, arremetía: "es un clown enciclopédico, es saltarín, juglar, equilibrista, bailarín de cuerda, ecuyère, actor grotesco, músico consumado, y a esas cualidades agrega una fuerza prodigiosa". También la belleza hercúlea jugaba a su favor: "Es imposible músculos más elegantes; un pescuezo más atlético; una estructura más fuerte y más liviana; todo coronado con una cabeza hermosa" (en Cúneo; *op. cit*.: 24).

Como si faltaran encumbrados elogios, Brown se ganó los de Darío: "Los que le conocen fuera de la pista saben que ese payaso es un *gentleman*; y que un artista, o un hombre de letras, tiene mucho que conversar con él. Sabe su Shakespeare mejor que muchos hombres que escriben" (*Autobiografía*, 2011: 88). En la pista, el *clown* era, a los ojos del autor de *Azul*, "íntimo con caballos, leones, perros, monos, cebras, hércules [*sic*], ecuyéres y tonys", aunque

[46] Era una música absurda, pegadiza y jubilosa, ejecutada por un cornetín estridente, que cada noche anunciaba la salida del payaso a la pista. Una vez en el centro, la música enmudecía y Brown saludaba al público "con los brazos extendidos, crucificados en el aire" (Cúneo, 21).

nunca dejara de regir "con gesto dominador, explícito" (89). Pero el mayor elogio se resumía en esta frase: "Su alma de payaso no se ha pintado nunca la cara" (*ibidem*).

5.3. Una figura simmeliana

Durante su vida, Brown realizó numerosos viajes por el mundo, siempre vinculados a la actividad circense. África, India, el Oriente - sintetiza el itinerario Cúneo (*op. cit.*: 27)-. Quizás esto haya contribuido a forjar en torno de sí una aureola especial, a hacer de él - como decíamos al comienzo- una figura en la que se conjugaban el extranjero, el aventurero y el artista.

La extranjería es un rasgo que él mismo acentuaba, a través de marcas lingüísticas como "Silencia, señores" o el citado "¡Qué ponito!" y que reforzaban la idea central desarrollada en la comunicación empresarial publicitaria: "el sin igual clown inglés". Darío lo subraya a partir de la anáfora obstinada: "Es inglés, sabe de poetas". "Es inglés; tiene el culto del hogar". "Es inglés; toma whisky con soda". "Es inglés; tiene cara de Byron" (*op .cit.*: 89).

El extranjero es, como destaca Simmel, no sólo "el que viene hoy y se queda mañana", sino aquel que, "aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente". Es el que participa de ambos mundos, el de aquí y el de allá, pero no pertenece totalmente a ninguno de los dos. "Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial (...) pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo" (2002: 211).

Pero Brown encarnaba también la figura del aventurero. La del que recorría el mundo con su carpa a cuestas y como un juglar de la Modernidad amanecía lo mismo en Colombo que en San Petersburgo. "Empezamos a hablar de aventura allí donde se rompe bruscamente la continuidad de la vida"- explica Simmel-. Es ese "algo extraño, que está fuera de la serie". Brown era entonces el habitante que ocupa "un islote vital, soberano, que dibuja su propio perfil" (*idem*, 257).

Ahí radicaba la verdadera dualidad de Brown percibida en las imágenes: para unos, era el extranjero refinado que recitaba a Shakespeare y poseía la elegancia del hombre de mundo; para otros, el aventurero capaz de ganar la adhesión de los sometidos a partir de la destreza

física o de recibir el aplauso de los recién venidos con quienes se hermanaba en su voluntad de lanzarse a tierras lejanas para vender su fuerza de trabajo.

Sobre estos dos pilares: extranjería y aventura, el clown construyó su estrella, convocando en un mismo ámbito a públicos que -como veremos de inmediato- tenían para sí espacios de ocio claramente delimitados.

5.4. Los espacios del ocio

Las clases encumbradas tenían sus propios ámbitos de esparcimiento, destacándose entre ellos la fiesta de Palermo. "De forma sugestiva, el paseo tenía todos los rasgos de un rito, como su periodicidad y su recurrencia (se iba los jueves y domingos) y su dimensión simbólica, dada en este caso por trazar una escenificación colectiva que diera cuenta del *status*" (Losada; 2008:242).

Otro ámbito apreciado por las elites era el Hipódromo, aunque durante el primer gobierno de Yrigoyen ya los sectores medios marcarían allí su presencia al bautizar - desde "la popular"- al formidable caballo Botafogo como "el caballo del pueblo".

Las actividades aristocráticas al aire libre –importadas por los ingleses- incluían criket, fútbol, tenis, atletismo, veraneo en las quintas y en las playas (en especial, Mar del Plata, devenido en balneario exclusivo).

En invierno, en cambio, los teatros convocaban a lo más granado. El repertorio operístico contemplaba *Lucía de Lamermoor*, *La Traviata*, *El Barbero de Sevilla*, *Don Juan* (única creación de Mozart que se representaba en Buenos Aires), llevado a escena por figuras internacionales que cobraban contratos altamente beneficiosos, como alguna vez trascendió por una infidencia de la Patti.[47]

En el teatro, se destacaban las compañías inglesas, francesas y españolas que actuaban en el

[47] Adelina Patti llegó a cobrar hasta 30.000 francos por función, una suma verdaderamente fabulosa.

Ópera, el *Politeama*, el *San Martín*, el *Onrubia* (luego *Victoria*), el *Odeón*, y más tarde la *Comedia*, el *Apolo*, el *Rivadavia* (después *Liceo*) y el de la *Zarzuela* (posteriormente, *Argentino*).

Frente a ellos, recintos más humildes y sencillos constituyeron una opción de esparcimiento para los sectores subalternos: el *Pasatiempo*, el *Variedades*, el *Olimpo*, el *Doria* y el *Mayo*, donde se representaba el género chico español y donde logró su espaldarazo el teatro nacional con el cuadro costumbrista, el sainete y el grotesco.

Cerca del Centenario el cine todavía no había explorado sus mayores posibilidades expresivas, aun cuando Buenos Aires ya contaba con un buen número de salas como el *Buckingham Palace* ("Biógrafo moderno. Cambio completo de programa"), el *Coliseo San Juan* ("Gran cinematógrafo moderno, altamente moral para familias, jueves día de moda"), el *Coliseo* ("Vistas cómicas, fantásticas y de actualidad"), el *San Martín* y el *Cinematógrafo Centro América*.

En 1901 se habían filmado los primeros documentales en el país: *La revista de la escuadra argentina* de Py y dos de Cardini: *Escenas callejeras* y *En casa del fotógrafo*. En 1908 tuvo lugar el estreno del primer largometraje: *El fusilamiento de Dorrego* de Mario Gallo, del que Leopoldo Torres Río dijera: "El público se enteraba de que había fusilamiento porque así lo decía el título". Al año entrante Gallo realizó su *Juan Moreira* (con Enrique Muiño como joven debutante), sumando luego *La Revolución de Mayo* y *El Himno Nacional* para los festejos de 1910.

Esas primeras producciones no se traducían todavía en éxitos de taquilla. El material nacional exhibido en salas habilitadas[48] era escaso y funcionaba como noticiario, mientras que la mayor parte de la producción era extranjera.

Un capítulo aparte lo constituían los festejos de Carnaval. La oligarquía porteña organizaba sus célebres bailes en el Club del Progreso, costumbre de la que Lucio V. López diera cuenta en su novela *La gran aldea*: "el club es el club, y aquella noche, los violines, riendo bajo la cuerda de los arcos, transmitían la alegría y el entusiasmo singular de la música a todos los

[48] La primera sala fue en el interior de una casa de familia, ubicada en la calle Maipú, entre Corrientes y Lavalle, en 1900. Gregorio Ortuño tuvo el honor de ser el primer porteño en explotar este emprendimiento (Korn y Sigal; 2010: 227).

semblantes" (1980:98).

Los sectores populares también disfrutaban de la fiesta de Momo, pese a las interdicciones de los anarquistas, ya señaladas en el Capítulo 3. Los socialistas compartían similares ideas al respecto. A través de la prensa, advertían y fustigaban: "Son fiestas bárbaras, que despiertan los dormidos instintos ancestrales y hacen que -por aquello de que los extremos se tocan- de la alegría desenfrenada se pase súbitamente a la ferocidad sin límites" (*La Vanguardia*, 22/02/1909).

Aun con exhortaciones como ésta, no por ello fue menos multitudinaria la participación en los corsos. Las primeras comparsas eran encabezadas por el Oso Carolina, caracterización muy preciada por entonces, que requería de una piel de animal completa. A prudente distancia se mantenía "el caporal de la formación, al que acompañaban dos tonys brincando o pirueteando, o un payaso enharinado y envuelto en sedas bordadas con lentejuelas de plata y rosetones al óleo". Se les sumaba también "algún malabarista que trotaba con alguna escalera en equilibrio sobre el mentón y otro forzudo mostraba musculaturas de changador" (Troncoso, en Romero y Romero; 2000: 97). Nótese que esta descripción de la comparsa carnavalesca no es ni más ni menos que la de un circo, en el que no faltan ni los animales ni sus figuras emblemáticas: domadores, bufones, equilibristas. Sin dudas, la pista circense ofrecía un referente lúdico, cómico y estético para celebrar la vida, del que apropiarse sin miramientos, ya que "el carnaval ignora toda distinción entre actores y espectadores", haciendo posible "más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes" (Bajtin, 1983: 16).

Las comparsas solían terminar en baile, generalmente en centros recreativos, vestíbulos de teatros o patios de diarios, donde además se premiaba a los mejores. "Comisiones muy serias discernían unos premios sumamente disputados cada año", en reconocimiento al "excelente comportamiento artístico de la `Sociedad Recreativa Los Enamorados de Palermo´, `Los negros congos de Monserrat´ o `Los Chiripitifláuticos de Barracas" (González Arrili, 1996:79).

También fueron formas de entretenimiento popular la lucha libre, las bochas, la pelota vasca, el juego de pelota en el potrero y hasta la riña de gallos.

Sin embargo, el circo ocupó entre todos ellos un lugar privilegiado, ya se tratase del modelo

europeo donde Frank Brown brilló con luz propia, o el de su gran competidor: el circo criollo[49], que reunía pista y escenario bajo la misma carpa y encontró en los Podestá a sus hacedores más notables.

5.5. Los sucesos

Para el imaginario de la gran capital del Centenario, la calle Florida era la mejor cifra del progreso moderno. En ella habrían de tener lugar buena parte de las caminatas y paseos cívicos. Allí se levantaban las grandes tiendas, entre las que sobresalía *Gath & Chaves*, y otros espacios de socialización aristocrática como el *Jockey Club*. La Plaza San Martín ponía el adecuado broche a su elegancia con el flamante *Plaza Hotel* de Tornquist diseñado por Zucker; la estatua del Libertador -primer monumento ecuestre del país, obra de Daumas fechada en 1862 - era relocalizada frente a la arteria porteña y emplazada sobre basamento y grupos alegóricos concebidos - no sin escándalo- por Eberlein (Cf. Anexo CD-3). Florida era, sin dudas, la calle del "savoir faire", la mundanidad y el refinamiento.

A comienzos de 1910, la Comisión Municipal del Centenario, en plan de mejoras urbanas producto de la efervescencia celebratoria, decidió demoler el antiguo mercado ubicado en la intersección de Córdoba y Florida (donde hoy se levanta el Círculo Naval). En su lugar, previó la erección de un circo que brindase funciones gratuitas durante los festejos y la elección recayó en el clown inglés. Consecuentemente, en el mes de febrero se firmó un convenio entre el intendente Manuel Güiraldes y Frank Brown, por el cual el municipio cedía el predio a cambio de que el artista realizara treinta funciones sin costo durante el mes de mayo. Asimismo, éste asumía otros compromisos, entre ellos, el de importar de Europa una lona impermeable, contratar a pares extranjeros y "adornar el frente de la calle Florida con una construcción adecuada y de buen gusto con alegorías a la fecha patria" (Palacios: 2009).

[49] El programa estaba dividido en una primera parte, que protagonizaban en el picadero payasos y acróbatas, y una segunda parte, que transcurría en el proscenio, donde se representaban distintas obras.

A partir de allí, la prensa oficial manifestó su más absoluta y férrea oposición. El diario de los Paz, por ejemplo, fustigaba que esa carpa fuera "una construcción propia de pueblos de campaña o de barrios suburbanos y no del corazón de la zona aristocrática de una gran capital como Buenos Aires" (*La Prensa*, 24/02/1910).

También el Comité de la Juventud del Centenario, presidido por Atilio Brubigde e integrado entre otros por el hijo del expresidente Juárez Celman, se manifestó adverso a la resolución del Intendente, amparándose en que el contrato debía haber sido firmado por el Concejo Deliberante, al comprometer el uso de tierra fiscal. Normativas al margen, lo cierto es que los jóvenes se oponían a "ese *barracón* de la calle Florida" -como consigna una de las actas de asamblea (Palacios, *op. Cit*, con énfasis nuestro).

Cabe señalar que los circos que desde hacía al menos tres décadas se venían montando en la ciudad, lo hacían en espacios alejados del hábitat de las elites o incluso, en zonas por entonces poco pobladas. Según hemos podido reconstruir, al llegar al país Brown había actuado en el Politeama (Corrientes y Paraná) y más adelante en el Circo San Martín (Santa Fe y Montevideo, luego trasladado a Montevideo y Sarmiento). El de Rafetto se levantaba en Rivadavia y Anchorena, cuando la Avenida Callao marcaba el límite del centro; el circo Humberto I lo hacía en la intersección de la calle hómonima y Pasco, y el de Scotti en Moreno y Ceballos (cercano al actual Departamento Central de Policía).

Si localizáramos las carpas circenses en el plano municipal de 1909, comprenderíamos el rechazo de la oligarquía a la instalación de la tienda de Brown. Para ella estaba claro que el lugar era espacio, si entendemos por éste "el efecto producido [en el primero] por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales" (De Certeau, 2000: 129).

Figura 5.1. Plano de la Intendencia Municipal de la Capital, Proyecto Bouvard para la Ciudad de Buenos Aires, 1909, Catálogo Acceder [Referencias nuestras].

Que "el espacio es el lugar practicado", nos lo corrobora el accionar de los jóvenes de la elite al asumirlo como propio, esgrimiendo su exclusivo derecho de tránsito (y aun de porte). Así fue como el miércoles 4 de mayo, un grupo de ellos dio rienda suelta a la barbarie y prendió fuego al circo.

La práctica no era novedosa. En los teatros modestos, en los cabarets y en los prostíbulos, los "señoritos" acostumbraban ir a "armar la gresca", "divertimento" basado en la agresión y ridiculización de parroquianos y concurrentes habituales. Por ejemplo, cuando unos años más tarde el *Palais de Glace*[50] abandonara el patinaje sobre hielo y abriera sus puertas al tango, los

[50] Diseñado por J. L. Ruiz Basadre e inaugurado por esa época, su pista de patinaje de la planta baja medía 21 metros de diámetro; el hielo se conservaba con equipos de enfriamiento ubicados en el subsuelo. Los espejos y una cúpula de vidrio reforzaban la idea contenida en el nombre del palacio.

"niños bien" protagonizaron allí toda suerte de escándalos y tropelías.[51] Se trataba, en síntesis, de una demarcación territorial, no ajena a la marcación del poder.

Al día siguiente del incendio, *La Prensa* informaba sobre los hechos en una nota titulada "Acto de Justicia Popular":

> A los gritos de "¡Viva la Patria!" un grupo estacionado en la entrada del "Bon Marché" que da sobre la calle Córdoba inició la atropellada y comenzó a derribar el maderamen que circundaba a la construcción. Todos los demás se lanzaron entonces al ataque y diez minutos después el circo estaba destruido (05/05/1910).

Tras este primer avance, los agresores profundizaron la embestida:

> Los atacantes penetraron en el interior del circo y valiéndose de una cantidad de nafta que llevaban *ex profeso* prendieron fuego a la lona después de arrancarla y luego comenzaron a arder aquellos materiales en presencia de numeroso público en el que predominaban los jóvenes, muchos de ellos vestidos de frac o de smocking. Aquellos espectadores vitoreaban y aplaudían cada vez con mayor entusiasmo a medida que el fuego tomaba incremento (*ibidem*).

La alusión a la nafta portada por los atacantes habla de premeditación y da por tierra con las versiones no exentas de liviandad que mencionaban el vandalismo como producto juvenil de los excesos del champagne. El mismo cronista lo confirmaba a continuación:

> (…) Cuando llegaron los bomberos se les dificultó de todas maneras su acción. La policía era impotente para contenerlos, pues *eran muchos los que se habían puesto de acuerdo* para que

[51] El mito sostiene que hasta Carlos Gardel se vio envuelto en una de esas "grescas" junto a sus amigos Morganti, Abelenda y Alippi. Los hechos habrían ocurrido el 11 de diciembre de 1915, día de su cumpleaños. El Zorzal Criollo habría sido herido con un arma de fuego, cuya bala se alojó en su cuerpo y permaneció allí por el resto de su vida.

> no se pudiese salvar el circo de la acción de las llamas (*ibidem* [énfasis nuestro]).

Lo que sigue en el relato de *La Prensa*, marca el paso del mapa al recorrido, del "orden del lugar" al de la "acción espacializante" -en términos de De Certeau-:

> Luego del incendio, se organizó una manifestación en la calle Florida y Viamonte constituida por más de cuatrocientas personas. Llevaban trozos de madera y de zinc a modo de trofeo. Recorrieron Florida hasta Rivadavia y de improviso penetró y llenó nuestro hall [la redacción del diario estaba en Av. De Mayo al 500, entre Perú y Bolívar] una multitud de jóvenes enardecidos por el entusiasmo. Uno de ellos habló y expresó la satisfacción que sentían todos de haber librado a la capital argentina de una nota ridícula, como sería, dijo, la exhibición de ese adefesio en los días del Centenario.

Finalmente, el matutino adopta una mirada condescendiente con los jóvenes, reafirmando la toma de posición que desembozadamente reconocía en el título:

> A pesar de su carácter violento, lo miramos con respetuosa consideración: es una manera extrema de resolver una cuestión de decoro público que las autoridades no quisieron resolver por las vías administrativas. No de otra suerte suelen los pueblos cortar nudos gordianos que les mortifican. Así debía concluir el aldeano circo Florida, una vez acordada su construcción irrevocablemente. Le habíamos pronosticado ese fin. Estamos persuadidos de que la población ha de recibir complacida la noticia de la eficacísima justicia popular (*ibidem*).

Coincidía también *La Nación*, aunque con un artificio retórico más fino. Comenzaba el cronista por reafirmar una estética y una ética. "Aquello era feo, evidentemente feo, y chocaba no sólo con el gusto ambiente, sino con nuestras vanidades estéticas. El hecho en sí mismo es

condenable".

Pero inmediatamente negaba el párrafo anterior: "Incendiar por amor de la dignidad artística de nuestras efusiones patrióticas, no deja tampoco de ser incendiar [pero] del resultado material hay que felicitarse". La ideología del diario subordinaba así la ética a la estética.

Y en una síntesis propia del razonar dialéctico más avezado, concluía: "Y por lo demás, -¿para qué callarlo?- es un gesto semibárbaro y todo, pero juvenil, entusiasta, alocado, que no deja de tener su gracia en medio de todas estas frías indiferencias con que vamos llegando a la fecha del inmortal toque de arrebato (*La Nación*, 05/05/1910).

Es curioso cómo en una pirueta discursiva, esa juventud "entusiasta" y de gesto "alocado" terminaba parangonándose a esa otra mocedad patriótica que en 1810 había dado –ella también- un "inmortal toque de arrebato". ¡Los muchachos de entonces se asemejaban a los héroes de cien años atrás! La absolución era para *La Nación* un acto de justicia, al igual que para *La Prensa* cuando advertía: "No de otra suerte suelen los pueblos cortar nudos gordianos que les mortifican".

Por su parte, *La Protesta* contraargumentaba con suma lucidez. Responsabilizaba a los diarios de la elite de ser cómplices del ataque, aun cuando esa complicidad conllevara un vivo cuestionamiento al ideario que esos mismos periódicos proclamaban defender.

> Una prédica asidua, tenaz, hecha por la prensa que se dice defensora de la propiedad y que proclama la libertad de comercio, industria y trabajo, ha dado por resultado que un grupo de jóvenes elegantes que ostentan en sus lujos de ociosos patricios apellidos, nombres de encumbrados en los altos puestos públicos y en las listas aristocráticas de la nobleza rastacueril argentina, incendiase anteanoche el circo que la empresa Frank Brown y Cía. estaba haciendo construir en la calle *high-life* de la aldea.
>
> Y los diarios, esos mismos diarios, que proclaman el respeto a la ley y el derecho de propiedad, aplauden la quemazón, denominan "justicia popular" al hecho delictuoso y se entusiasman porque tal acto patriótico de estetismo urbano y de coraje cívico, han realizado quienes tenían por segura toda impunidad y contaban con el aplauso de quienes a realizar tan mísera hazaña les incitaban (*La Protesta*, 06/05/1910).

Vemos, pues, que el anarquismo reprobaba el hecho, no porque defendiera lo popular que había en el circo –Frank Brown era para el pensamiento libertario un empresario- sino porque condenaba la impunidad del poder. Recordemos para el caso, que "patotas" similares - si no las mismas- de "niños bien" de frac y con galera, habían quemado y saqueado bibliotecas, centros y círculos ácratas durante la "Semana Roja" del año anterior y volverían a hacerlo en momentos próximos a las celebraciones.

5.6. Debates

En torno a los debates urbanísticos generados por las celebraciones del Centenario, Adrián Gorelik (2004 a) señala la existencia de dos posturas en tensión. Una, la del reformismo conservador decimonónico, asumido desde el Estado Nacional a través de la Comisión del Centenario, ambas Cámaras del Congreso, el presidente Figueroa Alcorta y su gabinete. Otra, la de la "mirada municipalista" o del reformismo técnico, con centro en la Intendencia de Buenos Aires y cimentado en una burocracia nacionalista de base ingenieril que había cobrado impulso ya desde los tiempos de la gestión de Torcuato de Alvear.

La primera postura –nos indica Gorelik- puso el foco en los proyectos monumentales, la estatuaria y las Exposiciones Internacionales en el eje norte de la ciudad, legitimando y dinamizando esa línea de expansión urbana de modo definitivo (Cf. Anexo CD-3). Tuvo por órgano difusor de sus ideas la revista *Atlántida*[52], en cuyas páginas podemos leer que "el Concejo Deliberante se excedía en sus funciones al tratar de ser intérprete del pensamiento nacional" y que a éste no debía corresponderle ni la colocación de monumentos ni la adopción de decisiones sobre la toponimia urbana, por tratarse de "usurpaciones que creaban el riesgo de someter al país entero a una docilidad localista" (*idem*; 201).

La segunda postura, representación de la creciente burocracia tecnológica, sostenía por entonces desde las páginas de la *Revista Municipal* que la Intendencia era la única que "podía salvar a la metrópoli del ridículo que se le prepara con la insignificancia de las fiestas organizadas por la Comisión Nacional" (*idem*; 203).

[52] Dirigida por David Peña, miembro de la Comisión Nacional del Centenario, intelectual puente entre el *establishment* oficial y la nueva generación nacionalista que lo reconocerá como mentor.

Es en este contexto del debate urbanístico que Gorelik lee el episodio de la quema del circo de Brown e interpreta que la represión es "una componente estrictamente urbana" (…) que se vincula con una tradición de `jóvenes patriotas´ que salen en defensa de un espacio público que sienten ultrajado". Para el autor se trata de "un combate por imponer una determinada visibilidad y representatividad en la calle" (*idem*; 98).

Ahora bien, en ese gesto de demarcación territorial de la elite, estaban implicadas –a nuestro entender- disputas estéticas, culturales y políticas que desbordaban el debate urbanístico o que, en todo caso, le servían de marco.

La disputa estética polarizaba –dicho de un modo sintético- la carpa versus el mármol. Para la cultura hegemónica, la carpa del circo resumía lo fugaz, lo transitorio, lo endeble, aquello que estaba a merced del viento y las inclemencias. En contraposición, el mármol de los monumentos y edificios suntuosos representaba la permanencia, la solidez moderna y hasta el afán de inmortalidad y trascendencia que como mandato inexcusable el Romanticismo había impuesto al arte.

A la carpa se asociaban las estridencias, lo multicolor, el pastiche, la mezcla, la heterogeneidad. El mármol conjugaba la amalgama, la monocromía, el estatismo, la homogeneidad de estilo.

La carpa convocaba a un público vocinglero, bullicioso, locuaz, festivo, explosivo. El mármol apelaba a un público circunspecto, contemplativo, discreto, enciclopédico.

La carpa imponía una experiencia de comunicación propia de la fiesta y de la dramatización (Entel: 1994). El mármol instauraba la experiencia comunicativa del juicio, que exigía un estricto conocimiento del código estético dominante y sus convenciones.

La carpa potenciaba la materialidad, con olores de animales y exhibición de destrezas físicas, gritos y sudores. Como observa Sánchez en su estudio sobre el expresionismo en Brecht (1992: 76):

> Lo que el circo tenía de fascinante era la reducción del espectáculo a su componente material: la alegría de los cuerpos en movimiento, del riesgo desnudo, del humor sin trasfondos, un placer sólo accesible a la vista, al sentido del ritmo, sensaciones puras, pura admiración, puro compartir la acción

> física de los animales que corrían en torno al domador. (…)
> Todo estaba físicamente dicho.

El mármol, en cambio, sublimaba la materia y se proyectaba hacia una supuesta espiritualidad más etérea y sutil. Representaba "la pureza del arte burgués que –como bien señalan Horkheimer y Adorno (1988: 9) se ha hipostatizado como reino de la libertad en oposición a la praxis material, pagada desde el principio con la exclusión de la clase inferior".

Finalmente y a modo de síntesis, podríamos decir que hacia el Centenario, para la mirada hegemónica el mármol era el mejor exponente de su propia cultura; la carpa, su desvío.

6. EN BUSCA DE LA TRADICIÓN

> Porque –debe recordarse- no hay una única nacionalidad posible,
> sino varias, y son los hombres quienes eligen cuál van a construir.
>
> **Luis Alberto Romero**, *La crisis argentina…*

El estudio de los casos que venimos de exponer revela, en primer término, la existencia de serios cuestionamientos al orden conservador, de diversa procedencia y localización, como así también los resquemores que tales hechos - y otros de naturaleza similar- despertaban en el seno de la elite gobernante.

Asimismo, el análisis de tales sucesos afianza nuestra afirmación inicial sobre el papel que los festejos del Centenario desempeñaron en el ámbito doméstico: el de contribuir, de un modo eficaz e inteligente, a reafirmar la hegemonía cultural dominante.

Este proceso fue posible, a nuestro entender, a partir de un rescate interesado y parcial del pasado que, en tanto que operaba en la configuración del presente, producía claras identificaciones y visibles demarcaciones socio-culturales.

6.1. El almanaque

El primer punto que debemos señalar y que abona nuestra hipótesis, se vincula directamente con la fecha escogida como objeto de celebración. ¿Por qué la elección recayó en el 25 de Mayo como cifra de la identidad nacional? ¿Acaso no ofrecía el calendario patriótico otras fechas más emblemáticas?

En rigor de verdad, Mayo había sido un movimiento porteño, dirigido por una elite intelectual, con serias dificultades para integrar al resto del Virreynato al proyecto de libre comercio que encarnaba Buenos Aires. La "Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata a nombre del Señor Don Fernando VII" nunca se presentó como una ruptura al orden preexistente y, amparada en la teoría de la subrogación, había reconocido formalmente el orden colonial.

Ciertamente, el calendario del pasado brindaba otras fechas más emblemáticas a la hora de pensar en un proyecto colectivo inaugural. En primer lugar, estaba el 9 de Julio de 1816. Acontecimiento federal por excelencia que había reafirmado la "voluntad unánime e indubitable de estas Provincias [de] romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando séptimo, sus sucesores y metrópoli". Buen punto de partida para esa nación, el de su independencia. Claro que esperar a 1916 resultaba incierto para el orden conservador. El triunfo de Yrigoyen en las elecciones presidenciales de ese año, confirmaría que los temores oficiales no eran infundados.

Otra fecha disponible, digna de la representación colectiva y que ensamblaba perfectamente con la tradición republicana, esgrimida por el concierto de las naciones modernas, podía ser 1813. En definitiva, la Asamblea General Constituyente, si bien no había cumplido el propósito previsto de sancionar una constitución, sí había realizado intentos independentistas mucho más profundos y revolucionarios que la Junta de 1810, tales como acuñar moneda, establecer escudo y cucarda, encargar la composición de un Himno, poner fin al tráfico de esclavos y abolir la Inquisición. Pero en tiempos de crisis, tres años para más o para menos, suelen ser decisivos.

Otra efeméride no menos aglutinante para considerar el nacimiento institucional de la Nación era el 1º de mayo de 1853, día de la sanción de la Carta Magna, documento inaugural de cualquier Estado que se preciara de moderno. No obstante, la fecha tenía más de un óbice: Buenos Aires estaba a la sazón separada de la Confederación, ¡faltaban aún 43 años para su centenario! y el 1° de mayo contenía ya otras connotaciones como hemos visto a la luz de la "Semana Roja".

Seguramente quedaban fuera del calendario patriótico porteño el 12 de agosto de 1806, día en que un atribulado Beresford había agitado el pañuelo blanco de la rendición, o el 7 de julio del año siguiente con aquella capitulación definitiva que a Whitelocke le valiera la vergonzante destitución de la corona británica. A la razón práctica del tiempo materialmente disponible para las cuestiones organizativas, se agregaba otra de mayor relevancia: la inconveniencia para la alianza económica con el capital inglés, que resultaba indispensable para el proyecto hegemónico de entonces.

Claro que sin pretender hacer de este punto un tratado de efemérides, podemos sumar al repertorio otros sucesos del pasado no menos significativos, como "la primera fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza, cuyo cuarto centenario se cumpliría en 1936", o "la fundación de Santiago del Estero, que desde otras claves podía ser considerada -y lo sería explícitamente más adelante- tan primordialmente nacional como la Revolución de 1810" (Cattaruzza; 2007:31).

Lo cierto es que ante la diversidad que los hechos pretéritos proponían, la elección de la elite gobernante recayó en Mayo, operando claramente ese proceso que Williams (2000: 137) denomina como "la tradición selectiva", vale decir, "una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social". Insiste el pensador de Birmingham en que dentro de una cultura particular no hay nunca *una* tradición, sino que, a partir de un área total posible del pasado y el presente, ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados, y otros son rechazados o directamente excluidos. Por ello, "la selección y reselección de aquellos elementos significativos del pasado, recibidos y recuperados, representan no una continuidad necesaria, sino *deseada*" (énfasis en el texto; 1981:174). Ese proceso activo opera - como en una suerte de antología- en tanto elección y recorte de los hechos del pasado en el presente y lo configuran, indicando al mismo tiempo rumbos a futuro y beneficiando a los intereses de la clase hegemónica. Esa es, a nuestro entender, la razón de la elección de Mayo en 1910 frente a una disponibilidad mucho más amplia, como venimos de señalar.

Había además un relato adecuado que fortalecía este proceso de la tradición selectiva: la historiografía de Mitre. Al respecto, Devoto (2006 b) afirma que la *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (1857) no tuvo gran efecto de recepción por parte de sus contemporáneos. En la obra, el vencedor de Pavón le daba, efectivamente, a los sucesos de 1810 un carácter fundacional; así la tarea insigne de una elite ilustrada, liberal y fundamentalmente porteña había alumbrado, merced a la acción de sus prohombres, el nacimiento de la Patria.

Las correcciones posteriores que Mitre hizo a su *Belgrano*, más que meras cuestiones de estilo (los cambios en la adjetivación resultan cruciales en el proceso de connotación –nos recuerda Barthes-) formaban parte de la propia tradición selectiva con la que el autor se hallaba férreamente comprometido.

Había, claro que había, otros relatos sobre el pasado. Contemporáneo de Mitre, Dalmacio Vélez Sársfield, primero en forma periodística en 1854 y luego con su libro *Rectificaciones Históricas: General Belgrano, General Güemes* de 1868, había polemizado vivamente con el futuro fundador de la Junta de Numismática Argentina, dándole protagonismo a las masas del interior del país en el movimiento emancipador, dirigidas por el caudillo salteño. Juan Bautista Alberdi, por su parte, quien recordaba con ironía el doble papel de Mitre como "creador de libros históricos y de constructor de instituciones históricas que los avalaran", creía necesario "disolver la especificidad de Buenos Aires en el contexto de las revoluciones atlánticas y éstas en el desarrollo del capitalismo" (*idem*: 10).

La elite del 80 no se había mostrado demasiado entusiasta con el autor de la *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Otros relatos disputaban la primacía del campo historiográfico (ese "sistema predeterminado de posiciones, que exige clases de agentes provistos de cualidades determinadas -socialmente constituidas-" en términos de Bourdieu; 1983: 23). En primer lugar, Saldías, cuya inconveniencia para el régimen radicaba en la reivindicación rosista en su *Historia de la Confederación Argentina* de 1881. También Joaquín V. González, quien acercaba en 1888 una interpretación de la cultura nacional que reconocía, desde una matriz epidérmicamente hegeliana, la cultura indígena; pero muy especialmente, Vicente Fidel López con su *Debate Histórico, Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*, quien –sin poner en tela de juicio el centralismo porteño del viejo General Mitre- le cuestionaba aspectos conceptuales de la disciplina y relativizaba la elección que éste hacía de Mayo como momento fundacional. Devoto entiende que esto último es lo que "podría ayudar a explicar la popularidad de López entre los hombres del 80, a los que les gustaba verse como los fundadores de una nueva Argentina" (*op. cit*: 11 en nota al pie).

En este contexto, "la lectura de Mitre del surgimiento de la nueva nación tardó un tiempo en imponerse" -explica luego Devoto (*idem*: 13) y "más tiempo aún en ser percibida como una imagen del pasado que sirviera para una prédica nacionalista que galvanizara, en torno a un mítico pasado común, la identidad argentina".

Con estos elementos en danza: una fecha propicia elegida y un relato histórico que la legitimaba, el presidente Figueroa Alcorta envió al Congreso el anteproyecto de Ley para celebrar el Centenario, "con la íntima convicción de interpretar fielmente la aspiración

unánime del país" y a fin de "conmemorar dignamente la obra gloriosa de la generación de 1810 y el acto más trascendental de nuestra vida política" (*Diario de Sesiones*; 1908: 47).

El cariz de los debates parlamentarios da cuenta de las tensiones existentes en el seno de la elite gobernante, que se manifestaban especialmente en el campo de la cultura y el arte. ¿Cuál era el estilo arquitectónico más apropiado para adoptar en las celebraciones? ¿Quiénes debían participar en la ejecución de las esculturas y monumentos alegóricos: los artistas extranjeros o los locales? La disputa reafirmaba las contradicciones entre liberales y nacionalistas que ya hemos señalado en el capítulo anterior, a propósito de la quema del circo de Brown. Quien mejor expresó la inquietud reinante fue el senador Joaquín V. González, en su insistencia por "declinar conceptos transitorios y modificables, en homenaje a la ejecución de una obra que ya va siendo base de preocupación nacional y de dolorosa impresión". Bregaba González por que "un sentimiento de solidaridad y de concurrencia benévola y estrecha nos pongan a todos de acuerdo alguna vez, para alguna cosa", instando a "dar por terminadas las vicisitudes" y sancionar "cualquier cosa [sic]; ya que esta cualquier cosa es un conjunto de homenajes de relativo valor estético, histórico o material" (*Diario de Sesiones*; 1908: 53).

Finalmente llegaron los acuerdos, con la sanción de la Ley 6286 del 8 de febrero de 1909. El texto creaba la Comisión Nacional del Centenario[53], reconocía la labor desarrollada por su antecesora [54] y abría el juego para la conformación de siete comisiones especiales para la organización y realización de los festejos, a saber: Expropiaciones; Apertura y Ornato de la Plaza del Congreso, Estatuas y Monumentos; Escuelas; Exposiciones, Polígonos, Casas de Ejercicios Físicos y Juegos Olímpicos; Publicaciones, Certámenes Literarios y Cuadros; Exterior y Congresos; Programa General y Festejos Populares.

La constitución de tales instituciones era ya de por sí, todo un programa de reafirmación hegemónica. Indicaba dónde debía recaer el acento para hacer de las celebraciones un gran panorama, anticipando la noción de sociedad del espectáculo que acuñara décadas después Guy Debord (1995; pg. 23): "Toda la vida de las sociedades donde rigen las condiciones

[53] Presidida por el ministro de Interior, Marco Avellaneda, tenía como vocales al intendente municipal, Manuel Güiraldes, Quirno Costa, Gral Garmendia, senador B. Terán, Dr. P. Moreno, Vicente Casares, Carlos Estrada, L. Pereyra Iraola, J. Guerrico, Ortiz Basualdo, Anchorena, Apellaniz, Pellegrini y A. Paz.

[54] Una comisión *ad honorem*, sin presupuesto alguno y supeditada a las decisiones del Poder Ejecutivo. Poco pudo hacer y entre sus escasos logros figuraba la convocatoria a un Monumento a la Revolución de Mayo (que no se concretó), la reparación de la Catedral metropolitana y estudios de factibilidad para una Exposición Latinoamericana, tareas que tomó a su cargo la nueva comisión.

modernas de producción se manifiesta como una inmensa acumulación de espectáculos. Todo lo que antes se vivía directamente, ahora se aleja en una representación".

Las Exposiciones Internacionales fueron, sin dudas, el punto más alto de la exhibición del Centenario (Ver Anexo CD-2). Más allá de su incierto rédito económico (sólo la Exposición de Agricultura y Ganadería reportó ganancias), un público multitudinario respondió a la convocatoria.

Sin embargo, la incidencia mayor por su proyección en el tiempo, la tuvo a nuestro entender la instrucción patriótica, que unificó a argentinos e hijos de inmigrantes merced a la Ley 1420 de Educación Común.

6.2. Educando al soberano

A partir de 1908 una nueva administración se había hecho cargo del Consejo Nacional de Educación encabezada por el Dr. José María Ramos Mejía, quien a través de una normativa expresa y unívoca profundizó los contenidos nacionalistas que venían implementándose ya desde hacía algún tiempo. Para el caso, recordamos que un decreto de 1888 había dispuesto la obligatoriedad de seis horas semanales de historia argentina en los dos primeros grados del nivel primario; otro de 1899 había establecido que las asignaturas Geografía e Historia sólo podían ser dictadas por ciudadanos nacionales y que la materia Castellano, requería un docente nativo de la lengua en forma excluyente; un tercer decreto de 1902 había instaurado la obligación de exhibir la bandera y el escudo en todos los establecimientos educativos. Estas medidas, implementadas entre 1880 y 1900 apoyan la hipótesis de Tedesco (1982: 36) en

cuanto a que "los grupos dirigentes asignaron a la educación una función política y no una función económica".[55]

Las directivas de Ramos Mejía destinadas a los maestros, impulsaron la argentinización con mayor énfasis aún y de un modo progresivo y sistemático. En todas las disciplinas, la educación patriótica aparecía como eje transversal vertebrador de la *curricula*. Por ejemplo, para los contenidos vinculados con la lecto-escritura, señalaban: "En los grados inferiores, léanse y escríbanse con frecuencia (...) palabras y frases de carácter patriótico"; "En la conversación, en todos los grados, incluir con frecuencia asuntos de carácter patriótico: la bandera, el escudo, los monumentos, el himno nacional, los prohombres. Hacer lo mismo durante los ejercicios de reproducción oral de frases y trozos selectos"; "La composición se presta particularmente (...) a multiplicidad de ejercicios relacionados con la educación cívica y patriótica"; "Fórmense cuadernos de recortes de carácter patriótico" (*El Monitor de la Educación Común*, órgano del Consejo Nacional de Educación, 30/06/1908: 341-351).

Para el área de Ciencias Naturales, las indicaciones eran igualmente claras: "ilustraremos de preferencia las lecciones con ejemplos de la fauna, la flora y la gea argentinas"; "Estableceremos comparaciones respecto de la superioridad de nuestra producción comparada con los principales países del mundo, en la ganadería, en la agricultura"; "Hasta la higiene puede prestarse para provocar observaciones de carácter nacional y patriótico" (*Ibidem*).

Ni la aritmética ni el cálculo quedaron exentos de este proceso de argentinización. Por ejemplo, las instrucciones especiales con motivo de los festejos de la Semana de Mayo proponían para la enseñanza de Matemática:

> Problemas referentes a los años en que vivieron San Martín, Belgrano, Rivadavia, Moreno, Vicente López y Planes, etc. Determinar la fecha de nacimiento de esos prohombres y decir cuántos años tenían en 1810. Tiempo que media entre el 25 de

[55] Tedesco polemiza aquí con Cirigliano, para quien el sistema educativo argentino estaba estructurado para la formación de funcionarios portuarios: "La clase baja cosecha y faena; la clase media embala; la clase alta dirige la operación de exportar" (1967: 83). Tedesco, en cambio, entiende que la clase baja no necesitaba de la educación primaria obligatoria, porque esas tareas asignadas no requerían competencias de lecto-escritura; la clase media formada en el Colegio Nacional no se vinculaba -al menos directamente- con la actividad productiva y la clase alta, si bien controlaba las operaciones de exportación, no lo hacía precisamente a partir de los saberes adquiridos en la educación media y menos aun en la universidad.

> mayo de 1810 y las principales acciones de guerra de la Revolución. Problemas concretos en los que se haga mención a fechas de batallas, al número de patriotas antes y después de entrar en combate, al nacimiento y muerte de algún prohombre, a las fechas en que se reunieron las distintas asambleas, a los recursos, a la renta, al comercio, etc., de aquellos tiempos comparados con el presente (*El Monitor de la Educación Común*, 30/05/1909).

La música era igualmente alcanzada por el vendaval patriótico en las instrucciones educativas, destacándose en ella su valor comunicativo y afectivo:

> El honorable Consejo Nacional de Educación, al inaugurar la bien meditada serie de medidas tendientes a fortificar en el alma de los niños argentinos el sentimiento augusto de la Patria, y a convertir la escuela en el más firme e indiscutible sostén del ideal nacionalista de nuestra tradición y espléndido pasado, asignó a la música, en esta magna tarea, el papel importantísimo, y aún puede decirse decisivo, que ella por su carácter de poética vaguedad y de intensa emotividad puede ampliamente desempeñar (*El Monitor…*, 31/07/1911).

Para la educación cívica, en tanto, se prescribían prácticas lindantes con el adoctrinamiento. Un "catecismo patriótico", basado en preguntas y respuestas, debía ser memorizado por los alumnos.

> Maestro - ¿Cuáles son los deberes de un buen ciudadano?
> Alumno - El primero: amar a la patria.
> Maestro- ¿Antes que a los padres?
> Alumno- ¡Antes que a todo! (*El Monitor…*, 30/05/1909).

Además de las disposiciones, abundaban los artículos escritos por pedagogos que argumentaban en favor de la educación patriótica, reforzando así la normativa. Adelaida

D'Angelo, por ejemplo, recomendaba con criterio positivista en "Cómo puede darse a la enseñanza un carácter nacional": "Es en la escuela primaria donde puede decirse se forma y modela el alma de la nación para completarla en la secundaria y superior; y es por esto que en la primera deben depositarse las semillas que se desee den fruto y echen frondoso y corpulento ramaje en la edad madura" (*El Monitor…*, abril de1910, p.131).

Por su parte, Raúl B. Díaz en "El Centenario y la religión del esfuerzo" enfatizaba: "los hombres y naciones más benefactores, grandes y gloriosos, son los más esforzados, los que persiguieron un fin por más largo tiempo, los que más trabajaron, los más distanciados del Nirvana o del opio oriental, el mayor anacronismo de los tiempos modernos" (*El Monitor*…, junio 1910, p. 989).

Saúl Escobar, en tanto, en su "Orientación patriótica de la educación primaria" elogiaba las nuevas disposiciones: "Necesitábase pues, imponer un correctivo a tan singular cuanto anormal estado y acertadísimas medidas han sido tomadas a iniciativa de talentosos hombres animados de sanos propósitos, puros como la luz meridiana y nobles por la justicia que los ha inspirado" (*El Monitor…*, mayo, 1910, p. 491).

Estos textos apuntaban a fortalecer el rol de los maestros como intelectuales orgánicos - en sentido gramsciano-. Recordemos que para el pensador italiano, si bien cada grupo social nace vinculado a una esfera de la producción económica, crea para sí, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en el social, político y cultural. Desde esta perspectiva, para los sectores dirigentes de la educación, el maestro cumplía entonces una función clave en la construcción de una hegemonía y a ellos había que incorporar como sujetos activos del proyecto del Centenario. Nótese cómo insistía el citado Saúl Escobar, en el mismo artículo, respecto de la "tarea de mejoramiento social" asignada al maestro:

> Impónese, pues, una tarea perseverante de mejoramiento social, en cuanto se relaciona con la recepción de esa resaca humana que en forma de inmigración recibimos en nuestros puertos sin mayor contralor de esa inmensa avalancha que amenaza arrasar con todo lo hecho debido al esfuerzo de nacionales y extranjeros [Nota de nuestra autoría: por extranjeros, alude a figuras de la historia argentina como Brown o Matheu, pero no menciona a ninguno de los contemporáneos] (*idem*, 493).

También el mencionado Raúl Díaz coloca al maestro de escuela en el lugar de los elegidos para enfrentar grandes batallas:

> El maestro está allí entregado a la rutina diaria, achatado, suspirando por el "reino material" que no es el suyo, quejándose, "pidiendo justicia"… Olvida que su destino es descollar por la idea, la habilidad, el carácter y el bien: ir adelante, crear, templar energías. Que Dios lo hizo no con barro, sino con fuerzas o facultades para que las usase, no para que renunciase a ellas: para combatir y triunfar (*idem;* 991-992).

La postulación del docente como férreo defensor de lo que años más tarde Marcuse (1967) entenderá como cultura afirmativa (esto es: la afirmación de un mundo valioso, eternamente superior y esencialmente diferente del mundo real de la lucha cotidiana por la subsistencia, pero al que todo individuo "desde su interioridad" puede acceder sin modificar aquella situación fáctica), resultaba así *conditio sine qua non* para implementar la pedagogía patriótica.

Veamos cómo se articulaba ésta en el aula. Los libros escolares lo ilustran con claridad. Detengámonos un instante en algunos de ellos.

6.2.1 La hora de lectura

El mosaico argentino de J. B. Igón (1910) abre con un primer texto titulado "Patria y religión", que comienza así: "Amar a la Patria es un deber y morir por ella es una gloria. (…) Es amar la ley, el orden, la Autoridad, es respetarla, sostenerla y defenderla, es sacrificar las malas pasiones" (p. 7). Otros textos que siguen a éste en el mismo volumen pertenecen a la misma temática: "El escudo nacional", "La bandera argentina", "La independencia", "El paso de los Andes", "La Constitución Nacional", etc.

A continuación, un bloque especial: la "Galería de Argentinos Ilustres" nuclea a diversos personajes históricos, con méritos verdaderamente dispares, haciendo honor al título del libro de lectura. Mientras el Virrey Liniers ingresa allí por "su defensa en las invasiones inglesas" (p.10), e inmediatamente después Mariano Moreno por ser la "primera víctima sacrificada a la rivalidad de los partidos personales, a la torpeza de las pasiones egoístas y al celo estrecho de un mal entendido patriotismo" (p. 30), Carlos de Alvear sobresale por ser "brillante, generoso, de buen porte" (*sic*, p. 39). No faltan Vicente López, "autor de un himno que no debe ignorar ni un niño ni un adulto, porque es fiel trasunto de las esperanzas y de los nobles anhelos que animaron en un momento supremo a los próceres de la nación" (p. 35); ni San Martín, ya un clásico, a quien "no se le conoció jamás ninguna otra pasión que la de libertar a la América del Sur" (p. 40). La presencia de Juan Manuel Rosas entre tales varones ilustres resulta contradictoria, porque se lo señala como encarnación de "un período vergonzoso y sangriento" en el que "sucumbieron centenares de argentinos en los campos de batalla o bajo el puñal de los malvados" (p. 65). Esteban de Luca, Manuel Dorrego, Juan Lavalle, Bernardino Rivadavia y José María Paz integran también la galería. Las mujeres parecen haber sido poco patriotas a los ojos del pedagogo Igón, porque ninguna de ellas tiene lugar en tan digno panteón.

Después del bloque histórico, sobrevienen las "Descripciones". Se trata de textos dispares de autores argentinos como Sarmiento, Mitre, Zeballos, Marcos Sastre, cuyo valor estribaba, al parecer, más en lo geográfico que en lo literario, ya que cada fragmento de estos escritores se centra en un lugar preciso del territorio nacional.

Un párrafo aparte nos merecen "La lengua castellana" ("rica, elegante y majestuosa", p.141) y "La Biblioteca" con sus consejos: "en vez de gastar en dulces, juguetes y otros artículos que no sean de valor duradero, se puede de vez en cuando comprar un libro que generalmente paga con usura el pequeño sacrificio que se hizo" (p. 144).

El libro *Patria, hogar y fraternidad* de Petronila Wagner Sosa (1910) opta, en cambio, por la vena narrativa y articula las lecturas bajo la forma de micro-relatos con protagonistas más cercanos al destinatario infantil. En "La colección de estampas", un narrador en tercera persona comenta sobre las pertenencias de Pepito: "juguetes y objetos que formaban el conjunto de las chucherías que le proporcionaban diversión", aunque por encima de ellos estaban "las lecciones sobre historia patria" y en lo alto de la escala de valoración del niño "los retratos de los próceres que contribuyeron con sus sacrificios a la emancipación

argentina" (p. 16). La madre de Pepito decide enmarcar una estampa que la hermanita le ha regalado para ponerla en la cabecera de la cama; así el pequeño "cada mañana, al despertarse, miraría el cuadro y al decirse interiormente que imitaría las virtudes de los grandes hombres que hicieron una patria, vería que San Martín le sonreía aprobándole, y él perseveraría en sus aspiraciones" (p. 18- 19).

A diferencia de Igón, para quien la mujer no existía, la pedagoga Wagner Sosa le reconoce a aquella un lugar social: el de la salvaguarda moral. Leemos en "El Descontento de Sara" -un diálogo entre dos amigas acerca de qué significa ser mujer- la queja de la protagonista: "es tristísima nuestra condición". Su compañera, más optimista e inquieta, le responde: "¿No has visto la influencia moral que ejerce desde el hogar, en el mundo, por medio de los ciudadanos que educa? (p. 26). La mujer "es ante todo, excelente madre, porque no pierde nunca de vista a sus hijos, que nunca se enferman, porque los cuida en la comida, en el vestido, en los juegos; estudia higiene y fisiología para saber atenderlos bien" (*ibidem*). Finalmente, Sara se convence de tales bondades, a las que suma la de actuar en entidades de beneficencia: "La patria ganará con el establecimiento de instituciones que contribuyan al bienestar de sus hijos, amparados por mujeres altruistas" (p. 28).

Si bien esta forma del relato breve genera textos más entretenidos para un lector de corta edad, al subordinar la peripecia narrativa a una férrea preceptiva moral pierden el valor de la palabra en función poética.

Hogar y Patria (Libro para grados elementales y superiores) de Felisa A. Batallada (1916) es otro ejemplo cabal de la educación nacionalista. Su propuesta pedagógica parece sintetizar la de los dos autores anteriores, conjugando los textos expositivos de Igón y las intencionalidades narrativas de Wagner Sosa.

En el texto inicial, infaltablemente titulado "La Patria", leemos: "Es nuestra historia, son nuestros muertos, nuestros próceres, nuestro escudo". Pero además, "es nuestra bandera azul y blanca que repite al corazón del hijo y al corazón del patriota, el afecto y la acción fecunda a que es acreedora, porque ella es nuestra propia vida prolongada en las cosas, en las almas, en el espacio y en el tiempo" (p.6). En "El primer ensayo del Himno", velado homenaje a Ramos Mejía - su autor, desaparecido dos años antes-, aparecen enumeraciones de una retórica igualmente grandilocuente, casi un registro de época: "Tenían [los soldados] en el oído el

Grito Sagrado en el helado filo andino, en la campiña chilena, en la regia Lima y en los aludes gloriosos de Río Bamba y de Ituzaingó" (p. 22).

En "Hojas de mi Diario" la autora ficcionaliza la escritura del diario íntimo de la pequeña Elena, quien detalla la reciente realización de los festejos del Centenario. "Vivimos desde hace un mes en una baraúnda (*sic*) de festejos y novedades. La patria está en todos los labios como una emoción noble y vibrante que nos entusiasma y nos incita a ser buenos y estudiosos para honrarla dignamente" (p.23). "Llegan por millares visitantes de todos los países vecinos y de los más lejanos" –anota la niña en alusión a los huéspedes extranjeros- (*ibidem*). "Cada día, cada hora, en las calles y en las escuelas, se evoca el recuerdo de un prócer o el hecho inmortal de un héroe nacional" (*ibidem*)- refiere conmovida-. "Mis hermanas y mis primas confeccionan las escarapelas por centenares para los alumnos de las escuelas públicas de la Capital y de los territorios nacionales" (p.24) – explica sobre las labores propias del género-.

La asociación entre patriotismo y religión, una de las claves del discurso de argentinización, no puede ser más explícita:

> Por la noche, al despedirnos de mamá, nos dijo: -recemos elevando nuestro corazón a la Patria que cumple su primer siglo de vida: "Patria nuestra, que estás en la gloria, santificado sea tu nombre, por los siglos de los siglos…" (p.25).

Si el modelo de mujer patriota propuesto por Felisa Batallada en este libro de lectura es la mujer hogareña, el ejemplo paradigmático del hombre es el guerrero. En el texto "El futuro soldado", la madre piensa: "Sí, hijo mío, irás a servir a la Patria, pasarás fatigas, lucharás, aunque tu madre sufra; pero serás digno de esa otra madre, única a quien debes amar por sobre todo: tu Patria" (p.41).

También el padre asume ese discurso. En "Héroes y heroísmo", dice el progenitor en pleno diálogo familiar:

> Ay, hijos míos. ¡Son admirables las páginas militares de la historia nacional, pero más admirable aún es el carácter de

> aquellos hombres, sus nobles sentimientos cívicos, su desinterés, sus actos de abnegación, su decisión de sacrificar serena y deliberadamente todo: vida, bienestar y fortuna por la Patria! (p.64).

En ese ambiente familiar (y social), el hijo mayor cuenta en "¿Cómo se honra a la Patria?": "A todas horas se habla de patria, de banderas, de héroes. Durante los recreos discutimos en grande, porque algunos de mis compañeros prefieren a Belgrano, otros a Moreno, otros a San Martín y otros, en fin a Beruti" (p.109). A propósito, conviene recordar que "la identificación representa la forma más temprana y primitiva del enlace afectivo", como explica Freud ([1920-21]1947: 20) y "aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como `modelo´".

Precisamente, modelos heroicos abundaban. Para los alumnos, pero también para los maestros, a quienes –como hemos visto- se instaba a cumplir con su tarea cotidiana como si fueran los héroes de una gesta magnífica.

Los valores nacionalistas, verticalistas y militaristas que tales textos ensalzaban no sólo tenían dimensión discursiva. Iban acompañados de rituales como el saludo diario a la bandera, las ceremonias de izamiento y arrío, los actos, los desfiles y los cánticos. En tal sentido, se instauró la Semana de Mayo, se instituyó el Día de los Muertos por la Patria y se dio especial relieve a la Jura de la Bandera por los alumnos de tercer grado, acto para el que se aprobó una fórmula especial. Todas estas celebraciones debían concitar además "la presencia de padres y alumnos, con la entusiasta y laboriosa participación de los maestros, encargados de su organización" (*El Monitor*…, mayo 1909).

6.2.2. La inquietud crítica

Tal educación patriótica tuvo sus críticas, que se dieron a conocer a través de la prensa. Belén Sárraga, por ejemplo, militante anarquista que presenció parte de los festejos del Centenario, escribió desde Montevideo un duro artículo para la revista *Ideas y figuras*. Tras los ataques a

los diarios *La Protesta* y *La Vanguardia*, la quema de libros de los locales y centros culturales de socialistas y anarquistas y la agresión al "barrio de los rusos" (Balvanera), interpelaba:

> Esa opinión que ríe y se solaza y forma número en los festejos y entona el patriótico himno, ¿qué hace? ¿No ve a la patria que honra con percalinas e iluminaciones, infamada por unos estudiantes cerriles y una policía convertida en cómplice de los delitos que el código pena? ¿No comprende acaso que más antipatriótico que negarse a llevar una insignia es celebrar la fecha liberadora con despojos y asaltos? ¿No ve que más ignominioso que negar a la patria es abochornarla ante el mundo uniendo a las iluminaciones el incendio de las bibliotecas? (*Ideas y figuras*, Nº 34, 01/10/1910).

Por su parte, el cronista Bevioni recurre a su fina agudeza. Reproducimos parte de sus críticas, escritas en 1910: "Los pequeños hechos de armas que componen la pobre historia argentina son desmesuradamente inflados, enriquecidos de adornos fantásticos, como las fábulas", de tal modo que, "en comparación, los grandes eventos de la historia europea… parecen juegos de niños". En el mismo sentido, agrega: "Las escaramuzas de las pequeñas guerras locales (…) son narradas con un acompañamiento tal de truenos y relámpagos, que las jornadas decisivas del viejo mundo, desde Salamina hasta Trafalgar (…) terminan pareciendo pillajes de tribus africanas". Respecto de los "héroes de la epopeya argentina", entre los que incluye a "Liniers, Pueyrredón, Ocampo, Belgrano, San Martín, Alvear, Las Heras, Rivadavia, Urquiza" observa que "la escuela argentina y la tradición los han cubierto de gloria y *chez soi* son considerados conductores de ejércitos y pilotos de tormenta como para empañar a Alejandro, César y Napoleón" (1995: 91).

Más allá de estas observaciones sobre la educación patriótica, Bevioni aporta un dato interesante acerca del comportamiento popular durante los festejos, lejos del aula y de la institución escolar:

> Durante las fiestas de mayo no había en Buenos Aires otra cosa que cortejos que desfilaban por horas cantando el himno nacional: de este modo, para el forastero no educado en participar del sagrado fuego nativo por el himno y la bandera, caminar por la calle se había convertido en una intolerable molestia y en un odioso tormento porque los renuentes eran silbados y amenazados hasta que su dura cabeza no se descubría. En esas memorables jornadas, la borrachera general llegó a tal extremo que, de más de una manifestación se oyó subir el grito de "¡Abajo los extranjeros!" (93)

Estas voces dejaban entrever un instante de peligro. "La concentración de hostilidad con respecto a lo externo al grupo -como observará Adorno posteriormente en relación con la propaganda fascista - elimina la intolerancia en el seno del propio grupo" (2005: 41). Como en toda cesura identitaria, la Patria cobijaba, pero también excluía de modo violento.

6.3. Luminarias

Hemos dicho ya que durante las celebraciones de 1910, la ciudad de Buenos Aires se convirtió en un verdadero espectáculo, aunque con desigual montaje de luces y sombras. Por entonces, el sector más densamente construido apenas alcanzaba un quinto de la superficie total urbana, existiendo simultáneamente muchísimos espacios escasamente poblados hacia el oeste (los actuales barrios de Flores, Devoto o Belgrano) que habían sido integrados al distrito capitalino recién a partir de 1888 y que hasta entonces sólo eran habitados como estancias de veraneo por parte de las familias acaudaladas (Méndez y Gutiérrez Viñuales: 2006).

La *Plaza de los Dos Congresos*, ubicada en pleno centro de la ciudad, fue, sin dudas, el "acontecimiento urbanístico principal del Centenario" (Gorelik, 2004 a: 193). En efecto, la construcción y resolución del eje cívico-monumental *Plaza de Mayo-Palacio Legislativo* devino en la obra más representativa del período y por eso, la más estudiada en la bibliografía especializada. Se trató de la primera apertura "hausmaniana", que recurrió a expropiaciones,

indemnizaciones y demoliciones y que generó intensos debates entre ingenieros, higienistas y arquitectos.[56] "Tan ancha como nuestros mejores boulevares -escribía Clemenceau sobre la Avenida de Mayo-, se parece a *Oxford Street* por el aspecto de los escaparates y la decoración de los edificios" (1986, p. 36).

Teniendo en cuenta su importancia, la Comisión Nacional del Centenario ordenó la ornamentación del eje cívico-monumental con un extenso y abigarrado tendido de guirnaldas de luz, que se prologó incluso hacia la calle Florida. Tal imagen ha llegado hasta nuestros días como expresión del esplendor de entonces (Ver Anexo CD- 1).

Sin embargo, las luminarias no respondieron tal como nos muestran las imágenes. Al parecer aquí también operó la tradición selectiva (Williams), convirtiendo esas fotografías en emblemáticas de un momento que tuvo, en realidad, sus verdaderas sombras. Bevioni, el periodista italiano que se escabullía de los festejos oficiales y husmeaba detrás de bambalinas, escandalizándose por el despilfarro del dinero público, la especulación fiscal y la corrupción estatal que veía en nuestro país, escribió:

> Enormes arcos de madera y de hierro fueron tendidos de un lado a otro de la Plaza de Mayo, de la Avenida, de la calle Florida, y sobre aquellos arcos fue izada una cantidad fabulosa de lamparitas eléctricas. Y más lamparitas fueron esparcidas a millones con loca prodigalidad sobre todos los edificios públicos, a lo largo de las columnas de las iglesias, en los ángulos de los monumentos, en todas las salientes y en todas las concavidades de las casas que bordean las grandes avenidas. La noche de la fiesta, los buenos argentinos llenaron las calles, pero, qué pasó o qué no pasó, los millones de lamparitas no se encendieron (1995: 23).

[56] Leemos en "Cuestiones locales. París-Buenos Aires", *Revista Municipal*, 1895, p. 1592: "Crear una avenida grandiosa – cuando no tenemos hospitales, ni asilos, ni todas las calles abiertas, cuando tenemos todavía barrios populosos alumbrados con kerosene, cuando no tenemos como destruir las basuras de la ciudad sino empleando medios primitivos, cuando nuestros mataderos son un foco de infección (...) París tenía todo eso y mucho más cuando empezó a realizar sus proyectos, nosotros deberíamos hacer eso mismo" (en Gorelik; 2004 b: 245).

La crónica da cuenta de que el escándalo y el debate sobre las causas y responsabilidades de lo ocurrido se extendieron durante semanas, hasta que finalmente "Buenos Aires recibió una justa indemnización". "Las lamparitas permanecieron en sus lugares y durante un par de meses (…), a la manera de prueba a lo largo del día y con regularidad todos los sábados a la noche, vio la réplica de la iluminación en cada cuadra y con acompañamiento musical" (*ibidem*). Así las vemos hoy en las imágenes conservadas por el Museo de la Ciudad de Buenos Aires, devenidas en emblemáticas del Centenario.

6.4. La memoria del viaje

La fiebre celebratoria se extendió más allá de las luces céntricas hasta establecerse en el eje *Palermo-Recoleta-Retiro* (Ver Anexo CD-3). La elite dominante construyó allí para los festejos una imagen de sí misma férreamente sustentada en la materialidad del espacio urbano. Mármol, piedra, hierro y bronce, elementos de solidez y perdurabilidad - Benjamin alertaba sobre "el papel de subconsciente desempeñado por la construcción" (2004:52)- sirvieron de base a la estatuaria, los monumentos y palacios de dimensiones colosales que aún hoy persisten en esa zona de la ciudad, como testimonio de época y como indicios de esa clara voluntad de poder. De más está decir que tales obras, además de cumplir con una función hegemónica política y cultural, aportaron a esa elite beneficios económicos sustanciales, al poner en valor su propio hábitat de residencia. Así, en Retiro, Barrio Norte y Recoleta, el metro cuadrado pasó en promedio, de 160 pesos moneda nacional en 1896, a 180 en 1910.[57]

Dicho eje *Palermo-Recoleta-Retiro*, que hoy configura una escenografía patrimonial marcadamente visible[58], se articuló en estrecha correspondencia con la disposición de las Exposiciones Internacionales (cf. Anexo CD-2), exhibiciones propias de la Modernidad, verdaderos "centros de peregrinación de la mercancía-fetiche" (volvemos a Benjamin: 54).

[57] A propósito, Losada (2008) observa que es significativo que el intendente Bunge se opusiera, a fines del XIX a la reducción de tarifas de los tranvías entre Plaza San Martín y el cementerio de la Recoleta y al tendido de una línea en la Av. Alvear (hoy Libertador) con el argumento de que el barrio se vería poblado de conventillos y casas baratas.

[58] Díaz Balerdi (2008) señala que en los tiempos contemporáneos "los objetos no siempre se conservan en los museos" y las posibilidades de "acceso a las colecciones patrimoniales hoy se multiplican" (p. 48). El autor postula la existencia de otros ámbitos de la memoria objetual, "otros espacios, otras arquitecturas, otras articulaciones del imaginario colectivo que se pueden manifestar en forma de paisajes, edificios, plazas, objetos, aparatos, fotografías, palabras, sistemas multimedia, conexiones en red, etcétera" (p.45)

Esa localización llamaba la atención de Bevioni. Comparaba el periodista la experiencia porteña con otras del resto del mundo: "Todas las Exposiciones Internacionales (…) se hacen en un solo ambiente. Buenos Aires ha querido fragmentar su exposición en una docena de secciones, para esparcirlas, aisladas y alejadas la una de la otra, por el pobre Palermo" (1995: 29).

En efecto, la Exposición Internacional de Agricultura y Ganadería se situó en las inmediaciones de Plaza Italia (hoy, Sociedad Rural); la de Industria Nacional en el Parque Tres de Febrero; la de Ferrocarriles y Transportes Terrestres, a la vera del arroyo Maldonado, cerca del Hipódromo; la de Higiene, en Av. Tagle y Alvear (actual predio de la Biblioteca Nacional). Sólo la de Bellas Artes encontró espacio en Plaza San Martín, en el pabellón que la Argentina había construido para la Exposición Internacional de París de 1889.

En forma paralela al emplazamiento de las exposiciones, se produjo la localización de la estatuaria que el Estado Nacional había adquirido en Europa a través de la gestión de figuras destacadas del arte vernáculo de entonces, como Ernesto de la Cárcova o Eduardo Schiaffino. Estos artistas fueron comisionados al Viejo Mundo y a sus servicios se deben, entre otros: *Los primeros fríos* de Blay, el *Sagunto* de Querol, *La duda* de Cordier e incluso, un poco antes, el *Sarmiento* de Rodin (Ver Anexo CD-3).

De igual modo, en ese sector de la ciudad la elite dispuso el emplazamiento de los monumentos que las distintas colectividades regalaron a la Argentina para el Centenario: la Columna Meteorológica Austro-Húngara, el Monumento a Washington, el Monumento de los Españoles, la Fuente de la Riqueza Agropecuaria de Alemania, el Monumento de Francia a la Argentina, la Torre Monumental de los Ingleses.

De esta forma, el eje *Palermo-Retiro-Recoleta* se convirtió en una vidriera estética, exquisita y refinada, proyectándose con esos rasgos a través del tiempo, tal como se ve en el mapa actual que reproducimos en la página siguiente. Como observa Halbwachs (1990: 17): "El arreglo general es obra de un grupo pasado y lo que el grupo ha hecho, otro lo puede deshacer. Pero el diseño del grupo original se encarnó en una estructura material. La fuerza de la tradición local proviene de este objeto físico que le sirve como imagen".

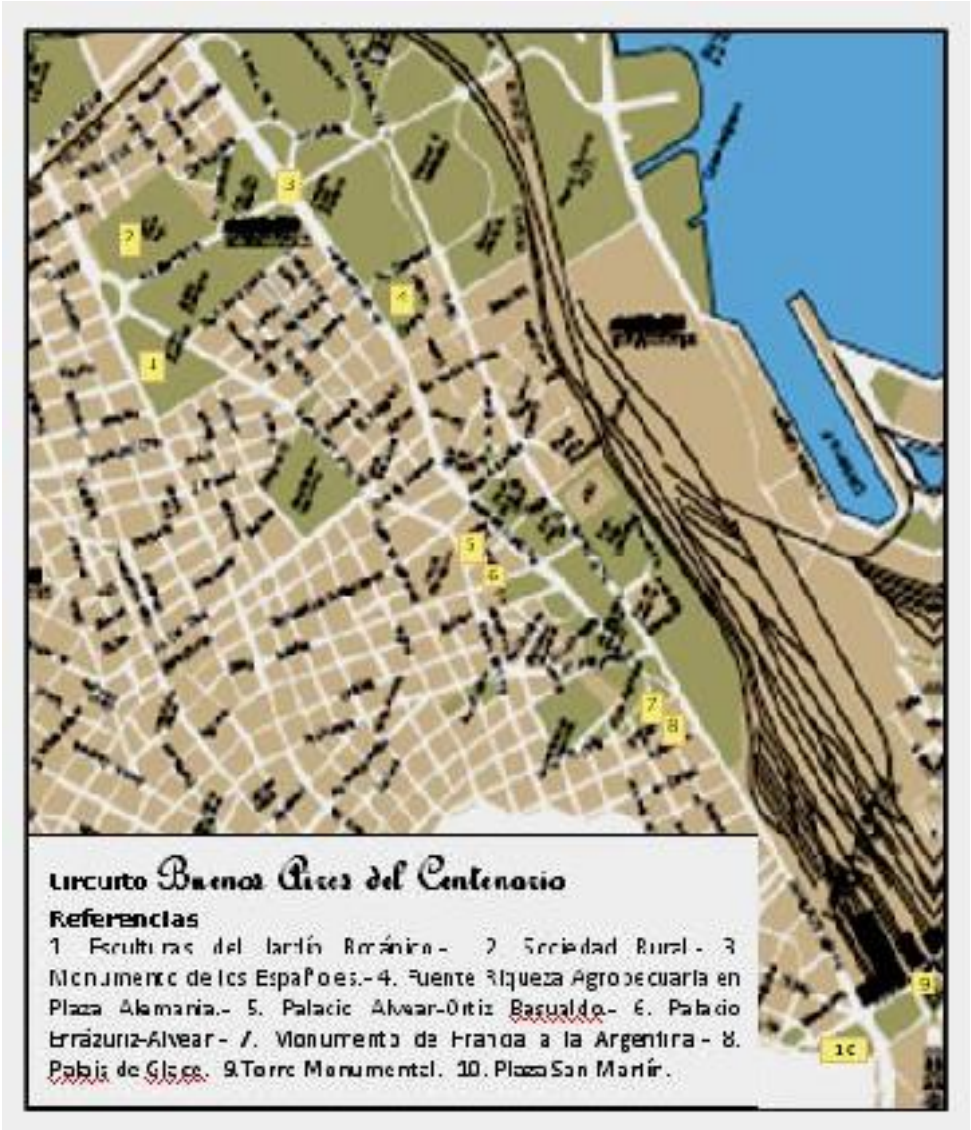

Figura 6.1. Localización de monumentos en el plano actual de Buenos Aires, configurando un itinerario de valor patrimonial. Lo hemos denominado Circuito Buenos Aires del Centenario (Iriart, 2009).

Ahora bien, este diseño urbano entrañaba una gran paradoja: la de celebrar el propio pasado histórico a través de la memoria del viaje europeo.

Precisamente las estatuas adquiridas en el Viejo Mundo, el abrazo estético al academicismo francés, los suntuosos palacios (Alvear-Ortiz Basualdo; Errázuriz-Alvear; José C.Paz; Mercedes de Anchorena – entre otros-), la práctica habitual entre sus miembros del coleccionismo exacerbado, "complaciente en suscitar un mundo lejano" (Benjamin,

2004:56)[59]; todo ello apuntaba a rescatar el viaje europeo antes que una supuesta gesta emancipatoria nacional.

Hasta la más original innovación arquitectónica de esos años: la construcción del Barrio Parque -puesto en obra en 1912, aprovechando la parquización de la Exposición Industrial- realizaba un trazado urbano propio de las ciudades europeas - París especialmente-, opuesto al de la grilla, modelo expansivo e igualador aplicado al resto de la ciudad.

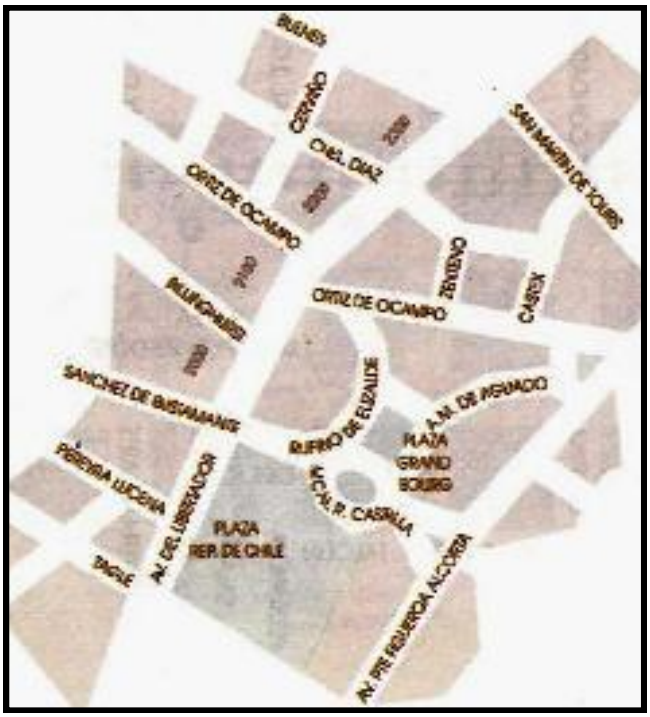

Figura 6.2. Plano del Barrio Parque, más conocido como Palermo Chico, Gentileza: Buenos Aires Antiguo.

Todas las acciones emprendidas en esta zona confluían hacia el proyecto de hacer de Buenos Aires la París de Sudamérica, como tanto se ha repetido. Ese artificio de ciudad moderna se

[59] Tan intensa es esta práctica que, por ejemplo, la colección de arte de Josefina Errázuriz Alvear da nacimiento, nada más ni nada menos, ¡que a un museo! – como se detalla en el Anexo CD-3.

montaba para beneficio de la propia elite que en el 80 había instaurado el modelo agro-exportador para la Argentina, y para la mirada extranjera de los viajeros. Éstos, "interesados en reconocer la pertinencia de esa ciudad pujante a un mundo latino claramente en retroceso frente al predominio norteamericano" (Gorelik, 2004 b: 86) conformaban, de hecho, el coro de aprobación que convalidaba el proyecto hegemónico.

6.5. Voyeurs

El primero en llegar fue Anatole France en 1909, quien gozaba de cierto prestigio literario. [60] Pese a considerar a los argentinos "como chicos" por ser "un pueblo sin pasado" que convocaba a "tenores y vedettes como el oso sabio o el chimpancé que juega al ajedrez" (los dichos fueron recopilados por su secretario privado Jean-Jacques Brousson, en Salas; 2009: 151), lo cierto es que los honorarios a percibir por diez conferencias lo trajeron encantado al Plata. Sus exposiciones fueron lamentables, para su correligionario Giusti: "un honorable fiasco", pero así y todo se lo despidió con banquete de oficio y discurso de homenaje a cargo de un intelectual del régimen como Carlos Ibarguren.

A tal huésped le siguió en orden de llegada el valenciano Vicente Blasco Ibáñez[61], quien alertado sobre el fracaso de su par francés, organizó conferencias sobre los temas más variados, elogió la belleza incomparable de nuestras mujeres y se mostró maravillado ante los progresos del país. En escasas semanas escribió *Argentina y sus grandezas*, que dio a conocer en Buenos Aires en ajustada sintonía con los festejos oficiales.

En abril de 1910 llegó su compatriota Ramón del Valle Inclán, acompañando a su esposa, actriz de la compañía de María Guerrero Mendoza. Dio un par de conferencias donde mostró sus preferencias monárquico-carlistas, exhibió un profundo conocimiento del modernismo y su generación -la del 98- e impactó en un sector del público porteño.

Pero si de viajeros ilustres hablamos, ese lugar fue ocupado sin discusiones por Georges Clemenceau, quien dedicó notas elogiosísimas en la prensa francesa que el diario *La Nación*

[60] Para la época de su arribo a Buenos Aires, ya había publicado varias de sus obras más destacadas: *El crimen de Silvestre Bonnard*, *El estuche de nácar*, *El delirio rojo*, *La isla de los pingüinos*.

[61] Ya había escrito *La barraca*, *La Catedral*, *La bodega* y *Sangre y arena*.

traducía ni bien aparecían, para publicarlas en su edición del día siguiente. Esta práctica del periódico de los Mitre confirma nuestra hipótesis en torno al doble propósito perseguido con los festejos por parte del poder hegemónico. Clemenceau paseó por estancias bonaerenses, por el Tigre, por el establecimiento de enfermos mentales *Open Door* de Luján; disfrutó con las carreras del hipódromo y con la acústica del Teatro Colón; elogió los avances de la educación pública y de los medios de comunicación, en especial *La Nación*, *La Prensa*, *El Diario* y las revistas *Caras y Caretas* y *PBT* "que reemplazan la palabra escrita por la imagen, según una fórmula que acaba de hacer su aparición en Francia" (1986: 134).

El otro francés ilustre fue Jules Huret, quien de su paso por el país dejó como testimonio los dos tomos de su libro *De Buenos Aires al gran Chaco*. Recorrió los lugares establecidos por la agenda oficial, respondió con ponderaciones a todas las atenciones recibidas y exaltó los diversos paisajes sin ahorrar elogios. Va aquí su visión de Palermo:

> Las palmeras se yerguen por doquier y en el bosque de Palermo, adonde os dirigís en vuestro primer paseo, los grandes eucaliptos, los pimenteros y los bambúes os hacen comprender que estáis en un país de clima maravilloso, en una Riviera encantada donde la vida debe ser abundante y fácil (1988: 27).

La mirada del extranjero, "sobre todo si ese otro era un intelectual europeo del prestigio de los que arribaron a la Argentina, sirvió para exacerbar la euforia provocada por el Centenario" - corrobora Salas (*op.cit*.:166). La excepción fueron dos viajeros: el citado Genaro Bevioni y Santiago Rusiñol, quienes al eludir la apología celebrante y aportar una mirada crítica, fueron rápidamente olvidados.

6.6. La otra ciudad

¿Qué pasaba en tanto con el resto de la ciudad? Las estadísticas de Magaz (2007: 224-226) que reproducimos a continuación, nos confirman que, exceptuando el eje *Palermo-Recoleta-Retiro* donde, entre 1880 y 1910 se emplazó la mayor cantidad de obras (un 77% del total), en el resto de los barrios porteños la disposición de estatuas, monumentos y piezas de arte

público fue extremadamente baja (Barracas resultó el más olvidado).

Corte cronológico 1880-1910

Barrio de la ciudad de Buenos Aires	Porcentaje aprox. de obras emplazadas
Barracas	3%
Costanera Sur	5%
Recoleta	14%
Monserrat	5%
Palermo	55%
Retiro	8%
San Nicolás	5%
San Telmo	5%

Tabla 6.1. "Estadística por corte cronológico 1880-1910", en Magaz, María del Carmen (2007). *Escultura y poder en el espacio público*. Buenos Aires: Acervo Editora Argentina, p. 224.

Los datos cuantitativos resultan fácilmente cualificables en el contexto que venimos de describir. Una lectura cruzada de ellos con el análisis del plano que Gorelik (2004 a: 202) realiza del territorio de los festejos nos permitirá avanzar aún más sobre la ciudad de los subalternos.

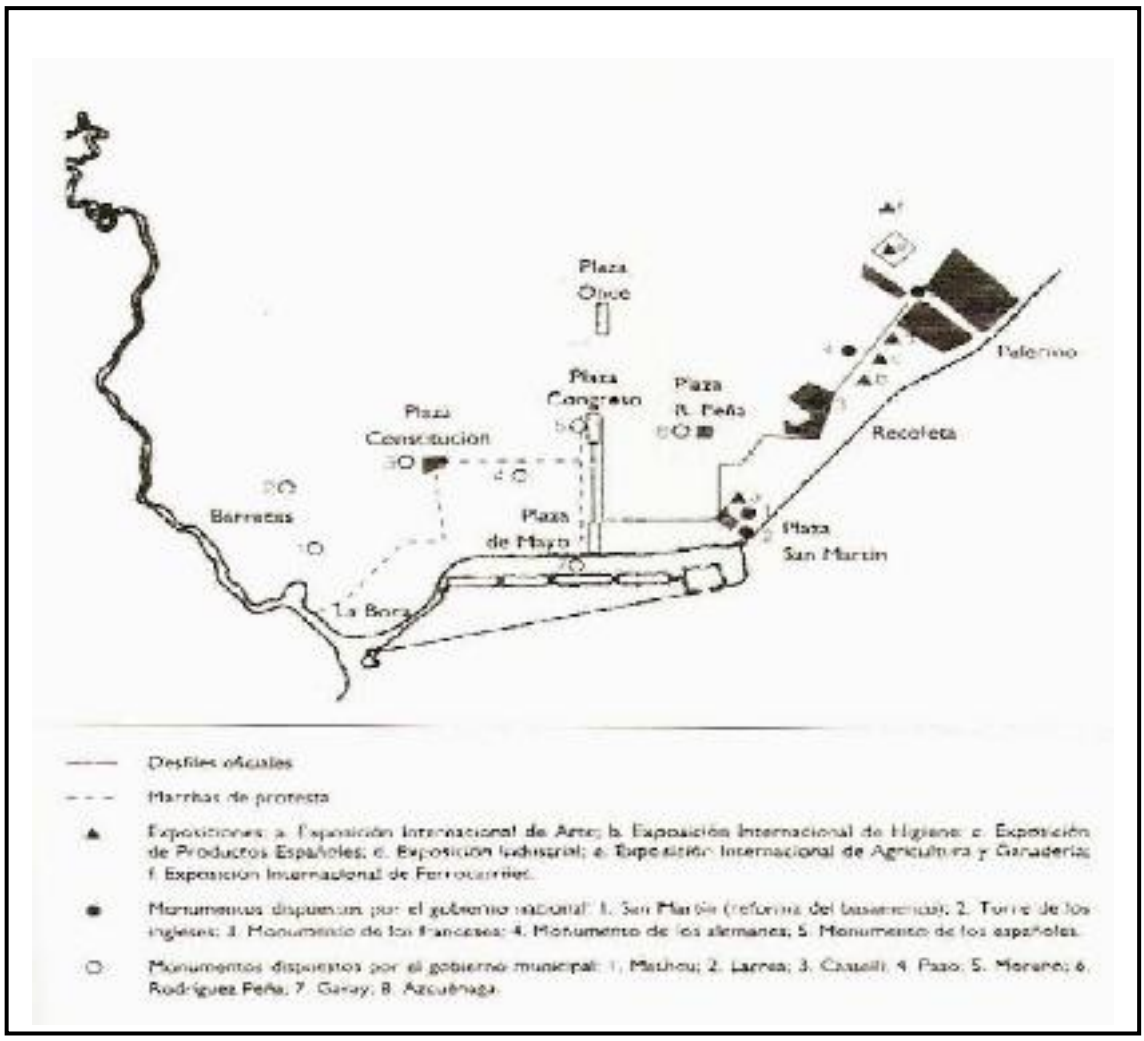

Figura 6. 3. Esquema sobre usos del espacio público en 1910, en Gorelik (2004), *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: UNQ, p. 202.

El plano - verdadero territorio en términos de De Certeau (2000)- nos muestra, en primer lugar, la contraposición entre los desfiles oficiales (por la Av. de Mayo y hacia el este) y las marchas de protesta de los "sin pan y sin trabajo" encabezadas principalmente por anarquistas y socialistas (hacia el sur y oeste de la misma arteria). Resulta claro, pues, que cada sector se adueñó simbólica y materialmente de una parte del espacio urbano y el eje-cívico: Plaza de Mayo-Congreso fue la línea demarcatoria.

Pero además, una lectura más detenida del plano nos muestra construcciones diferentes, emprendidas por instituciones diferentes y destinadas a espacios ocupados por habitantes que también se presuponían diferentes. Nos referimos a los monumentos ordenados por la Comisión Nacional del Centenario (que venimos de ver situados en el eje *Palermo-Recoleta-*

Retiro) y las estatuas de los miembros de la Primera Junta (más la de Juan de Garay), construidos por iniciativa de la Comisión Municipal (Ver Anexo CD-4).

En definitiva, lo que el plano de Gorelik exhibe con claridad es la coexistencia de dos proyectos en el seno de la clase gobernante. Uno, el de la elite liberal (heredera del ideario del 80), afincada en la memoria del viaje y realizándose en el norte de la ciudad. Y el otro, el del ala nacionalista, con énfasis puesto en la argentinización del caudal inmigratorio, que centraría su accionar en el sur y el oeste de Buenos Aires. Ya nos hemos referido a estas tendencias en tensión y disputa, a propósito de la quema del circo de Frank Brown.

Veamos la localización de la estatuaria de Mayo: Castelli en Plaza Constitución, Paso en Colegiales, Larrea y Vieytes en Barracas, Azcuénaga en Primera Junta, Matheu en La Boca, Moreno en Congreso, Saavedra en San Nicolás. Las excepciones son Rodríguez Peña en la plaza homónima y Alberti en Barrancas de Belgrano.

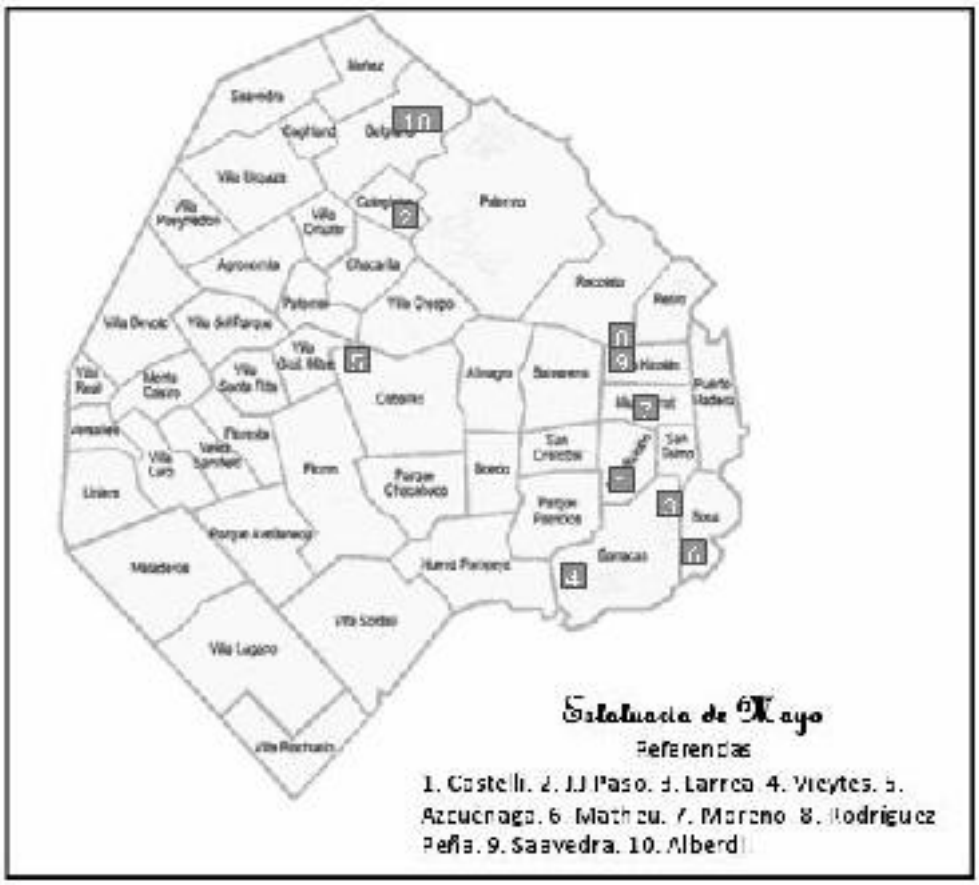

Figura 6. 4. Localización en el plano actual de Buenos Aires de las estatuas en homenaje a los miembros de la Primera Junta, a cargo de la Comisión Municipal del Centenario [Referencias nuestras].

Esta dispersión urbana respondía a un explícito programa didáctico formulado por Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*. Si la memoria del viaje tenía el trazado de un itinerario en línea recta, la pedagogía de las estatuas sólo podía resultar efectiva en la diseminación reticular. A propósito, observaba el tucumano:

> La historia no se enseña solamente en la lección de las aulas: el sentido histórico sin el cual es estéril aquella, se forma en el espectáculo de la vida diaria, en la nomenclatura tradicional de los lugares, en los sitios que se asocian a recuerdos heroicos, en los restos de los museos y hasta en los monumentos conmemorativos, cuya influencia sobre la imaginación he denominado la pedagogía de las estatuas. (1971: 139)

Esta pedagogía que, como hemos observado, estuvo presente en la ritualización de las prácticas de la memoria encaradas por la escuela pública, encontró en la ciudad un espacio óptimo para su materialización: las plaquetas conmemorativas, la nueva nomenclatura de calles y plazas según figuras o acontecimientos patrióticos y los desfiles y procesiones cívicas que ocupaban masiva y multitudinariamente la escena urbana.

.

7. EN BUSCA DE LA REPRESENTACIÓN

Nuestra sociedad es el campo privilegiado
de las significaciones míticas.

Roland Barthes, *Mitologías.*

La versión selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado no es solamente una operación del orden del discurso. Acabamos de ver el peso de prácticas y valores puestos en juego en los rituales de la educación patriótica, como así también la especial atención puesta por un sector de la elite gobernante en la estatuaria de Mayo, que tuvo en Rojas su impulsor más activo.

No fueron éstas, sin embargo, las únicas representaciones de la Patria. Hubo otras, como abordaremos de inmediato. Debemos señalar al respecto que el repertorio del Centenario es amplio e involucra imágenes del orden conceptual (como el mapa presentado en las Exposiciones), de alta exposición y circulación social (tal el caso de la publicidad) o de la subjetividad particular (la tarjeta postal y el souvenir).

7.1. El mapa

Dentro de las publicaciones auspiciadas por la Comisión Nacional del Centenario debemos incluir el mapa que nuestro país presentó en las Exposiciones Internacionales.

Cabe señalar que la exhibición cartográfica era una práctica habitual en el concierto de las naciones modernas, a la que la Argentina había adscrito en previas ocasiones.[62]

También conviene mencionar que hacia fines del XIX, la confección de mapas por parte de los países se inscribía en un momento histórico particular en que, como señala Gorelik (2004 b: 28), "la construcción estatal del concepto moderno de nación (a la que el surgimiento de la geografía viene atado) supone la identificación de la patria con un territorio".

Consecuentemente con esta idea dominante, la cuestión cartográfica había comenzado a especializarse como saber progresivamente autónomo de otras disciplinas, debido al desarrollo de instituciones especializadas y con ellas, a la profesionalización de topógrafos, agrimensores y geodestas.

Pero además, como observa Lois (2010: 178) en el contexto conmemorativo del Centenario, los mapas nacionales "funcionaron como una vitrina en la que la reescritura de la geografía y de la historia nacional adquiriría una visibilidad notable".

Veamos, pues, la cartografía celebrante de la Argentina, conocida como el Mapa de 1910.

[62] En la Exposición Universal de Chicago de 1893, por ejemplo, el *Mapa topográfico de la República Argentina*, realizado por el Ingeniero Civil y de Minas H.D. Hoskold, "construido sobre los datos más recientes y dedicado al Exmo. Gobierno de la Nación" había resultado premiado. Casi dos décadas antes, la primera cartografía oficial impresa en estas tierras, obra de Arthur von Seelstrang y A. Tourmente, se había exhibido en la Exposición de Filadelfia de 1875, formando parte de la obra geográfica *Die Argentinische Republik*, firmada por Richard Napp. Este mapa tuvo su importancia porque fue la primera vez que la Patagonia aparecía integrada al resto del territorio nacional y no bajo la forma de un recuadro adjunto.

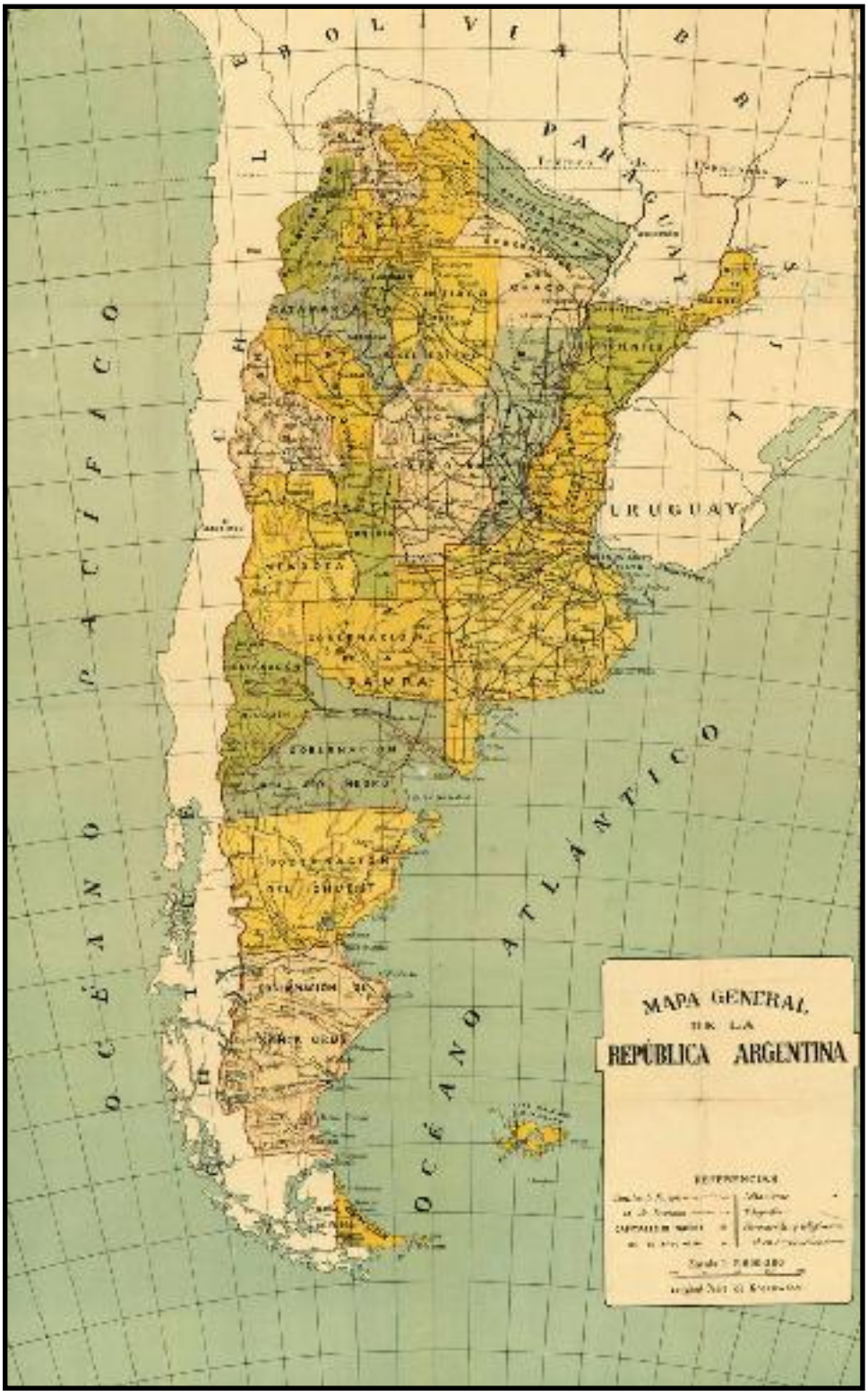

Figura 7.1. Mapa de la República Argentina 1910: Frente (*Digital Map Collection, American Geographicall Society Library)*.

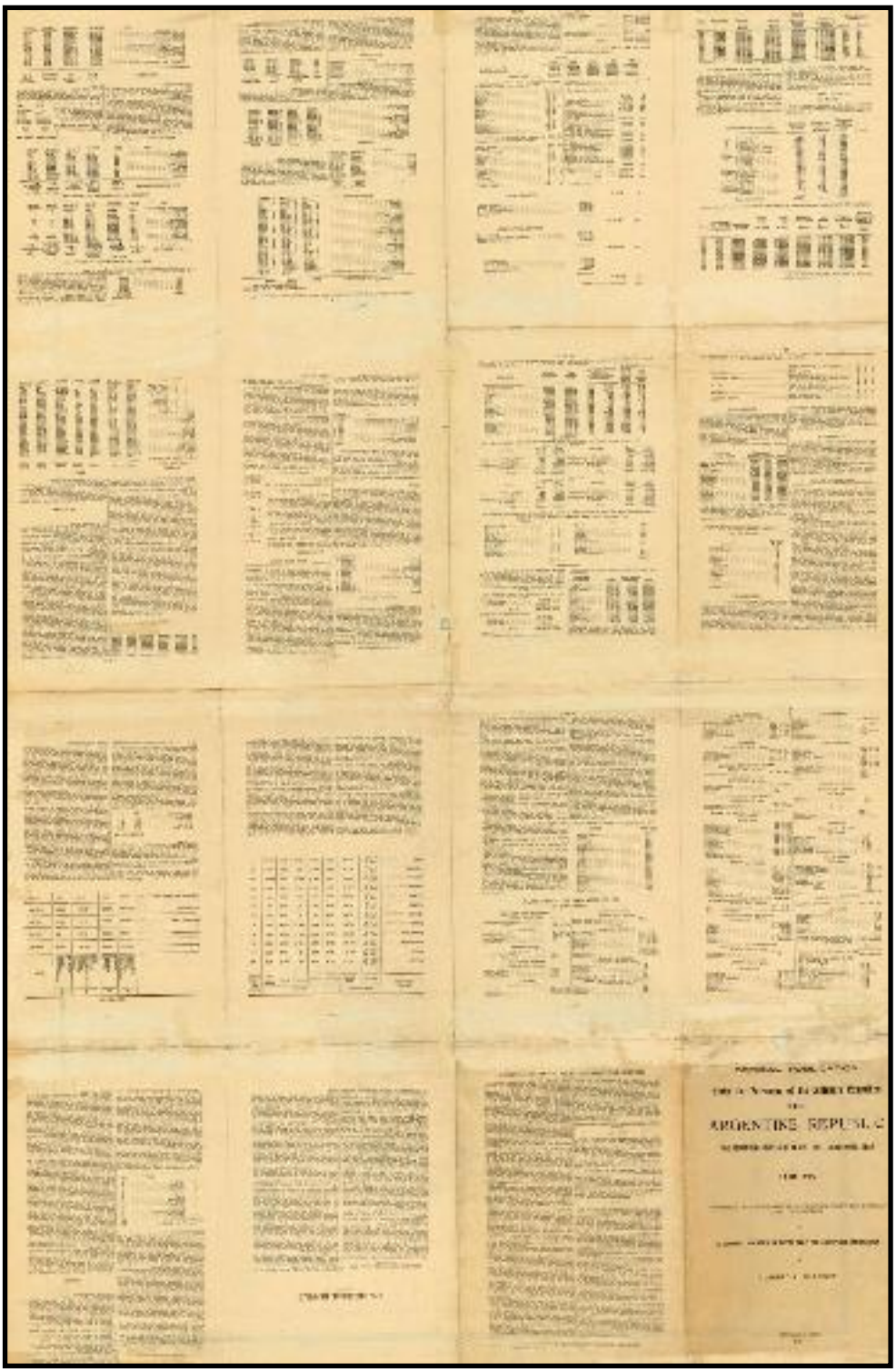

Figura 7.2. Mapa de la República Argentina 1910: Reverso. (*Digital Map Collection, American Geographicall Society Library)*.

Impreso como folleto de dos caras, sus dimensiones eran: 92 cm de alto x 54 cm de ancho. En el frente, aparecía una cartografía evidentemente familiar, con la leyenda: "Mapa general de la Republica Argentina". Figuraba como autor Alberto B. Martínez y en calidad de colaborador o co-autor se consignaba directamente: Comisión Nacional del Centenario de la República Argentina.[63]

La imagen cartográfica consistía en "la silueta del territorio argentino coloreado como un rompecabezas -donde cada pieza corresponde a una provincia o a un territorio nacional-" (Lois, 190), enmarcado por los países vecinos en color blanco, con sus respectivos nombres y capitales. La denominación de ambos océanos, en una tipografía más grande, resultaba de altísima legibilidad. Un pequeño recuadro lateral incluía el título del mapa y sus referencias en castellano.

El reverso, en cambio, estaba escrito totalmente en inglés, encabezado por un extenso título: *Official publication under the patronage of the Centenary Committee, the Argentine Republic in its first centennial year: 1810-1910 statistical and geographical information about the republic and its resources as a country adapted in every way for European immigration by Alberto B. Martinez, Buenos Aires 1910*.[64] El texto ofrecía una descripción física y política del territorio; se detenía luego en la actividad económica con datos estadísticos que certificaban cuantitativamente el progreso del país y concluía con la legislación pro-inmigración vigente. Se consignaban también datos sobre la industria cultural (*printing works*, *lithography*, *book binding*, *art and ornamental*) con el propósito de exhibir los logros del país en el plano de la cultura.

A partir del reverso, no caben dudas de que el mapa fue pensado para la proyección del país en el extranjero, hecho que abona la tesis de proyección internacional de los festejos para la obtención de nuevos mercados. Sin embargo, el que se distribuyera en todas las escuelas y reparticiones públicas del país y que desde entonces se impusiera como cartografía habitual, nos confirma también su funcionalidad doméstica. El uso de la lengua nacional en el frente es otro dato, no menor, en el mismo sentido.

---

63 Este documento cartográfico ha sido digitalizado en 2009 e integra la *Digital Map Collection* de la *American Geographicall Society Library*.

64 Publicación oficial bajo el patronazgo de la Comisión del Centenario de la República Argentina en su primer centenario: 1810-1910, información estadística y geográfica acerca de la república y sus recursos como país que se adapta en todos los aspectos a la inmigración europea, por Alberto B. Martínez, Buenos Aires, 1910.

Lois focaliza su atención en dos aspectos del mapa de 1910. En primer lugar, el hecho de que esté montado sobre "un esquema tipo *puzzle* en el que cada una de las piezas corresponde a una unidad político-administrativa", esquema que a su entender esconde la desigualdad del status jurídico entre las provincias y los territorios nacionales y que lleva a la "eliminación de toda huella de formas de organización territorial indígenas que todavía funcionaban en algunas zonas del Chaco y de la Patagonia" (*op. cit.*: 192). En realidad, Lois olvida la existencia *del Mapa de Regiones Militares de la Argentina*[65] de 1905, que parece haber estado muy presente en el diseño cartográfico del Centenario y que ya homologaba jurisdicciones de rango diverso.

Figura 7.3. Mapa de Regiones Militares de la Argentina, 1905, Instituto Geográfico Nacional.

[65] Incluido en el *Boletín Militar del Ministerio de Guerra*, Año 1, mayo de 1905, Nº 140.

Pero el segundo aspecto que resalta la investigadora argentina y que sí nos parece central es que gran parte de las líneas de telégrafos y ferrocarriles que figuran como referencias de la cartografía de 1910 no se encontraban todavía en funcionamiento, sino que formaban parte de proyectos que, en algunos casos ni siquiera llegarían posteriormente a concretarse.

Existía entonces en el mapa un "predominio de la red de comunicaciones proyectada [por] sobre la red real" y esto explicaría algunos hechos curiosos como que "apenas resulte perceptible la centralidad exagerada y claramente manifiesta de Buenos Aires dentro un sistema de transporte históricamente radial" o que casi todos los topónimos estén "hilvanados como si se tratara de un territorio armoniosamente articulado" (*idem*, 193).

En definitiva, estos dos aspectos nos permiten afirmar que el mapa del Centenario exhibe el espectáculo de un territorio extensísimo, que lucía políticamente armónico y modernamente comunicado.

Lois se pregunta si estos desajustes entre la realidad y el ideal obedecen "a un exacerbado grado de optimismo o si, más bien, se corresponden con una intención deliberadamente ficticia, más próxima a intereses netamente propagandísticos" (194). A nuestro entender, ambos aspectos se conjugaban en una suerte de dialéctica de exhibicionismo y ocultamiento.

En esa tensión, el plano cartográfico auspiciado por la Comisión Nacional del Centenario deviene en un ejemplo notable de cómo la imagen puede ser implementada en la construcción de hegemonía.

A este proceso colaboró la acción insistente de la publicidad que supo aprovechar para sí el contexto celebratorio, extendiendo sus beneficios al comercio local, como veremos de inmediato.

7.2. La publicidad

Ya hacia fines del siglo XIX, por efecto del surgimiento de las capas medias, "una serie de bienes sufrieron una verdadera explosión de consumo; vino, fósforos, zapatos, galletitas, muebles, velas, cerveza, cigarrillos y ropa hecha producidos localmente [o importados], inundaron el mercado" -explica Rocchi (en Lobato; 2000:52).

En simultáneo, la prensa escrita, especialmente las revistas o *magazines* registraron un verdadero estallido publicitario, basado en el incremento de las dimensiones de los avisos y del número de éstos por edición. El anuncio traspasó así los límites de la columna de texto para llegar a ocupar la media página y aun la página entera. Asimismo, el sistema tradicional de inclusión publicitaria en las últimas hojas de la publicación fue modificándose por la compaginación yuxtapuesta del material noticioso y el material publicitario.

Este proceso, que Habermas (1994:212) -parafraseando a Bücher- describe en relación con la prensa europea del XIX como el de una "empresa productora de espacios para anuncios publicitarios, espacios que se convierten en una mercancía de fácil salida gracias a la redacción en paralelo con que van acompañados", tiene en la Argentina un ejemplo paradigmático en *Caras y Caretas*.[66]

Precisamente, hacia finales del siglo, señalaba la revista:

> La innovación de las actualidades europeas intercaladas en las páginas de avisos ha sido bien recibida por el público, que tiene ese interesante servicio de información más, y por los avisadores, que ven así empleado su dinero con mayor eficacia, pues el anuncio se lee un 50% más que si esas páginas estuviesen como antes meramente destinadas a anunciar. El aviso de *Caras y Caretas* ha evolucionado naturalmente con el auge y notoriedad de la publicación: antes el periódico buscaba al avisador, ahora el avisador busca al periódico (*Caras y Caretas*, Nº 53, 07/10/1899).

Una mirada sobre las imágenes publicitarias de 1910 (Cf. Anexo CD-5), nos acerca a los productos fabricados a partir del Centenario y las estrategias de marketing publicitario generadas en torno a dicha circunstancia.

[66] Nacida el 8 de octubre de 1898, alcanzó rápidamente un volumen de circulación hasta el momento inédito en el mercado nacional para una publicación periódica. En 1904 el semanario –que había iniciado su publicación con 15.000 ejemplares - alcanzó una tirada de 80.700 y llegó, en 1910, a 110.700. Anteriormente, las publicaciones periódicas se mantenían por suscripciones o subvenciones estatales. En *Caras y Caretas* el 25% de su material era publicidad, proporción que fue en paulatino aumento. Fue el primer medio argentino en fragmentar la lectura de sus contenidos con la introducción de los avisos publicitarios dentro de la grilla del material editorial.

Ejemplos del primer caso son el perfume "Bouquet Centenario", elaborado por *La Couronne*, o los cigarrillos "Centenario", manufacturados por Álvarez y Cía. La marca, claramente referencial, orientaba "el anclaje del producto en un recurso de identificación indispensable" (Chaves; s/d).

En otros casos, la marca buscó enraizar metonímicamente en el sentimiento nacional imperante. Así salieron al mercado productos registrados con el nombre de figuras de la historia patria, como la yerba *Sarmiento* o los habanos *Mitre*. Otra estrategia consistió en asociar la marca con el carácter nativo de la manufactura, como el insecticida *Argentino* -destacado por su potencia- o la yerba Vera Cruz o Ildefonso "para el criollo de pura cepa" (Cf. Anexo CD-5). Aquí la marca funcionaba –según otra de las estrategias que señala Chaves- por su condensación simbólica.

Por otra parte, como ya hemos dicho, el Centenario permitió también desarrollar estrategias de marketing publicitario para promocionar productos que ya existían desde tiempo atrás en el mercado. La cervecera Quilmes, por ejemplo, instrumentó un canje de cupones[67] por premios alusivos al 25 de Mayo; Álvarez y Cía. convocó a un concurso de maquetas y carros alegóricos; Tricófero de Barry organizó pequeños relatos alusivos y Fratelli Branca rediseñó su campaña para que se ajustara a la vivencia patriótica.[68]

En estas representaciones publicitarias del Centenario es posible encontrar dos estéticas en tensión: la del positivismo finisecular y la del art nouveau. Por efecto de este último -que se ganó las preferencias de las capas medias según Schávelzon y Karp (1975)- se fueron perdiendo los largos textos expositivos dedicados a exaltar las bondades del producto y se perfilaron nuevas propuestas basadas en el poder evocador de la imagen.

Algo de esta tensión se percibe también en las tarjetas postales, que tuvieron gran importancia en la vida cotidiana de entonces.

---

[67] El procedimiento era al parecer muy frecuente, como se desprende de la publicidad en los medios gráficos. Tales cupones permitían obtener descuentos o su trueque por regalos publicitarios que reforzaban el valor de la marca.

[68] Cien años más tarde la misma empresa usó similar estrategia con motivo del Bicentenario, aunque integrándola a su proyecto de responsabilidad social corporativa: el patrocinio de obras de arte, a través del concurso Arte Único de Fernet Branca. Los trabajos premiados integraron la muestra itinerante que circuló por distintos espacios de la Capital Federal y por diversas ciudades del interior del país.

7.3. La tarjeta postal

Hasta fines del XIX en todo el mundo, la edición de tarjetas estuvo exclusivamente a cargo de los Estados y sus oficinas de correos. Realizadas en cartulina y destinadas a mensajes breves y escuetos que circulaban sin sobre (la privacidad resultaba un rasgo aleatorio) hacían posible la comunicación con tarifa reducida. Por esa razón, la iniciativa había obtenido una inmediata aceptación internacional, generando paralelamente un incremento de las rentas postales nacionales.

En este contexto mundial, en octubre de 1878, el Correo Argentino decidió adoptar también ese vehículo de comunicación interpersonal y editó entonces la propia, por un valor de 4 centavos. El sello postal llevaba el busto del poeta y militar Esteban De Luca. Esta tarjeta pionera carecía de imagen, como imponía la costumbre de la época (Ver Anexo CD-5).

Veinte años más tarde y siguiendo igualmente la tendencia internacional que incorporaba iconografías emblemáticas de cada país, el ente estatal imprimió las primeras postales con fotos provistas por la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.

A comienzos de siglo, cuando el Estado perdió el monopolio de la impresión se produjo una considerable expansión del negocio editorial privado vinculado con la tarjeta postal, impulsado por empresarios que provenían mayoritariamente del comercio filatélico. El editor más importante en aquellos años pioneros fue Roberto Rosauer, cuya *Casa Filatélica* ubicada en Rivadavia 522, sobresalía como la tienda más prestigiosa de la actividad en la ciudad de Buenos Aires. Como anunciante frecuente de la *Revista de la Sociedad Filatélica Argentina*, Rosauer ofreció por primera vez al público sus *Tarjetas con vistas de Buenos Aires y de la República Argentina editadas por la casa*, a fines de 1901.

La aparición de nuevas técnicas se tradujo en propuestas estéticas diferentes, vinculadas al proceso de reproducción. Así, a la fototipia[69], procedimiento muy frecuente en las primeras postales (Peuser fue un maestro en este campo), se sumaron la litografía[70] y su par en colores:

[69] Reproduce en forma mecánica clisés fotográficos sobre una emulsión sensible a la luz, con bicromato sobre cristal o cobre a bajos costos y grandes volúmenes. Esta técnica permite crear efectos de luz difusa y su aspecto se asemeja bastante al de una fotografía.

[70] Procedimiento muy común en las artes plásticas, basado en una matriz en piedra, engrasada, entintada y con prensado posterior.

la cromolitografía. Los procedimientos de relieve, por otra parte, apuntaron a darle a la pieza mayor densidad material y con ella cierto valor artesanal. La foto-postal[71], con su tirada estrictamente limitada o a veces única, intentó quizás recuperar en vano la "infinita lejanía aurática", perdida por efecto de la reproductibilidad técnica.

Lo cierto es que la práctica de enviar y recibir tarjetas devino en masiva. Con ella ganaron los grandes editores de la época como el citado Jacobo Peuser, Adolfo Kapeluz, Kirchoff & Cía., Pita & Catalana o Stephan Lumpert, en tanto que fotógrafos como Harry Grant Olds, Samuel Rimathé o Eugenio Avanzi nos legaron sus muy personales testimonios. Al calor de esta actividad de la industria cultural surgieron también empresas de mensajería privada y muchas firmas comerciales, apoyándose en costumbre tan aceptada, diseñaron como estrategia publicitaria el regalar al público sus propias creaciones, garantizándose para sí una circulación muy amplia de su oferta con una reducida inversión.

Durante los festejos del Centenario la iconografía patriótica tuvo un lugar privilegiado en la tarjeta postal. Por ella desfilaron distintas figuras históricas, de una heroicidad ya consagrada por efecto del programa de educación argentinizante: San Martín, Belgrano, Moreno, Saavedra y el resto de miembros de la Primera Junta, junto con Rivadavia, Urquiza y Sarmiento. Pero también la industria cultural incorporó otras figuras más cercanas en el tiempo como Roca o hasta el propio Figueroa Alcorta, presidente en ejercicio. De este modo, esos personajes de la política contemporánea entraban a formar parte del panteón de héroes nacionales, naturalizándose esa inclusión ya sea por contigüidad iconográfica con los próceres del pasado o por procedimientos compositivos donde quedaban asociados con emblemas identitarios como la bandera o el escudo. Lo interesante en todos estos casos es que dichas representaciones anulaban las diferencias políticas e ideológicas (San Martín podía "compartir cartel" con Rivadavia, por ejemplo) y borraban disputas pretéritas no exentas de violencia (Ver Anexo CD-5).

Esa misma ausencia de conflictividad se percibe en la representación de la Argentina. Si bien son evidentes los ecos de la *Marianne* de la Revolución Francesa, no era la joven insurgente de cadenas rotas en su paso por las calles guiando al pueblo con la melena desordenada. Esta imagen se hubiera asociado más directamente con la Libertad, referencia poco conveniente en un país con Ley de Residencia y estado de sitio en vigencia. De lo que se trataba, en cambio,

[71] Se trata de fotografías de estudio reveladas en cuarto oscuro, impresas en papel fotográfico con la leyenda "Tarjeta Postal".

era de exaltar la pacificación, el orden, la concordia, en suma: la República. Por ello la Argentina del Centenario se representó en una figura femenina adulta –atrás y sobre todo lejos habían quedado los impulsos juveniles-, frecuentemente acompañada por el ramo de olivo e incluso, en posición sedente. Solía llevar un manto o estola diáfana sobre los hombros, generalmente celeste (asociado al color patrio pero también al manto de la Virgen María). En otras ocasiones, el peinado recogido iba acompañado del gorro frigio (Cf. Anexo CD-5).

El único caso en que la postal admitía la representación explícita de la violencia era en imágenes que ilustraban escenas de la guerra de la independencia. Todavía el afán coleccionista conserva muchas de las series didácticas impresas por entonces, que explicaban combates como el de San Lorenzo o agitaciones callejeras como las de la Semana de Mayo. Solían ir acompañadas de un texto explicativo, que reforzaba su carácter pedagógico al tiempo que encuadraba esa violencia dentro de una legitimidad pasada (Véase Anexo CD-5).

Si como ya hemos señalado, esta práctica de comunicación interpersonal estaba fuertemente arraigada, nos interesa detenernos aquí en el uso particular que hicieron de ella los sujetos del Centenario. Hasta el momento, la tarjeta postal se había empleado para enviar saludos e información precisa o con carácter testimonial de la presencia personal en un espacio determinado: las "lejanas playas", las "hermosas sierras", las "tranquilas islas". En 1910, ese rasgo de fe casi notarial trocó el espacio por el tiempo.

En efecto, notamos en los textos escritos de puño y letra la necesidad de sus autores de dar cuenta de que se sentían testigos de un acontecimiento histórico particular y único. El 25 de Mayo, Juan escribía este mensaje a Julia, quien -como él- vivía en la ciudad de Buenos Aires: "Recibe un recuerdo del gran día que festejamos los argentinos, un saludo de tu hermano", mientras que a Elvira Lantaño le llegaba otra a su domicilio de Carlos Calvo 3365 en la que podía leer: "Los grandes hechos de la vida colectiva se escriben en la Historia Nacional. Los grandes hechos de la vida de cada uno tienen también su historia. Son grabados en la mente", firmada por "Su amiga, Angelita Chávez".

Podemos observar ese mismo afán testimonial en otro tipo de postales basadas en la fotografía personalizada. Para ello, los interesados se colocaban detrás de un panel pintado con alguna imagen alegórica que, a la altura de la cabeza tenía un hueco, por donde podían asomarse para ser retratados. En este caso, la escritura no era necesaria, sólo bastaba la imagen.

Si la fotografía –como sostiene Barthes- es el testimonio de un *ça a été*, la tarjeta postal del Centenario lo es de un *J'ai été*. Ese afán por atesorar un recuerdo en ciernes que comprometía la percepción de una subjetividad moderna, con conciencia histórica, permitía además al sujeto participar activamente en la fabricación del souvenir.

7.4. El souvenir

Resulta curioso comprobar la prolífica existencia de objetos recordatorios que se fabricaron, comerciaron y distribuyeron durante los festejos.

Un interesante conjunto de esa producción se exhibe en forma permanente en la Sala F del Museo Histórico Nacional, formando parte de sus fondos. Sin embargo, la mayor parte se encuentra hoy en manos de coleccionistas privados que han preservado esos objetos en su infatigable tarea de "combatir la dispersión y el caos en que se halla toda cosa en el mundo", en palabras de Benjamin (2004).

Ciertamente, a lo largo de nuestra investigación hemos registrado la existencia de abanicos, medallas, monedas, ceniceros, cajas de fósforos, cuadernos escolares, libros recordatorios, prendedores, relojes, pañuelos, lámparas, jarrones, vasos, tazas, platos, servilleteros, etc. (Ver Anexo CD-5).

Ante tal multiplicidad, la mirada no entrenada se pierde y reafirma aquello de que "los coleccionistas son grandes fisonomistas de las cosas" (otra vez Benjamin, 225), empeñados en quitarles a éstas su carácter mercantil para inscribirlas en un orden distinto, regido por la compleción, el aprecio y la negación del valor de uso.

Podríamos agregar también que cuando esos objetos son sustraídos del orden personal del coleccionista e insertos en otros como el museístico, llegan a adquirir un plus de significación social, sea del orden del saber histórico, académico o del arte. No obstante, en ese proceso pierden su condición de táctiles para trocarla por la subordinación a su condición de ópticos.[72]

[72] "La propiedad y el tener están subordinados a lo táctil y se encuentran en relativa oposición a lo óptico" -comenta Benjamin, para concluir con esta síntesis: "El flâneur: óptico; el coleccionista, táctil" (2004: 225).

A propósito, una interesante muestra de piezas recordatorias de la Colección Pablo Bulcourf, fue exhibida en la sala Moores del Museo Histórico Mitre de la ciudad de Buenos Aires, con apoyo de la Academia Nacional de Numismática, entre el 19 de abril y el 28 de mayo de 2010, bajo el título "La construcción del espacio público a través de sus medallas y libros conmemorativos".

Pero más importante aún, en términos de proyección internacional, fue la realizada -en el marco de la presencia argentina en la Feria del Libro de Frankfurt- en el Museo Bröhan de Arte Decorativo de Berlín, del 14 de octubre de 2010 al 3 de enero de 2011 bajo la curaduría de Sergio Barbieri, basada en los mates de loza y porcelana, encargados a Alemania y otros países europeos para la ocasión, denominados popularmente -no sin paradojas- como "Mates de la Patria" (Ver Anexo CD-5).

A partir de la materialidad del souvenir y en función de lo que muestran las exhibiciones, podemos pensar que hubo lotes destinados a uno u otro sector social. Porcelana, cristal, oro y plata para los de más alto poder adquisitivo; loza, papel, lata y vidrio para los presupuestos más exiguos. No obstante, todos se unificaban en su carácter de recordatorios y en su adscripción a la estética del Kitsch, "forma de mentira artística" (Eco, 1999:87), basada en un repertorio de "efectos sentimentales que sugieren la idea de que el receptor está perfeccionando una experiencia estética privilegiada" (*idem*: 89).

La supervivencia actual de tales objetos nos conduce a la hipótesis de una circulación y comercialización masivas, lo que habría permitido que el Centenario, al entrar en los hogares, impregnara la vida cotidiana de los sujetos.

Si, como sostiene Benjamin (1992), "el souvenir es la reliquia secularizada" y funciona como un "complemento de la vivencia", muy probablemente esos objetos recordatorios, con su carga emotiva, reforzaron los aspectos míticos puestos en juego durante los festejos.

7.5. La ilusión compartida

De lo que hasta aquí hemos expuesto, no caben dudas de que la imagen visual cumplió un papel fundamental en el proceso de reafirmación hegemónica durante el Centenario.

Exposiciones, monumentos, estatuas, luminarias, mapas, publicidades, postales, impactaron de lleno en la percepción visual. Pero además, al tratarse de objetos que podían tocarse (postales, relojes, medallas), degustarse (bombones, cervezas, mates), olerse (perfumes, cigarrillos) y oírse (canciones, himnos, marchas), interpelaron integralmente a los sujetos, apelando a todos sus sentidos.

De este modo, la imagen funcionó no sólo en términos perceptivos, sino en una dimensión más compleja o, como señala Tisseron (1997:9; en Entel, 2008:69) "concebida como un conjunto de relaciones, o mejor, un nudo de ilusiones compartidas".

Otra cuestión importante que debemos señalar es que tales imágenes no se hallaban sólo en el espacio público sino que también ingresaban a los hogares y entraban a formar parte de la vida cotidiana, integrándose en prácticas, valoraciones y rituales de profunda e incuestionable pregnancia. Debió resultar muy difícil sustraerse a sus efectos.

8. CONCLUSIONES

Hacia fines del siglo XIX la Argentina había dejado atrás su fisonomía pastoril y se había convertido en el país agropecuario, moderno, aluvional -al decir de José Luis Romero (1998)-, receptor del capital extranjero y de la inmigración masiva, proveedora de mano de obra barata y abundante. Merced a la alianza entre importadores, exportadores, ganaderos porteños y las oligarquías provinciales, no sólo había conformado su mercado interno sino que se había insertado en el ámbito internacional como proveedora de materias primas.

La idea positivista del progreso certero e infinito, impulsada por los hombres del 80 con Julio Argentino Roca a la cabeza, todavía resultaba un argumento convincente a comienzos del nuevo siglo, pese a la crisis política, monetaria y fiscal de 1890 que había forzado la renuncia de Juárez Celman a la presidencia y a ciertas inquietudes intelectuales que, a partir de la publicación del *Ariel* de Rodó, cuestionaban el "excesivo materialismo de la sociedad" y buscaban "el surgimiento de una nueva espiritualidad" (Juan Agustín García en su discurso de colación de grado en la Facultad de Derecho de la UBA, 1899, en Romero, *idem*: 60).

En menos de cuatro décadas el país se había convertido en uno de los principales productores de alimentos del mundo - describe Suriano (2010: 21)- con alrededor de 12 millones de hectáreas sembradas, 5 millones de toneladas de granos exportadas y millones de cabezas de ganado de la mejor calidad pastando por sus campos. Al mismo tiempo, presentaba una infraestructura de las más modernas con puertos, redes tranviarias urbanas y 28.000 kilómetros de vías férreas que conectaban el interior con Buenos Aires.

También la capital había dejado atrás su pasado de pequeña aldea, tal como la pintara magistralmente Lucio V. López y había devenido en una ciudad abierta y cosmopolita, a la que llegaban a diario los barcos cargados de inmigrantes, dispuestos a cumplir el sueño de "hacer la América".[73]

No obstante, a pesar de las cifras exultantes, preocupaciones profundas conmovían a la sociedad de entonces. Una de ellas se vinculaba estrechamente con la legitimidad republicana

[73] El Tercer Censo Nacional, realizado en 1914, daba cuenta de que la ciudad contaba con 1.575.814 habitantes, de los cuales 49% eran extranjeros, sobre un total de 7.885.237 de la República Argentina.

de un sistema electoral viciado de prácticas fraudulentas en el que los hombres de la elite oligárquica -liberales en lo económico y conservadores en lo político, en la ajustada caracterización de Thomas Mc Gann (1965)-, se iban alternando unos con otros en el ejercicio de los principales cargos en el poder.

Pero otro malestar, vinculado con lo que entonces se denominó "la cuestión social", conmovía y preocupaba aún más los cimientos del orden conservador. Problemas atinentes al mundo del trabajo -que había crecido aceleradamente-, a la vivienda urbana en las ciudades portuarias superpobladas como consecuencia de la inmigración -especialmente Buenos Aires, Rosario, Santa Fe y La Plata -, a la tenencia de la tierra y el acceso al crédito en el ámbito rural, y a los usos, apropiaciones y prácticas culturales que llevaba a cabo esa población heterogénea, dueña de lenguas, costumbres, religiones y tradiciones diferentes. Estos problemas se fueron agudizando a lo largo de la primera década del siglo, tal como lo revela el estudio de cuatro casos emblemáticos que venimos de abordar.

8.1. Ellas

La situación social de la mujer era por entonces de total sujeción al mundo masculino. Devoto lo ejemplifica claramente:

> (…) Los grandes ámbitos de sociabilidad, los clubes que encontramos allí, eran clubes de hombres. Unos pocos ejemplos pertinentes para la ocasión: el Jockey Club, la Escuela Naval, el Círculo Militar así lo eran. Esto se daba no sólo en los clubes de la élite. También en las Sociedades de Socorros Mutuos que creaban los inmigrantes; había presencia de mujeres en algunas pocas, pero la mayoría era masculina. La sociabilidad era: el hombre en el club o en el bar, y la mujer en la casa (2006:46-47).

La ley, por su parte, era harto elocuente. El *Código Civil* de 1869, redactado por Vélez Sarfield sobre la base del *Código Napoleónico* de 1804, consagraba la inferioridad jurídica femenina, "colocando a las mujeres en una situación de minoridad como nunca se había dado"

(Barrancos, 2008:35). Siendo soltera, su tutela recaía sobre el padre o la figura familiar sustituta (abuelo, tío, hermano); casada, no podía estar presente "en juicio por sí, ni por procurador, sin licencia especial del marido", dada por escrito (Ley 340, *Código Civil*, Artículo 188); celebrar contratos o adquirir bienes, enajenar o contraer obligaciones (*idem*; Artículo 189); si ejercía alguna profesión u oficio, se suponía que tenía el visto bueno de la *auctoritas maritales*, al igual que cuando realizaba compras al contado o al fiado, incluso de aquellos "objetos destinados al consumo ordinario de la familia" (*idem*; Artículo 190).

En el andar cotidiano, precisa Lobato, las calles fueron mayoritariamente masculinas: "las mujeres sólo las transitaban acompañadas y apenas un pequeño grupo las convirtieron en áreas donde se ofrecía goce y placer a los varones". La mayoría de ellas estaba recluida en el hogar y limitada a la sociabilidad familiar" (2007: 13).

Por todo esto, cobra especial interés la participación de las mujeres en la denominada huelga de los conventillos de 1907, episodio de agitación urbana con epicentro en Buenos Aires y réplicas en otras ciudades densamente pobladas del interior. Como hemos señalado, los estudios realizados sobre estos hechos acaecidos entre agosto y octubre de ese año, han puesto el acento de modo predominante en el conflicto social, inscribiéndolo en la emergencia de las ideologías que sustentaban la organización del mundo del trabajo: el socialismo, el sindicalismo revolucionario y el anarquismo. Coherentemente con esta perspectiva, los sucesos han sido designados bajo el término de *huelga*, concepto aplicable al mundo de la producción, cuando en realidad, el universo de sujetos involucrados y las demandas puestas en juego excedían ampliamente los límites del mundo fabril. Y si bien es cierto que los conventillos, esas cuevas negras -en la expresión de Wilde (1939)- donde a precios de usura, se hacinaban familias enteras en condiciones de insalubridad y precariedad) funcionaban muchas veces como "departamento exterior de la fábrica" (Del Valle Iberlucea; 1913) especialmente para el trabajo femenino, el conflicto no tuvo como eje la mejora de las condiciones de producción o manufactura. Atribuirle, por tanto, esta designación, poniendo el énfasis en el carácter obrero, no ha hecho más que invisibilizar el protagonismo femenino y desestimar el enorme salto que significó el paso de las mujeres desde el patio a la calle.

Los testimonios fotográficos con que contamos - gracias a la labor de los profesionales de *Caras y Caretas*, verdaderos antecesores del actual reporterismo gráfico-, que constituyen una herramienta importante para el estudio de este caso, dan cuenta de tal protagonismo y coinciden en que estas mujeres -pobres además, lo que instauraba una doble marca de

subalternidad- pusieron el cuerpo en el centro de la escena pública, en la pelea por condiciones de vida más dignas para ellas y su entorno. También lo reafirman los documentos escritos (diarios *La Prensa*, *La Nación*; periódicos *El Tiempo, La Vanguardia*, *La Protesta*, *La Voz de la Iglesia;* semanarios *Caras y Caretas* y *La Semana*). No obstante, en ninguno de ellos se reproducen declaraciones, exhortaciones, comentarios, o expresiones directas de estas mujeres. Son siempre referidas por terceros: el cronista, el testigo, el editorialista. De resultas que nos encontramos con el absurdo de manifestaciones clamorosas encabezadas por quienes no tienen discurso.

Podríamos trazar un paralelismo entre el estatus jurídico femenino en general y este otro estatus público, transitorio e irreverente. Si el primero daba cuenta de la imposibilidad de la mujer de disponer libremente de sus bienes sin la tutela masculina, el segundo demuestra que tampoco le era dado a la mujer pobre disponer libremente del único bien posible: el lenguaje, sin sustraerse a la voz tutorial del periodista[74].

La prensa registró el afuera y el adentro del conventillo, ocupándose de la protesta callejera, de las situaciones cotidianas de rebeldía en los patios y de la resistencia a los desalojos en los zaguanes. En las crónicas, las mujeres fueron caracterizadas con dos rasgos contrapuestos: o eran sufridas y pacientes o bien enérgicas y activas.

El registro sufriente estuvo a cargo de los periódicos de la Iglesia y en algunas notas sin firma de *Caras y Caretas*. En los primeros, la mujer aparecía con nombre y apellido que la individualizaba y la sustraía del colectivo. Era la historia personal lo que el texto priorizaba y exigía de sus lectores la caridad cristiana para esa prójima que necesitaba ayuda para enfrentar la adversidad. Recordemos que la institución católica venía desarrollando un intenso trabajo entre los sectores populares para el mejoramiento de su condición social, al calor de la encíclica papal *Rerum Novarum*.

La caracterización de enérgica y activa se observa, en tanto, en la mayoría de los medios de prensa, aunque con matices. Se advierte cierta preocupación en los diarios del orden conservador y un gran entusiasmo en la prensa anarquista. Lo curioso en este último caso es que al relatar episodios de resistencia femenina a la autoridad policial o a los caseros (con amenazas de agua hirviendo, insultos y otras prácticas de rebeldía), se celebraba lo ocurrido

[74] Precisamente uno de los primeros periódicos anarquistas que se conoce en la Argentina se titulaba *La voz de la mujer*. Tuvo breve existencia en Buenos Aires, Rosario y luego, Montevideo.

en registro de sainete o como si se tratara de una travesura. Contrasta este matiz con el tono épico usado por los mismos periódicos para aquellos sucesos protagonizados por hombres. Como si para ellos fuera el *epos* y para ellas, la farsa. No menos llamativas son las proclamas libertarias apostrofando al "¡Pueblo viril!".

La rebelión de estas mujeres se ganó adhesiones en las capas medias en ascenso y los diarios del orden dominante como *La Prensa* o *La Nación* evitaron la condena explícita. Esto se debió a que ellas ocuparon la escena pública ejerciendo el rol materno y el de ecónomas en el hogar, ajustándose perfectamente al estereotipo dominante de mujer-madre y mujer-reina de la casa. Las demandas sobre mejores condiciones de salubridad de los inquilinatos, que se sumaron muy pronto a la exigencia de congelamiento de los alquileres y plazos contractuales razonables, también se avenían perfectamente con el discurso higienista hegemónico. Observamos que ante la falta de voz propia de estas mujeres, quedaba el gesto que reproducen las fotografías. Precisamente las imágenes dan cuenta de las "armas" utilizadas en la protesta: escobas, estropajos, agua, todos emblemas del trabajo doméstico femenino y de la higiene del hábitat hogareño.

Ahora bien, esta "sublevación de las escobas" que, en los hechos, cuestionaba valores, conductas y prácticas instauradas para el género, se realizaba -como hemos visto- precisamente desde el interior de éste. El género es a la vez constricción e improvisación, ya que sus términos no se establecen de una vez y para siempre, sino que se encuentran en un continuo hacerse -expresa Butler (2006). Esto explicaría por qué desde un escenario constrictivo, estas mujeres desarrollaron prácticas de innovación y resistencia.

Finalmente, queremos señalar que el imaginario de la mujer-madre ha sido y sigue siendo muy poderoso en la sociedad argentina. Entendemos por imaginario "aquella fuente de lo que se da cada vez como sentido indiscutible e indiscutido en una comunidad" (Castoriadis; 1993: 252). Recuérdese, por caso, la reacción de la muchedumbre el 17 de octubre de 1945 ante el pasaje del discurso de Perón en el que mencionaba a su madre[75]. Y más específicamente, respecto de la mujer-madre asociada a formas de lucha social, podríamos señalar su vigencia a

[75] Ese día, Perón se asomó al balcón, donde lo aguardaba una multitud que había estado allí expectante, desde hacía varias horas. Su discurso fue muy breve: "Quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclándome en esta masa sudorosa, estrecharla profundamente en mi corazón como lo podría hacer con mi madre...". De inmediato, se escucha una voz al lado que agrega: "¡Un abrazo para la vieja!"y un verdadero rugido de fondo que proviene de la Plaza de Mayo, como respuesta a la mención de la madre. La anécdota es evocada por Devoto (2006:47).

través de diversos ejemplos contemporáneos como el de las "Madres de Plaza de Mayo", las "Madres del Dolor", las "Madres contra el Paco y por la Vida", a los que podríamos sumar casos individualizados como el de Susana Trimarco, madre de Marita Verón, en su lucha contra la trata de personas y la explotación sexual.

8.2. Rebeldes

Otro caso emblemático objeto de nuestro análisis fue el de la denominada Semana Roja en Buenos Aires, en 1909. La elección de este caso tuvo que ver con la proximidad temporal de las fiestas del Centenario, como también por la riqueza de matices y elementos en juego que nos permitieron visualizar de forma clara los rasgos de la cultura anarquista.

Sin dudas, el estudio del anarquismo en la Argentina tiene ya una larga tradición historiográfica. La más temprana, puso el acento en la noción marxista de clase, de modo que se circunscribió especialmente a la protesta obrera, priorizó la huelga como la herramienta de lucha e hizo particular hincapié en la organización sindical (Abad de Santillán, Varone). Una corriente más reciente, en cambio, al influjo de las lecturas de Gramsci, Thompson, Williams, le asignó al movimiento una base social mucho más amplia e hizo foco en prácticas y experiencias de otros sujetos sociales: inquilinos, prostitutas, soldados, colonos (Barrancos, Suriano, Lobato). Coincidimos con estos autores en su caracterización del anarquismo como un colectivo heterogéneo, sin dirección formal, en el que convivieron -no sin tensiones- diversas tendencias que tenían en común la negación del Estado, la patria, la representación parlamentaria y la religión.

La Semana Roja conformó una secuencia temporal que, iniciada con la injustificada represión policial al concluir el acto del 1º de Mayo, produjo 14 muertos y un centenar de heridos en inmediaciones de Plaza Lorea. Continuó luego con la huelga general por tiempo indeterminado como respuesta, producto de un acuerdo histórico entre las centrales obreras anarquista y socialista, siempre en disputa. La medida tuvo un altísimo acatamiento y se extendió del 3 al 9 de mayo. Durante el período además, tuvieron lugar los entierros de las víctimas con una concurrencia multitudinaria, los enfrentamientos con la policía, la clausura de locales libertarios, la quema de bibliotecas en manos de grupos paraestatales y el estallido de una bomba en un tranvía. Las partes sellaron finalmente un acuerdo que implicó la

liberación de los detenidos, la reapertura de los locales partidarios y el levantamiento de la huelga, en tanto que otras demandas, como la repatriación de los expulsados por la Ley Cané, el levantamiento del estado de sitio o la cesantía del responsable principal de la sangrienta represión, el Coronel Falcón, no fueron satisfechas.

Desde el punto de vista político, los sucesos de la Semana Roja dan cuenta en forma por demás clara de la convivencia de tres tendencias en el interior del anarquismo: la sindicalista (la de las formaciones obreras y la huelga general como expresión de lucha); la doctrinaria y propagandística (muy visible en las movilizaciones, los cortejos fúnebres y la actividad educadora de centros y bibliotecas) y la de la acción directa individual (harto evidente en el atentado del tranvía) [76].

Pero la mayor riqueza, desde nuestro punto de vista, radica en la conjunción simultánea de distintos elementos de la cultura anarquista que podemos ver desplegados durante los sucesos de 1909. Como si se tratara de una constelación, un análisis pormenorizado de las significaciones del 1º de Mayo, de los emblemas identitarios puestos en juego en la movilización masiva, de los rituales mortuorios practicados, del accionar de una prensa potente y vigorosa, nos permite comprender que en su intento por oponerse a la cultura dominante, el anarquismo desarrolló prácticas, valores, símbolos y saberes que, en realidad, obedecían a una concepción civilizatoria, propia de la cultura hegemónica. En ese sentido, decimos que fue un hijo de la Ilustración, que confió en las posibilidades revolucionarias de la educación, apostó al higienismo imperante y adhirió a las ideas del progreso indefinido en la formulación utópica de una sociedad de iguales.

En efecto, su modo de entender la cultura fue absolutamente especular. A la bandera argentina opuso la roja y negra; al Himno Nacional, la Internacional (cuando no, una versión propia de la letra de López y Planes); al calendario oficial, el almanaque de los librepensadores. Contrapuso a la educación del Estado, la pedagogía de los centros y casas del pueblo; a las tertulias aristocráticas o las Galas del Colón, las veladas libertarias; al arte por el arte, la literatura social; a la prensa oficial, la prensa contestataria y autosostenida. Es por ello que, pese a los denodados esfuerzos -basados en un voluntarismo a toda prueba- de diferenciarse de la cultura dominante, no pudo sustraerse al hechizo de las formas y valores de esa cultura a la que se propuso combatir, invirtiendo sus propios contenidos. Esto explicaría su distancia

[76] El asesinato de Falcón y su secretario en manos de Radowitzky, testigo presencial de los sucesos de Plaza Lorea, se inscribe en la tercera.

frente a formas genuinas de la cultura subalterna de comienzos de siglo. Ignoró y hasta combatió expresamente el circo y el carnaval y frente al tango, elemento emergente indudable, desarrolló la estrategia de incorporar sus formas como facsímil, cambiando las letras de sus melodías.

¿Dónde terminó el anarquismo argentino? -nos preguntamos con Suriano (2001). "Se extravió en el transcurso del siglo XX" (p. 342), sentencia el autor, aunque le atribuye el haber sido "casi la única corriente contestataria que defendió la libertad individual y la igualdad de todos los hombres como valores supremos. Ni el Estado ni el interés partidario debían interponerse entre el individuo y su libertad" (*ibidem*).

8.3. Ajenos

Los sucesos de Macachín de 1910 desnudan la inequidad y desigualdad imperantes en el ámbito rural, en el contexto de la proclamada prosperidad agroexportadora del Centenario. Al mismo tiempo nos permiten comprender la complejidad social del medio agrario pampeano, complejidad de la que no daban cuenta ni las interpretaciones tradicionales, centradas en el espacio geográfico -en detrimento de los actores sociales -, ni la teoría de la dependencia, que privilegiaba las condiciones internacionales de funcionamiento del sistema capitalista.

En este sentido, el análisis microhistórico ha puesto en evidencia la situación de inestabilidad y desamparo en que se encontraban peones, colonos y arrendatarios, todos ellos sujetos no sólo al medio natural - base de la actividad económica- con ritmos productivos fluctuantes y determinados por factores externos (lluvia, plagas, sequía), sino también inmersos en una situación de inestabilidad, respecto del precio de la producción y de precariedad, respecto de la tenencia de la tierra. Si a ello sumamos la falta de acceso al crédito, esta combinación de factores creaba una situación contingente y azarosa, en la que el trabajo, la familia y la existencia misma dependían de la solvencia económica y de la buena o mala voluntad de los intermediarios (almaceneros de campaña, jueces de paz o autoridades jurisdiccionales).

Desde el punto de vista político, los sucesos de Macachín comportaron una reacción desmedida de la autoridad policial local - y su deriva nacional - frente a un grupo de colonos y arrendatarios que, apremiados por la sequía en el marco de una rígida estructura socioeconómica, organizaron una de las formas menos confrontativas del repertorio de lucha:

el petitorio. La amenaza del saqueo no pasó del desvarío etílico, producido por una mala grapa, y la intervención del gobierno territoriano vino a crear en forma tardía la instancia de mediación que la situación había exigido desde sus comienzos.

Pero lo que nos interesa resaltar aquí es que el conflicto estuvo atravesado por el segregacionismo y la xenofobia, modos de vinculación y de representación del mundo que pertenecen estrictamente al orden de lo cultural.

Cuando en 1910 comenzó a funcionar en las cercanías de Macachín la Escuela Nº 71 [77], su Director y único maestro -al menos durante el primer año-, Tomás Ponce, escribía en una carta dirigida al Inspector General de las Escuelas de los Territorios y Colonias Nacionales, don Raúl B. Díaz:

> Mi corazón de argentino (…) se parte al sólo pensar de que por falta de bancos y de maestro tenga que rechazar de la Escuela a más de 30 niños, de los cuales en su mayoría son argentinos pero de padres extranjeros, quienes hablan únicamente el idioma de sus padres, siendo para ellos desconocido el de su patria.
> En estas escuelas donde predomina esta clase de elementos es en donde debe hacerse sentir más de cerca el calor profundo de nuestra nacionalidad; y es aquí (…) donde la misión del maestro debe esforzarse hasta rayar en patriotismo.

Un informe de 1909 (en Zarrilli; 2010), elaborado por funcionarios del Territorio Nacional de La Pampa sobre las colonias rusas y judías sostenía:

> Los centros coloniales suelen, por mayoría de nacionalidad, imponerse, no sólo en la vida urbana sino hasta en las orientaciones de instrucción pública. En Villa Alba, por ejemplo, población en la que predomina el elemento ruso-judío, el carnicero criollo no puede faenar allí sin que mate sus reses el rabí de acuerdo a sus ritos. En otra forma caería bajo el

[77] El listado de alumnos del establecimiento incluye un total de 142 alumnos, entre 6 y 17 años, de 1º a 3er grado de nivel primario. Si pasamos revista, la gran mayoría de los niños extranjeros son rusos. Le siguen luego, en orden decreciente, alemanes, españoles, franceses e italianos (Disponible en Servetto: 2009)

> "boycott" [*sic*] de la colectividad y se vería obligado a levantar su tienda. Hay un egoísmo recalcitrante en todas sus ceremonias, reflejo de la necesidad instintiva de defenderse en tierra extraña y con lenguas y religión extrañas también.

Unos párrafos más adelante, el informe concluía:

> Hay colonias extranjeras que a pesar de su personería judicial son todo un estado, metido a manera de injerto, a trueque de nuestra legislación y como un dique al sentimiento nacional. Muy poco llega de argentino hasta estos centros exóticos, retazos de la Europa esclavizada, incapaz de evolucionar en esta convivencia con la República (*ibidem*).

Durante el desarrollo de los sucesos, el segregacionismo se acentuó hasta límites extremos y la población rusa fue acusada de ruda, bárbara, cerrada, golosa, poco ahorrativa, holgazana y sucia. Se trataba del Otro, el más ajeno y el más temido.

8.4. Indeseables

Entre los espectáculos previstos para los festejos del Centenario figuraba el circo del payaso inglés Frank Brown, hombre amado por la elite, pero también por los sectores populares. Unos veían en él al extranjero culto y refinado que recitaba con elegancia fragmentos de Shakespeare; los otros, al aventurero que maravillaba con su fuerza física y sus correrías por el mundo en busca de fortuna.

Como hemos señalado, la carpa circense se levantó en la esquina de Córdoba y Florida. Las entradas serían económicas: cincuenta centavos, contra el peso con sesenta que costaba cualquier espectáculo en los teatros porteños (Salas: 2009).

Desde un comienzo, la prensa oficial se opuso férreamente al circo en la calle del *savoir faire*. *La Razón* fustigaba esa "ominosa barraca" y *La Prensa* lo calificó como "adefesio indigno de

una ciudad moderna". Así las cosas, el día 4 de mayo un grupo de jóvenes, al grito de "¡Viva la Patria!", incendió alevosamente la carpa del clown británico y, en manifestación por la calle Florida llegó hasta la redacción del diario de los Paz.

Hemos dicho que esta conducta de los jóvenes de la elite no era novedad. Ya desde el 90, la "*indiada* de niños bien" era afecta a provocar escándalos en los prostíbulos, revólver en mano. En la primera década del XX, se los reconocía como la *patota*, actuando bajo la protección o la impunidad de la estructura social. Para ellos, ser detenido por la policía formaba parte de la diversión: "hijos y sobrinos de ministros, jueces o diputados, sabían que el resultado de sus andanzas consistiría- cuando mucho- en pasar un rato en la oficina del comisario", mientras que los castigados serían sus oponentes, o tal vez el agente que los había detenido, por haberlos confundido con la *gentuza* (Salas; *op. cit*.: 30).

Otro de los lugares elegidos para "armar la gresca" eran los pequeños teatros de los suburbios, donde optaban por hacer burlas a los actores durante la representación, con el propósito de arruinar el espectáculo. Un anónimo cronista de *La Razón* escribía:

> Allá por los barrios de la Quema, por el bajo pueblo, en el foco del arrabal, no se producen escenas tan bochornosas como las que se desarrollan en los teatros alegres, donde concurre la crema de la juventud, la de apellidos sonantes que hacen gala de guapeza amparada en la condición social que la adorna" (29/04/1910).

El periodista narraba un suceso habitual, ocurrido días antes en el teatro *La Scala*, una sala más bien modesta que ofrecía por entonces espectáculos de canto y baile para los sectores populares. Uno de los concurrentes esperó a las artistas a la salida y luego de burlarse del sombrero que llevaba una de ellas, se lo incendió. "La víctima reaccionó con enojo y el joven distinguido, que no estaba solo sino acompañado por varios amigos, le propinó varios golpes en el rostro hasta hacerla callar" (*ibidem*).

Recordemos para el caso, que "patotas" similares - si no las mismas- de "niños bien" de frac y galera, habían quemado y saqueado bibliotecas, centros y círculos libertarios durante la "Semana Roja" del año anterior y volverían a hacerlo en momentos próximos a las

celebraciones de Mayo. Precisamente, el Marqués de Valdeiglesias que acompañó a la Infanta de Borbón durante su visita, dejó testimonio en su diario del accionar de estos jóvenes ante las manifestaciones públicas que solicitaban la suspensión de los festejos del Centenario:

> Todos los elementos sanos de la ciudad protestaron contra el ultraje que se trataba de inferir al decoro de la Nación y hubo con tal motivo en la capital de la Argentina actos que, aunque violentos, resultaban explicados por la indignación patriótica de las personas que los realizaron. También hablaban otros radiogramas de las iniciativas tomadas por la juventud porteña ante el acuerdo de los huelguistas. En el Jockey Club, en el Círculo de Armas y en el del Progreso, que son lo que en Madrid la Gran Peña, El Nuevo Club y el Casino, se había formado una legión de jóvenes distinguidos dispuestos a actuar de policías voluntarios a las órdenes del jefe de policía Sr. Dellepiani (sustituto del infortunado Falcón, a quien asesinaron los anarquistas) a fin de velar por los enviados extranjeros. Otros jóvenes, en número de doscientos, apercibiéronse a desempeñar oficios más penosos (*sic*) [¿Cuáles?]. Ante el temor de que la huelga alcanzara a los criados o *mucamos*, como allí los llaman, pensaron en hacer sus veces cerca de los ilustres huéspedes del Hotel *Majestic*, alquilado por el Gobierno para aposentar a las embajadas extranjeras (1910:231).

El Marqués justificaba la violencia de los ataques, en función de "la indignación patriótica", como lo hacían los diarios del orden hegemónico ante la quema del circo de Brown. En efecto, la prensa de la elite instigó y aplaudió ese episodio clasista contra la presencia en territorio propio de una experiencia cultural que convocaba a los sectores más pobres de la sociedad. Con ánimo regocijado y exultante catalogaba el hecho represivo como "acto de justicia *popular*" [énfasis nuestro].

Recordemos que en las antípodas, también el anarquismo y el socialismo hablaban en nombre de lo popular, al tiempo que se postulaban como alternativa política y cultural de los desposeídos en su tránsito hacia una sociedad igualitaria. Sin embargo, como ya hemos

señalado, desdeñaban aquellas prácticas populares como el circo o el carnaval por considerarlas distracciones en la lucha por una nueva conciencia histórica. Para ellos Brown era un empresario y el público que lo seguía con pasión no entraba dentro de sus consideraciones de análisis. No pudieron comprender que esos mismos sujetos "por necesidad se sienten contentos cuando pueden transcurrir pasivamente el tiempo que no están atados a la rueda" (Horkheimer y Adorno; 1988: 9).

De modo tal que el incendio del circo de Brown, más allá de testimoniar un hecho de barbarie en nombre de la civilización, nos permite analizar esta disputa en la atribución, dirección y sentido de lo popular. Ante tal juego de potestades, nos preguntamos ¿quién podía atribuirse el carácter de lo popular?, o incluso, ¿quién podía hablar legítimamente en su nombre? En definitiva: ¿dónde estaba entonces lo popular, que vemos tan esgrimido, arrogado y recurrido? La respuesta nos la aporta De Certeau (2000) en su afirmación acerca de que lo popular se encuentra siempre en el gesto que lo suprime.

Efectivamente, contrariamente a las ideas esencialistas y ahistóricas[78] que imaginan la cultura popular como un corpus estructurado y coherente, no contaminado, "impoluto" y separado de la cultura hegemónica, aquélla se nos aparece en los pliegues, los intersticios, los bordes y hasta en las reapropiaciones y los usos peculiares y subalternos de esa cultura oficial.

Disentimos por ello con ciertas lecturas que contraponen a Frank Brown con Pepe Podestá, como exponentes respectivos de lo hegemónico y lo subalterno. Lo popular se descubre no sólo en las resistencias explícitas y altamente visibles, sino también en mediaciones, hibridizaciones e incluso como en este caso, en el gesto de supresión de la elección estética de un sujeto subalterno que - parafraseando a Alabarces (2008)- carecía de voz para nombrarse.

8.5. Ya se oyen los claros clarines

El estudio de los casos que venimos de exponer, refuerza nuestra hipótesis inicial: en efecto, los festejos estuvieron destinados no sólo a la obtención de nuevos mercados internacionales, sino también a cumplir un rol clave en el ámbito interno. Fue así como, a través de diversas

[78] Alabarces (2008) nos recuerda que lo histórico es condición *sine qua non* de lo popular, entendido como subalterno.

estrategias, la oligarquía dirigente hizo de las celebraciones de 1910 una oportunidad para robustecer su hegemonía cultural.

Esas estrategias puestas en juego, adoptaron a nuestro entender, tres formas primordiales: ***el espectáculo***, ***el ritual patriótico*** y ***el consumo***. No fueron, sin embargo, compartimentos estancos, sino formas dinámicas en las que una era dominante, sin implicar por ello la anulación de las otras dos.

Sin dudas, la estatuaria monumental en el eje *Palermo-Recoleta-Retiro* pertenecía al orden del espectáculo, así como los arcos de luces con acompañamiento musical que por las noches engalanaban los edificios públicos. Buenos Aires se desplegaba de esta manera brillante y opulenta ante los ojos de los habitantes y de los viajeros que dieron cuenta de tal esplendor, aunque algunos advirtieran la estrategia: "Llegaron las fiestas del Centenario. Era necesario sacar a relucir lo mejor que se tenía. No se tenía más que el dinero, y el dinero fue lanzado a paladas" -fustigaba Bevioni -. Con ironía casi aristocrática, el cronista italiano concluía: "Se hizo lo que se pudo: un carnaval para el público y para los accionistas de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad" (1995: 24).

Además de la ornamentación del espacio urbano, las Exposiciones Internacionales constituyeron la forma del espectáculo por excelencia. Benjamin (2004) observaba respecto de las realizadas en París, cómo en ellas se idealizaba el valor de cambio de las mercancías, hasta tal punto que el público se sentía identificado plenamente con el consabido lema "prohibido tocar los objetos expuestos" (precisamente porque les había sido sustraído su valor de uso). "Las mercancías dan de ese modo acceso a una fantasmagoría en la que el hombre penetra para dejarse distraer" (p.54). Observa Debord (1995) que "las sociedades modernas, se presentan como una inmensa acumulación de espectáculos" (§ 1), con la característica particular de que "el espectáculo se muestra a la vez como la sociedad misma (…) y como instrumento de unificación" (§ 3) -sobre esto volveremos-.

Otra de las estrategias de reafirmación hegemónica fue, sin dudas, el ritual patriótico. Como hemos señalado, la pedagogía patriótica devino una herramienta potente y eficaz para anular las diferencias étnico-culturales y apaciguar a la vez el temor a los extranjeros, quienes con su vocinglería, sus costumbres propias y -muy especialmente- sus ideas anarquistas y socialistas preocupaban a la clase gobernante. La escuela pública hizo del proceso de argentinización su meta explícita y la educación de lo nacional devino en el eje transversal que vertebraba la

curricula escolar, con algunas experiencias de aprendizaje muy cercanas al adoctrinamiento, como la memorización del "catecismo patriótico".

En tal sentido, maestros y pedagogos fueron agentes activos de este proceso y su trabajo fue asociado al desinterés material, dando origen a un imaginario muy poderoso, de larga trayectoria en el país, que vinculó desde entonces hasta hoy la práctica docente con el sacerdocio y el apostolado.

Los libros de lectura de esos años nos permiten ver con claridad el predominio de un panegírico heroico, en tono épico y grandilocuente, en torno a figuras y sucesos del pasado con las que operaba férreamente una tradición selectiva que acentuaba ciertos significados y prácticas, al tiempo que descartaba otros. En ese proceso, la obra de Bartolomé Mitre fue uno de los sustentos más eficaces, tanto por la provisión de un relato fácilmente adaptable a usos escolares -en función de la presencia de paladines individuales-, cuanto por la disposición y reaseguro de una fecha: Mayo de 1810, que se adaptaba de maravillas a las circunstancias del momento.

Recordemos, pues, que el patriotismo marca siempre fronteras identitarias, un adentro y un afuera: unos **pero no** otros. Ciertamente, configura un colectivo de fidelidades, pertenencias e identificaciones que se inscriben en el orden de lo imaginario y que permiten, como en todo proceso de identificación, convivencias ambiguas. Cornelius Castoriadis nos recuerda que el imaginario conforma "el ser del grupo y de la colectividad: cada uno se define y es definido por los demás, en relación a un `nosotros´" (1993: 256). Tal definición es impensable al margen de la comunicación, señala el autor de *Socialismo o barbarie*, puesto que toda comunidad se nombra (y es nombrada) a través de la connotación: "Somos los leopardos. Somos los aras. Somos los Hijos del Cielo. Somos los descendientes de Abraham" (*ibidem*). Para el caso que nos ocupa, podríamos parafrasear: Somos, los herederos de aquel glorioso 25 de Mayo de 1810.

Desde el triunfo del capitalismo industrial –prosigue Castoriadis- es la nación la que cumple esa función identificatoria "mediante la referencia triplemente imaginaria a una `historia común´": esa historia no es más que pasado, no es tan común como parece y su soporte en la conciencia colectiva tiene carácter esencialmente mítico (*idem*: 257).

Hemos señalado ya nuestra convicción de que el patriotismo participa de la conciencia mítica. El mito conjura las angustias cotidianas de la lucha por la subsistencia y, en períodos de crisis, ofrece una respuesta tranquilizadora. Gusdorf (1970: 15) le atribuye una "intención restitutiva", ya que apunta a "conservar la integridad perdida", se afirma "como conducta de retorno al orden" e interviene "como prototipo de equilibración del universo".

Para el teórico francés, "el pensamiento mítico es, por excelencia, un pensamiento encarnado" (*idem*: 22) que requiere de ritos que lo presentifiquen y prolonguen su vigencia. Precisamente, aquellos valores nacionales absolutamente míticos, ensalzados por la educación patriótica en la Argentina de entonces no se agotaron en la dimensión discursiva, sino que cobraron cuerpo en la liturgia de los actos escolares, la entonación del Himno, las marchas, los cánticos, las ceremonias de izamiento, arrío y jura de la bandera, el uso de escarapelas y emblemas identitarios. "El rito repite al mito en el presente", insiste Gusdorf (*idem*: 26).

Asimismo, la ritualización de tales prácticas por parte de la escuela pública, encontró en la ciudad del Centenario un ámbito multiplicador, a través de manifestaciones, actos, procesiones y hasta de la estatuaria de Mayo, encarada por la Municipalidad porteña y diseminada reticularmente en los barrios de los sectores subalternos. Esa "pedagogía de las estatuas" (Rojas, [1909]1971) buscaba la conformación del sentido histórico "en el *espectáculo* de la vida diaria" [énfasis nuestro], haciendo de aquél un soporte del ritual.

La mayoría de tales figuras escultóricas (diez en total), fueron realizadas por artistas extranjeros, levantadas en bronce (salvo la del sacerdote Manuel Alberti, en mármol de Carrara), lo que presupone un presupuesto más exiguo que el de otras realizaciones emprendidas por la elite.

En términos de representación, notamos que la estatuaria de Mayo resulta convencional: militares y oradores, siempre de pie; pensadores o administradores, inexorablemente sedentes. Todas las obras se inscriben en una estética mimético- realista, acorde con la función pedagógica que motorizaba su construcción. Por la misma razón podemos entender la escasa presencia de figuras alegóricas (sólo La Elocuencia junto a Paso y La Inspiración junto a Vieytes, aunque en ambos casos, lo suficientemente alejadas de los protagonistas). Tampoco sorprende el reducido número de grupos escultóricos (sólo los que venimos de mencionar), ya que -a los ojos de la burocracia municipal- tal vez la concurrencia de otras figuras hubiera

podido eclipsar a los protagonistas o crear confusiones sobre su identidad, contraviniendo así el mandato didáctico.

A la estatuaria, se sumaron plaquetas conmemorativas, nuevas nomenclaturas de calles y plazas con referencias histórico-patrióticas, procesiones cívicas que ocuparon masiva y multitudinariamente el espacio público. El eje-cívico *Plaza de Mayo-Congreso* fue la línea demarcatoria entre los desfiles oficiales (hacia el Este y el Norte) y las marchas de protesta (hacia el Sur y el Oeste).

Decíamos también que otra de las estrategias de reafirmación hegemónica en 1910 estuvo dada por el consumo. García Canclini (1995: 42), entiende por tal "el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos", sustrayendo así el concepto de la exclusividad de una racionalidad puramente económica y del territorio de los gustos y elecciones individuales, hoy explorados en encuestas de mercado.

En efecto, hemos visto la proliferación de productos fabricados a partir de la conmemoración del Centenario (perfumes, cigarrillos, golosinas y un sin fin de artículos de diverso uso), como así también la utilización de los festejos como estrategia publicitaria, ya sea en forma directamente referencial o metonímica.

La industria cultural, por su parte, a través de la tarjeta postal alusiva, reforzó el programa de educación argentinizante, invisibilizó la violencia política, instauró en el imaginario social la idea de una obligada unidad entre proyectos y figuras de la historia y de ese momento presente. La apropiación y uso que de ella hicieron los sujetos de entonces se tradujo en una fe casi notarial, explícita, de haber sido testigos de los sucesos -a través del testimonio escrito o fotográfico-, evidenciando la percepción de una subjetividad moderna, con conciencia histórica. Según García Canclini: "debemos admitir que en el consumo se construye parte de la racionalidad integrativa y comunicativa de una sociedad" (*idem*: 45).

Otra de las manifestaciones del consumo la encontramos en los objetos recordatorios del Centenario: vasos, monedas, ceniceros, cuadernos, prendedores, relojes y un cúmulo de piezas de distinto valor material y estético. Como ya hemos señalado: porcelana, cristal, oro y plata para unos; loza, papel, lata y vidrio para otros. Sin dudas, el consumo aquí puso de manifiesto su racionalidad simbólica y estética al exhibir también un lugar de diferenciación Volvemos a García Canclini, con anclaje en Bourdieu: "…buena parte de la racionalidad de las relaciones

sociales se construye, más que en la lucha por los medios de producción, en la que se efectúa para apropiarse de los medios de distinción" (*idem*: 46).

En síntesis: espectáculo, ritual patriótico y consumo fueron las principales formas que adoptó la cultura hegemónica en el Centenario. Las tres confluían a una afirmación omnicomprensiva y unificadora del mundo político, social y cultural dominante.

El espectáculo parecía convocar e incluir a toda la sociedad. Sin embargo, como señala Debord, en realidad, "sólo una parte de la sociedad es la que concentra todas las miradas y toda la conciencia, pero aparece ocupando el lugar de todo el conjunto, por eso se trataría de el lugar de la mirada engañada y de la falsa conciencia". De ahí que "la unificación que lleva a cabo no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada" (§ 3). El caso de Frank Brown es ilustrativo al respecto.

Lo propio hacía el ritual patriótico, como afirmación de la totalidad. "El mito refleja directamente esta *coincidentia oppositorum* que caracteriza a lo sagrado" (Gusdorf; 1970: 47) y la fiesta "como una liturgia global, como un fenómeno total" intentaba poner en juego "la sociedad unánime" (*idem*: 78), reafirmando su cohesión. No obstante, debemos señalar que las significaciones míticas no conforman solamente un mero condicionante de la repetición, la inmovilidad y la reproducción cultural. Conviene no olvidar -siguiendo a Castoriadis- el carácter productivo, activo y creativo del imaginario social, para comprender también su valor como motor de cambio y de innovación. El caso del anarquismo expresa cabalmente esta tensión entre la sujeción y la potencia.

Por su parte, el consumo también apuntó a la totalidad de la vida, impregnando todos los sentidos y desdibujando las fronteras entre lo público y lo privado. Sin embargo, no pudo disfrazar la desigual participación en la estructura productiva, y aquella se mantuvo a propósito de la apropiación y distribución de los bienes. El caso de la sublevación de Macachín y anteriormente el de las mujeres de los conventillos así lo atestiguan.

Para concluir, diremos, finalmente junto con Williams (1981:204) que los grupos dominantes no siempre (y en verdad, históricamente no con frecuencia) controlan todo el sistema significante de un pueblo; "típicamente son dominantes *dentro de él*, más que sobre y por encima de él". Esto explica no sólo el carácter dinámico de cualquier hegemonía, sino también las constantes y renovadas resistencias que plantean y construyen los sectores

subalternos. Usamos el sustantivo en plural, en tanto y en cuanto coincidimos con Foucault (1986:116) en que "hay *varias* resistencias que constituyen excepciones, casos especiales: posibles, necesarias, improbables, espontáneas, salvajes, solitarias, concertadas, rastreras, violentas, irreconciliables, rápidas para la transacción, interesadas o sacrificiales".

Las pequeñas, anónimas, silenciadas, interesan a la mirada crítica porque en ellas se encierra un mundo de significaciones. Desentrañar su riqueza, su dignidad, su entusiasmo o su arrebato ha sido el propósito de estas páginas.

Viviana Iriart

FUENTES CONSULTADAS

1. Bibliografía

[1] AAVV (2008). *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina*, prólogo de Dora Barrancos, 1ª ed., Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

[2] Abad de Santillán, Diego (2005). *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires: Libros de Anarres.

[3] Adorno, Theodor W. (1993). *Consignas*, Buenos Aires: Amorrortu.

[4] ----------. (2005). *Ensayos sobre la propaganda fascista*: *Psicoanálisis del antisemitismo*, Buenos Aires: Paradiso.

[5] Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (2008). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires: Paidós.

[6] Albornoz, Martín (Comp.) (2010). *Conflagraciones. Anarquistas en 1910*, Buenos Aires: Lumen.

[7] Armus, Diego (Comp.) (1984). *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires: CLACSO.

[8] ---------- (2007). *La ciudad impura. Salud, tuberculosos y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires: Edhasa.

[9] Asquini, Norberto; Cazenave, Walter y Etchenique, Jorge R. (1999). *Conflictos sociales en La Pampa (1910-1921)*, Santa Rosa: Fondo Editorial Pampeano.

[10] Bajtin, Mijael (1983). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*, Buenos Aires: OPFyL.

[11] Barrancos, Dora (2008). *Mujeres, entra la casa y la plaza*, Buenos Aires: Sudamericana.

[12] Barsky, Osvaldo y Gelman, Jorge (2005). *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Mondadori.

[13] Barthes, Roland ([1961]1977). "El mensaje fotográfico", en Lévi-Strauss, Barthes, Moles y otros, *El análisis estructural*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina (pp. 103-116).

[14] ---------- (1980). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona: Paidós.

[15] Batallada, Felisa (1916). *Hogar y Patria (Libro para grados elementales y superiores)*, Buenos Aires: Vidueiro.

[16] Bayer, Osvaldo (2007). *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, Buenos Aires: Booket.

[17] Benjamin, Walter (1992). *Cuadros de un pensamiento,* Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi – Colección Primera Persona.

[18] ---------- (2004). *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal.

[19] ---------- (2009). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Buenos Aires: Prohistoria.

[20] Bevioni, Genaro (1995). *Argentina 1910. Balance y memoria*, Buenos Aires: Leviatán.

[21] Bourdieu, Pierre (1980). "La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región", en *Ecuador Debate*, Nº 67, Quito: CAAP, 2006.

[22] ---------- (1983). *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires: Folios.

[23] Brodsky, León (1963). "Estado actual de la rastrillada de los chilenos en el Carhué" en *I Congreso del Área Araucana Argentina* realizado en San Martín de los Andes (Neuquén) del 18 al 24 de febrero de 1961: Con el auspicio de la Comisión Nacional Ejecutiva del 150° Aniversario de la Revolución de Mayo y el Gobierno de la provincia del Neuquén (vol. 2). Neuquén: Junta de Estudios Araucanos.

[24] Burucúa, José Emilio (2002). *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Buenos Aires: FCE.

[25] Butler, Judith (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Valencia: Ediciones Cátedra.

[26] ---------- (2006). *Deshacer el género*, Barcelona: Paidós.

[27] Cagiao Vila, Pilar (2010) "Cuestiones españolas en la celebración del Centenario Argentino de 1910" en *Actas del Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica* (pp. 365 -381).

[28] Casiraghi de Pryor, Florencia (2005). "Las exposiciones internacionales en la ciudad de Buenos Aires durante los festejos del Centenario" en *Temas de Historia Argentina y Americana*, Nº 6, enero-junio (pp. 45-65), Buenos Aires: Pontificia Universidad Católica Argentina- Facultad de Filosofía y Letras.

[29] Castagnino, Raúl H. (1959) *Centurias del circo criollo*, Buenos Aires: Abeledo-Perrot.

[30] Castells, Manuel (2001). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, México, Siglo XXI, Vol. I: *La sociedad red*.

[31] Castoriadis, Cornelius (1993). *La institución imaginaria de la sociedad*. Volumen I *Marxismo y teoría revolucionaria*, Barcelona: Tusquets Editores.

[32] Cattaruzza, Alejandro (2007). *Los usos del pasado*, Buenos Aires: Sudamericana.

[33] Chaves, Norberto (s/d). "El poder de la marca en la cultura" en *Archivo* [en línea], fecha de consulta: 20 de mayo de 2010, disponible en http://www.norbertochaves.com/

[34] Cirigliano, Gustavo (1967). *Educación y futuro*, Buenos Aires: Columba.

[35] Clemenceau, Georges (1986). *Notas de viaje por América del Sur*, Buenos Aires: Hyspamérica.

[36] Cortés Conde, Roberto (2000) "Riqueza y especulación", en Romero, J.L y Romero, L. A. (Comp.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos* (Tomo II: "Desde la ciudad burguesa hasta la ciudad de masas", pp.31-43), Buenos Aires: Altamira.

[37] Costanzo, Gabriela (2009). *Los indeseables. Las Leyes de Residencia y Defensa Social*, Buenos Aires: Madreselva.

[38] Cúneo, Dardo (1944). *Frank Brown*, Buenos Aires: Nova.

[39] Darío, Rubén (1980). "Canto a la Argentina" en *Obras escogidas*, Madrid: Espasa Calpe.

[40] ---------- (2011). *Autobiografía*, Madrid: CEDRO.

[41] De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano* (Vol.1), México, Universidad Iberoamericana.

[42] Debord, Guy (1995). *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires: La Marca.

[43] Del Campo, Hugo (1971). *Los anarquistas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

[44] Devoto, Fernando (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.

[45] ---------- (2006 a) "La investigación histórica y las mujeres" en Bernetti, Jorge y Peruso, María Luisa (Comp.) *Las Mujeres y sus Luchas en la Historia Argentina*, Buenos Aires: CARCOS S.R.L.

[46] ---------- (2006 b). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: Una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.

[47] Díaz Balerdi, Ignacio (2008). *La memoria fragmentada. El museo y sus paradojas*, Gijón (Asturias): Trea.

[48] Dickman, Enrique (1949). *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires: La Vanguardia.

[49] Diez, María Angélica (2001). "El lugar de los territorios nacionales en la agenda pública: el Primer Congreso de la Prensa Territorial (La Pampa, 1917)" en Prislei, Leticia (Comp.), *Pasiones sureñas. Prensa, cultura y política en la frontera nordpatagónica (1884-1946).* Buenos Aires: Prometeo/Entrepasados.

[50] Diz Reboredo, Carlos (2011). "Los caminos del clown: resistencia en movimiento. Juego, carnaval y frontera" en *Athenea Digital*, *11*(2) pp. 157-171. [en línea], fecha de

consulta: 28 de septiembre de 2010, disponible en http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/675

[51] Djenderedjian, Julio (2008). *Gringos en las pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino*, Buenos Aires: Sudamericana.

[52] Domínguez, Marcela (2008). "El protagonismo de grupos de poder local en los orígenes del sistema de educación pública en el Territorio de La Pampa Central (1900-1920)" en *Educación, Lenguaje y Sociedad* (Vol. V, Nº 5, diciembre, pp. 145-162).

[53] Eco, Umberto (1999). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.

[54] Elissalde, Roberto L (2000). "La vida cotidiana en el Centenario", en *Los días del Centenario de Mayo* (Tomo I), San Isidro: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro.

[55] Entel, Alicia (1994). *Teorías de la comunicación. Cuadros de época y pasiones de sujetos*, Buenos Aires: Fundación Universidad a Distancia "Hernandarias".

[56] ---------- (1996). *La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana*, Buenos Aires: Paidós.

[57] ---------- (2008). *Dialéctica de lo sensible*. Buenos Aires: Aidos.

[58] Espósito, Roberto (2003). *Comunitas: Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires: Amorrortu.

[59] Félix-Didier, Paula y Szir, Sandra (2001). *Ilustrando el consumo. La relación texto-imagen en los avisos de publicidad gráfica aparecidos en las publicaciones periódicas en Buenos Aires (1898-1910)*, I Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes del C.A.I.A: Poderes de la imagen, Museo Nacional de Bellas Artes, 10 al 13 de octubre de 2001 (en ficha).

[60] Fernández, Alejandro (2010). "Los grupos dirigentes de la colectividad española de Buenos Aires y las identidades de la inmigración", en González, E. Elda y Reguera, Andrea (Comp.), *Descubriendo la Nación en América*, Buenos Aires: Biblos, (pp. 149-168).

[61] Foucault, Michel (1986). *Historia de la sexualidad* (Vol. 1: *La voluntad de saber)*, México: Siglo XXI.

[62] Franco, Lily; Seibel, Beatriz y Terrero, Patricia (1985). *Artistas y espectáculos* (Vol. 2), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

[63] Freud, Sigmund. (1947). "Psicología de las masas y análisis del yo" en *Obras Completas* - Tomo III, Buenos Aires: Biblioteca Nueva.

[64] Frisby, David (2007). *Paisajes urbanos de la modernidad*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

[65] Gallo, Ezequiel (2007). *Colonos en armas: Las revoluciones radicales en la Provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires: Siglo XXI.

[66] Gambaccini, Ana. *El circo criollo: Un fenómeno de la cultura popular y la comunicación*, [en línea] fecha de consulta 25 de septiembre de 2010, disponible en: http://www.dialogosfelafacs.net/dialogos_epoca/pdf/38-10AnaGambaccini.pdf (s/fecha)

[67] García Canclini, Néstor (1984). "Cultura y organización popular" en *Cuadernos Políticos*, Nº 38, enero-marzo (pp.75-82), México: Ediciones Era.

[68] ---------- (1995). "El consumo sirve para pensar" en *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México: Grijalbo (pp.41-55).

[69] Gilimón, Eduardo G. (2010). *Hechos y Comentarios* [en línea], 1° de noviembre de 2010, fecha de consulta 25 de enero de 2011, disponible en http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l225.pdf

[70] Ginzburg, Carlo (2008). El *queso y los* gusanos. *El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Península.

[71] Girbal-Blacha, Noemí (1999) *Ayer y hoy de la Argentina rural. Gritos y susurros del poder económico (1880-1997)*, Buenos Aires: La Página.

[72] ---------- (2000, agosto). "La huelga de inquilinos en 1907 en Buenos Aires", en *Historias de la Ciudad – Una Revista de Buenos Aires*, Nº 5, pp. 18-30.

[73] ---------- *Enfoques microhistóricos regionales para la macrohistoria rural del siglo XX (1980-1999*) [en línea], UNLP, fecha de consulta: 4 de enero de 2012, disponible en:
http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=398&Itemid=196 (s/d)

[74] González Arrili, Bernardo (1996, septiembre). "El Oso", en *El Corsito: publicación de divulgación y consulta sobre el carnaval*, Año 1. Buenos Aires: Editorial Los incansables del Centro Cultural Ricardo Rojas.

[75] Gorelik, Adrián (2004 a) *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

[76] ---------- (2004 b). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires: Siglo XXI.

[77] Gori, Gastón (1988). *Inmigración y colonización en la Argentina*, Buenos Aires: EUDEBA.

[78] ---------- (2000) *El pan nuestro*, Bernal-Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

[79] Graciano, Osvaldo F. (2006) "El agro pampeano en los clásicos del socialismo argentino" en Ruffini, Martha *et al*., *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000* (pp.87-115), Buenos Aires: Prometeo Libros.

[80] Gramsci, Antonio (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.

[81] Gringauz, Lucrecia y Badell, Martín A. (2007). "Medios gráficos e historia. La semana roja de 1909" en *Question*, [en línea], Vol 1, Nº 13, La Plata: UNLP- Facultad de Periodismo y Comunicación Social, fecha de consulta 27 de enero de 2011, disponible en: http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/index

[82] Gutman, Margarita y Reese, Thomas (*edit*) (1999). *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires: EUDEBA:

[83] Gusdorf, Georges (1970). *Mito y Metafísica*, Buenos Aires: Nova.

[84] Gutiérrez, Leandro H. (1992) "La vida proletaria", en Pisos, Cecilia, *El sueño de un gran país (1900-1914)* (pp.83-102), Bogotá: Editorial Sarmiento.

[85] Habermas, J. (1994) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

[86] Halbwachs, Maurice (1990). "Espacio y memoria colectiva" en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Colima (México): Universidad de Colima.

[87] Hall, Stuart y du Gay, Paul (Comp) (2003). *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.

[88] Halperín Donghi, Tulio (1999). "Una ciudad entra en el siglo XX", en Gutman, M. y Reese Th. (*Comp.*), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital* (pp 55-66), Buenos Aires: EUDEBA.

[89] ---------- (2007). *La formación de la clase terrateniente bonaerense*. Buenos Aires: Prometeo.

[90] Hora, Roy (2009). *Los estancieros contra el Estado, La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.

[91] Horkheimer, Max y Adorno, Theodor (1988). *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires: Sudamericana.

[92] Huret, Jules (1988). *De Buenos Aires al Gran Chaco* (Vol. 1), Buenos Aires: Hyspamérica.

[93] Igón, J.B. (1910) *El mosaico argentino*, Buenos Aires: Editorial Estrada.

[94] Korn, Francis (2004). *Buenos Aires. Mundos particulares: 1870- 1895/ 1914-1945*, Buenos Aires: Sudamericana.

[95] Korn, Francis y Sigal, Silvia (2010). *Buenos Aires antes del Centenario. 1904*-1909, Buenos Aires: Sudamericana.

[96] Laclau, Ernesto (2005). *La Razón Populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

[97] Lécoq, Jacques (2003). *El cuerpo poético. Una pedagogía de la creación teatral*, Barcelona: Alba Editorial.

[98] Leiva, Alberto David (*Comp*). *Los días del Centenario de Mayo*. Tomo I. San Isidro: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, 2000.

[99] Lerda, Alicia (1999). *El hacer de un almacén de ramos generales 1898-1938,* Seminario de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa (*mimeo*).

[100] Lobato, Mirta Zaida (*Comp*) (2000). *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires: Sudamericana.

[101] Lobato, Mirta Zaida (2003). "De las huelgas a los cortes de ruta: la historiografía sobre la protesta social en Argentina" en *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LX, 1, (pp. 277-305).

[102] ---------- (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.

[103] ---------- (2009). *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo (1890-1958*), Buenos Aires: Edhasa.

[104] Lois, Carla (2010). "El mapa del Centenario o un espectáculo de la modernidad argentina en 1910" en *Araucaria*, vol. 12, núm. 24 (pp. 176-196), Sevilla: Universidad de Sevilla- España.

[105] López, Lucio V. (1980) *La gran aldea*. *Costumbres bonaerenses*, Buenos Aires: CEAL.

[106] Losada, Leandro (2008). *La alta sociedad en la Buenos Aire de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires: Siglo XXI.

[107] Lugones, Leopoldo (1951). "Oda a los ganados y las mieses" en *Antología poética*, Buenos Aires: Espasa-Calpe.

[108] Lynch, Kevin (2005) *Echar a perder: un análisis del deterioro*, Barcelona, Gustavo Gili.

[109] Magaz, María del Carmen (2007). *Escultura y poder en el espacio público*, Buenos Aires: Acervo Editora Argentina.

[110] Maluendres, Sergio (1995). "El impacto migratorio en el Territorio Nacional de La Pampa" en Colombato, Julio (Coord.) *Trillar era una fiesta*. Poblamiento y puesta en producción de La Pampa Territoriana, Santa Rosa: UNLPamp**.**

[111] Marchevsky, Elías A. (1964). *El tejedor de oro. Memorias de un colono judío*, Buenos Aires: Bastión.

[112] Marcuse, Herbert (1967). "Acerca del carácter afirmativo de la cultura" en *Cultura y Sociedad.*, Buenos Aires: Sur.

[113] Marqués de Valdeiglesias (1910). *Las fiestas del centenario de la Argentina. Viaje de S.A.R. la Infanta Doña Isabel a Buenos Aires, mayo 1910*, Madrid, s/editorial.

[114] Mc Gann, Thomas (1965). *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, Buenos Aires: EUDEBA.

[115] Méndez, Patricia y Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2006). "Buenos Aires en el Centenario: edificación de la Nación y la nación edificada" en *Apuntes*, Vol. 19, Nº 2 (pp. 216-227).

[116] Minetto, José Francisco (1999). *Por la señal de la cruz: Inmigración y colonias de alemanes del Volga en La Pampa*, Santa Rosa: Instituto de Estudios Socio-Históricos, Universidad Nacional de La Pampa (*mimeo*).

[117] Molyneux, Maxine y Feijóo María del Carmen (*Comp*) (1997). *La Voz de la Mujer. Periódico comunista-anárquico. 1896-1897*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

[118] Páez, Jorge (1970). *El conventillo*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

[119] Palacio, Juan Manuel (2004). *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano 1890-1945*, Buenos Aires: Edhasa.

[120] Palacios, Alejandro (2009). "`Un acto de justicia popular´: el incendio del circo de Frank Brown y las fiestas del centenario" en *Ecos de la historia, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*. Buenos Aires: UCA, Año I, Nº 1 (pp.10-21).

[121] Palma, Amalia (1903). *Consejos a mi hija. Lecturas de propaganda moral*, Buenos Aires: Casa Editora de Jacobo Peuser.

[122] Pascucci, Silvina (2007). *Costureras, monjas y anarquistas*, Buenos Aires: CEICS.

[123] Pierini, Margarita (2008). "Viajeros europeos en la Buenos Aires del Centenario" en Fernández, Sandra *et al*. (Comp.) *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*, Rosario (Argentina): Prehistoria Ediciones.

[124] Quiroule, Pierre (1932). *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria*, Buenos Aires: Claridad.

[125] Ramos, Jorge (1999, noviembre). *Arquitectura del habitar popular en Buenos Aires: el conventillo* [en línea] 1° de noviembre de 1999, fecha de consulta 3 de enero de 2011, disponible en: http://www.iaa.fadu.uba.ar/publicaciones/critica/0101.pdf

[126] Reguera, Andrea (2004). "Formas de ver la historia rural" en Galafassi, Guido (*Comp*), *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX* (pp. 19-47), Bernal: Universidad de Quilmes.

[127] Revel, Jacques (2005). *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires: Manantial.

[128] Rojas, Ricardo (1971). *La restauración nacionalista*, Buenos Aires: Peña Lillo.

[129] Romero, José Luis (1998). *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires: A-Z editora.

[130] Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (2000). *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Tomo II: "Desde la ciudad burguesa (1880-1930) hasta la ciudad de masas (1930-2000)", Buenos Aires: Altamira.

[131] Romero, Luis Alberto (2003). *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

[132] Salas, Horacio (2009). *El* Centenario. *La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires: Planeta.

[133] Sánchez, José A. (1992) *Brecht y el expresionismo. Reconstrucción de un diálogo revolucionario*, Madrid: Universidad de Castilla-La Mancha.

[134] Sarlo, Beatriz (2009) *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI.

[135] Sautu, Ruth (2003). *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires: Ediciones Lumière.

[136] Schaeffer, Liberatus. *Diary of Liberatus Schaeffer. Written at Dickinson*, North Dakota [en línea], fecha de consulta 24 de julio de 2011, disponible en: http://www.sfolife.net/hfgr/dls_1.htm.

[137] Schávelzon, Daniel y Karp, H. (1975). "La arquitectura de la clase" en *Crisis*, Nº 31, noviembre.

[138] Sebreli, Juan José (1971). *Los oligarcas*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

[139] Seibel, Beatriz (2005). *Historia del circo*, Buenos Aires: Del Sol.

[140] ---------- (2008, 27 de enero) "Clowns, la risa interminable" en *Revista Ñ*, Buenos Aires.

[141] Servetto, Gabriel (2009) *De cada pueblo un paisano. Historia temprana de Rolón y su zona* [en línea], 23 de marzo de 2009, fecha de consulta 7 de enero de 2011, disponible en: http://rolonlapampa.com/decadapueblo.htm.

[142] Simmel, George (1961). "Filosofía de la moda" en *Cultura femenina y otros ensayos*, México: Espasa-Calpe.

[143] ---------- (2002). *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

[144] Steimberg, Oscar y Terán, Oscar (1997). *Estilo de época y comunicación mediática*, Buenos Aires: Atuel.

[145] Suriano, Juan (1983). *La huelga de los inquilinos de 1907*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

[146] ---------- (2001). *Anarquistas*. *Cultura y Política Libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires: Manantial.

[147] ---------- (2005). *Auge y caída del anarquismo. Argentina 1880-1930*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

[148] ---------- (2010). "Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero" en *Revista de Trabajo*, Nº 9 - Número especial dedicado al Bicentenario (pp. 21-33), Buenos Aires-Argentina: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

[149] Tarcus, Horacio (Dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*, Buenos Aires: Emecé.

[150] Tedesco, Juan Carlos (1982). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

[151] Thompson. E. P. (2000). *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica.

[152] Varone, Domingo (2004). *La memoria obrera. Testimonios*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2004.

[153] Villavicencio, Susana (*Comp*.) (2003). *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*, Buenos Aires: EUDEBA.

[154] Wagner Sosa, Petronila (1910). *Patria, hogar y fraternidad*. Buenos Aires: Editorial Estrada**.**

[155] Weber, Max. "Empresas rurales de colonos argentinos" en *Sociología del trabajo – Estudios culturales – Narrativas sociológicas y literarias*. Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas del CONICET, Nº 14, vol. XIII, Verano 2010, Santiago del Estero, Argentina.

[156] Wilde, Eduardo (1939). *Obras Completas* (Tomo II) Buenos Aires: Imprenta Belmonte.

[157] Williams, Raymond (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona: Paidós.

[158] ---------- (2000). *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.

[159] Yujnovsky, Inés (2004, junio) "Vida cotidiana y participación política: `La marcha de las escobas´ en la huelga de inquilinos, Buenos Aires, 1907", en *Feminismo/s*, 3, junio 2004, pp. 117-134, México.

[160] Zarrilli, Adrián Gustavo (2010). *Ecología, Capitalismo y Desarrollo Agrario en la Región Pampeana (1890-1950). Un enfoque histórico-ecológico de la cuestión agraria.*

(Tesis Doctoral), Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa. (Mimeo/ Versión en PDF, octubre 2010).

[161] Zeberio, Blanca (2010). "Instituciones y culturas jurídicas y familiares de españoles e italianos en la campaña bonaerense (Argentina, siglos XIX y XX)" en González, Elda y Reguera, Andrea (Coord.), *Descubriendo la nación en América. Identidad, imaginarios, estereotipos sociales y asociacionismo de los españoles en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay* (pp.127-148). Buenos Aires: Biblos.

2. Periódicos, revistas y diarios

[1] *La Nación*, diario, Buenos Aires: enero-febrero de 1895; mayo de 1904; septiembre-octubre de 1907, junio-julio de 1908; mayo- junio de 1909; febrero a diciembre de 1910.

[2] *La Prensa*, diario, Buenos Aires: 1887; julio de 1901; septiembre- octubre de 1907, mayo- junio de 1909; febrero a diciembre de 1910.

[3] *La Razón*: Buenos Aires: mayo a junio de 1909; abril- mayo de 1910.

[4] *La Capital*, diario, Santa Rosa - Territorio Nacional de La Pampa: noviembre a diciembre de 1910.

[5] *La Vanguardia*, semanario, Buenos Aires: septiembre a noviembre 1907. Para ediciones posteriores: *La Vanguardia*: *selección de textos (1894-1955)*, Reinoso, Roberto (*comp.*), Buenos Aires: CEAL, 1985.

[6] *La Protesta*, semanario, Buenos Aires: mayo a agosto de 1905; junio a noviembre de 1907, febrero a mayo de 1909***;*** abril a mayo de 1910.

[7] *La Protesta Humana***,** semanario, Buenos Aires: abril de 1898; junio de 1901.

[8] *Caras y Caretas*, semanario, Buenos Aires: agosto a octubre de 1907; enero a diciembre de 1910. Para ediciones anteriores: *La revista Caras y Caretas: selección*, Ruffinelli, Jorge (*comp*) Buenos Aires: Galerna, 1968.

[9] *PBT*, semanario, Buenos Aires: septiembre de 1907; mayo de 1910; mayo 1950.

[10] *El Rebelde*, periódico, Buenos Aires: mayo de 1899.

[11] *El Tiempo*, periódico, Buenos Aires: octubre 1907.

[12] *La Argentina***,** Buenos Aires: mayo de 1909**.**

[13] *La Semana*, revista, Buenos Aires: junio de 1909.

[14] *La Voz de la Iglesia*, periódico, Buenos Aires: octubre 1907.

[15] *Ideas y Figuras*, publicación mensual, Buenos Aires: noviembre 1909; enero 1910.

3. Documentos Oficiales

[1] *Atlas del Plano Catastral de la República Argentina*, elaborado por Carlos de Chapeaurouge para el Banco Hipotecario Nacional, 1901.

[2] *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (*BDNT*), Nº 4, marzo de 1908.

[3] *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (*BDNT),* N° 25, *diciembre 1913.*

[4] "Decreto del Poder Ejecutivo del 19 de febrero de 1909", en *Memoria de la Comisión del Centenario al Poder Ejecutivo Nacional*, Buenos Aires: Coni Hnos, 1910.

[5] *Discursos parlamentarios de Alfredo Palacios*, Valencia-España: F. Sampere, 1910.

[6] *El Monitor de la Educación Común, órgano del Consejo Nacional de Educación*, 30/06/1908: 30/05/1909; 31/07/1911; 30/05/1909 [en línea]; fecha de consulta abril de 2010, disponible en: http://ww.bnm.me.gov.ar.

[7] "El Redactor del Congreso Nacional", Nº 6, pág. 4, 23 de septiembre de 1816, en Ravignani Emilio, *Asambleas Constituyentes Argentinas*, Tomo I, Buenos Aires, 1937, págs. 216-217.

[8] "Ley 340 - Código Civil de la Nación", Sección II, Título I, en *infoleg* [en línea]; fecha de consulta 29 de noviembre de 2011, disponible en: http://www.infoleg.gov.ar/infolegInternet/anexos/105000-109999/109481/texact.htm

[9] "Ley 6286: Centenario de la Revolución de Mayo" en *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Congreso Nacional, tomo II, Buenos Aires, 1908.

[10] "Mapa general de la Republica Argentina / Alberto B. Martínez, 1910", en *Digital Map Collection de la American Geographicall Society Library* [en línea], 03 de marzo de 2009, fecha de consulta 27 de septiembre de 2010, disponible en: http://collections.lib.uwm.edu/cdm4/document.php?CISOROOT=/agdm&CISOPTR=570

[11] "Memorial elevado a la Comisión Parlamentaria de la Honorable Cámara de Diputados encargada de proyectar reformas a la Ley Orgánica de los Territorios Nacionales", Santa Rosa de Toay, Junio 8 de 1911, en *Memorias de Gobernadores del Territorio Nacional de La Pampa 1900-1920*, volumen II, Andrea Lluch editora, Santa Rosa, La Pampa, 2006, págs. 115-116.

[12] *Tercer Censo Nacional*, 1914, Tomo IX, Buenos Aires: Talleres Gráficos de J. L. Rosso & Cía., 1917.

4. Fotografías y filmaciones

a. Organismos oficiales

[1] Archivo General de la Nación.

[2] Archivo Histórico Provincial "Prof. Fernando E. Aráoz" Santa Rosa, La Pampa (AHP) y sus Fototeca Bernardo Graff (FBG); Colección Alberto Meuriot de Victorica; Archivo Fillipini; Álbum Anzoátegui.

[3] Archivo Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken, Dirección General de Museos - Ministerio de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

[4] Catálogo Acceder, Ministerio de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

[5] Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación.

[6] Fototeca "Benito Panunzi", Biblioteca Nacional.

[7] Departamento de Monumentos y Obras de Arte (MOA) de la Ciudad de Buenos Aires, GCBA.

[8] Museo Mitre. Secretaría de Cultura de la Nación.

[9] Museo Nacional de Arte Decorativo, Secretaría de Cultura de la Nación.

[10] Museo Nacional de Bellas Artes, Secretaría de Cultura de la Nación.

[11] *Dinámica de una ciudad. Buenos Aires, 1810*-2010. Buenos Aires: Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2010).

[12] *La República Argentina en su Primer Centenario 1810-1910*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2010.

[13] *Producción y Trabajo en la Argentina. Memoria fotográfica 1860-1960*. Buenos Aires: Banco BICE- Universidad Nacional de Quilmes, s/fecha.

b. Organismos no gubernamentales

[1] Archivo Fotográfico AMIA.

[2] *Ciudad y campo entre dos siglos. Buenos Aires, Cuyo y el Litoral en 1890-1910. Fotografías de Samuel Rimathé*, Buenos Aires: Ediciones de la Antorcha, 2007.

[3] Centro de Estudio e Investigación de la Tarjeta Postal en Argentina (CEITPA).

[4] *Historia Visual de la Argentina*, Buenos Aires: *Clarín* AGEA, 1999.

[5] *La fotografía en la historia argentina*, Tomo II, Buenos Aires: *Clarín* AGEA, 2005

[6] Particulares: *Buenos Aires Antiguo*; Colección Rosatto; Franco Prat; Fundación Dr. Eduardo A. Durini; Familia Laborde; Luis Rolón; Mabel y María Castellano; Rita Ravani de Teófilo.

ANEXOS 1 Y 2 (formato digital - CD)

ANEXOS 3 Y 4 (formato digital - CD)

ANEXOS 5 Y 6 (formato digital -CD)